

Z/ 13135: 15, 719 (1926)

FRAY MOCHO



"HIJA DEL NILO"

N.º 719

02.2.1926.

Bonos de Ahorro

de los
Fósforos "VICTORIA" y "75"

S E A V I S A

1º.) Que a partir del 1o. de Febrero p. v. los Bonos deben remitirse por carta certificada a la

Compañía General de Fósforos

Calle Lima 239 - Bs. Aires

para ser canjeados a vuelta de correo por una

"Orden de Depósito"

que habilitará de inmediato a su presentación en toda Agencia de la

Caja Nacional de Ahorro Postal

para depositar el importe del Bono

"En Libreta de Ahorro"

2º.) Que hasta el 31 de Enero corriente, se debe continuar depositando los Bonos en la misma forma como hasta ahora en las Agencias de la

Caja Nacional de Ahorro Postal.

Bonos pagados en 1925:

\$ 161.745

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 2 de febrero de 1926

Núm. 719

SEGADORES.

POR FIALHO DE ALMEIDA

Ilustraciones de Rojas

Apenas encenizan el cielo con tintas opacas los primeros calores de junio, toda la mies, convertida de repente en paja, cubre las tierras con una interminable pleamar llena de oleaje. En cuatro días, los aspectos de ese océano de espigas se transforman en una sinfonía oftálmica de colores cáusticos, entre los cuales palpita la vida, en las mordeduras de la luz, que bebe, como loca, la sangre de las hierbas. Hálito de infierno, dos veces ya el "suão" o viento de levante, pasando el Estrecho, abrasado del todo por la incandescencia de las arenas africanas, ha venido a estos grandes valles arcillosos de la provincia de Beja a lanzar la muerte: y el verano del país sin agua, el verano alentejano, martirizador, irradiante, comienza a llenar de angustias la provincia y a preparar el escenario para la cosecha de cereales, que este año ha sido, hay que decirlo, de una victoriosa y espléndida abundancia.

En la vanguardia está la trilla de las habas, el primer cereal que se seca, en la escala de los cultivados en Alentejo; vienen después las cebadas, y el trigo luego; y a final de todos, las plantas trimesinas, que mal han espigado, cuando ya está todo el habar en el granero. Una vez seca la mies, es forzoso segarla de prisa y sin levantar mano, pues (sobre todo en las cebadas) apenas el grano se deseca, desagregase de la cápsula y cae en seguida, lo cual aguarda la hormiga para poder decir a la cigarra: "¡danza ahora!"

Para los labradores perezosos, estas pérdidas de semillas llegan a contarse por decenas de fanegas, sumidas por las hormigas en el subsuelo: caso asombroso, que en esta provincia sin brazos obliga a disputarse, a fuerza de dinero, los segadores. Lo usual es contratar las grandes extensiones a destajo; fórmanse en este caso bandos de trabajadores a la voz de un jefe; villas y aldeas se despueblan, en grandes grupos, hacia los campos de las propiedades, que, allá abajo, en Alentejo, son de kilómetros; y la horrible faena comienza bajo los 50 grados del sol, en un cielo de plomo, centelleante.

En los años calurosos, la hora propicia para la partida de los segadores es, de ordinario, el primer domingo de junio, a las cinco de la tarde, ya con el fresco. A la salida de las carreteras, en el atrio de las iglesias, en los cerros próximos a los caseríos, viene el contratista a tocar una bocina, de las que se descentierran en la playa de Sines y que produce en el aire apático de los pueblos algo así como la llamada lúgubre que ha quedado tal vez como tradicional de las guerras célticas. Comienzan a llegar en seguida, poco a poco, los grupos de muchachos, vestidos con lo más viejo, paños remendados, la chaqueta y la alforja a la espalda con las provisiones de la semana (seis pa-

nes de trigo duros, queso de cabra y el tarro de aceitunas negras) y la hoz a la cintura, y el gran sombrero de Braga, que da sombra a caras tostadas de morenos, muy árabes algunas, donde los ojos negros, profundos, de animal, reflejan la nostalgia de esa casta poética y mercenaria. Tales emigraciones llevan a veces a los trabajadores para

muy distante de sus burgos: a los valles de Beja, los de Algarbe, ágiles de riñones, buenos cantores, vivísimos zorreros; los de Beja, del norte de la provincia, emigran a Évora, centro de las grandes cosechas portuguesas del sur y donde hay labradores que emplean por cima de novecientos segadores durante el mes de junio; finalmente, los que

habitan las tierras fronterizas se internan en Castilla, en el horno de la Extremadura española, convirtiéndose las aldeas con todas estas salidas en un desierto, donde la pequeña recolección de los cereales queda al cuidado de las mujeres y de los viejos que ya no pueden desertar.

La siega ("assefa" (1) como dicen ellos) es, a causa del sol, el trabajo más angustioso y destructor de la gente alentejana, y, por eso, se paga, según los años y la prisa, doble o triple que las demás operaciones anteriores de la sementera. No hay más que observar, desde el ferrocarril, hacia todos los lados, esas enormes masas de tierra de sembradura, crepitando, reflejando la luz entre sincopes de sed, en colinas sin árboles o con alcornoques y encinas, cuya sombra metálica aun parece más asfixiante, en llanuras sin fuentes, donde a mediados de abril casi no hay ríos que lleven agua, para que se comprenda en seguida la agonía que tiene que ser vivir enterrado ahí, con la hoz en la mano, los ojos ciegos, la boca como si estuviera llena de barro fétido, la piel de los dedos grietada por el filo cortante de las gavillas, respirando el polvillo palúdico, que produce en el cuerpo una erupción insuportable, sobre la cual caen los insectos para chupar la sangre de los irritados borbotes...

Por ser un labrador modesto, que necesita vigilar y administrar por sí mismo la recolección de una pequeña propiedad patrimonial, pude ayer mismo refrescar el cuadro de la siega, tan familiar en mis reminiscencias antiguas de campesino. Salimos al alborar del día, en carros tirados por mulas, atravesando una hondonada de viñas e higueras, único oasis donde la pupila consigue tropezar con una nota de color sonriente. Esta hondonada, pequeña, y después senderos abiertos en el desfiladero de la sierra, entre cortes de esquitos y calizas, acebuches, perales y almendros de monte, a través de los cuales el carro alentejano, con estacas de encina y travesaños monstruosos, iba, como en la Biblia, a tropezones, crujendo a la par los hierros de las ruedas, bajo las blasfemias del carretero casi desnudo, sentado en el yugo para obligar a las mulas a trepar lentamente por la ladera. Comenzaba allí la zona de las propiedades, con la avanzada de los grandes bosques de encina y de alcornoque—del alcornoque, que es, con la viña, la segunda, si no la primera, riqueza rústica del país. Cuatro de la mañana: un aire sin temperatura, insensible a la piel, corre entre las hierbas bravías de los barbechos, torbiscos verdes, romerales, margaritas secas ya y esmirriadas, cardos heráldicos, en flor, jaras, biznagas, pior-



...y la horrible faena comienza bajo los 50 grados del sol, en un cielo de plomo, centelleante.

(1) Pronunciación popular alentejana de la palabra portuguesa "ceifa" (siega).



nos, tojos y perpetuas silvestres que parecen de seda y derraman en el bosque un perfume del tabernáculo. A cada momento, salían de estas vegetaciones malditas, hostigadas por el clima, enjambres de mariposas negras; el horizonte está turbio como de una humareda de incendio que hubiese quedado en el aire, sin vientos que la dominasen; y en las encinas, mirlos jóvenes, calandrias gordas, tórtolas de Africa, alondras que se llaman con cuatro o cinco trinos y algún retardado ruiseñor, cuyas crías no tienen aún fuerzas para volar hacia los climas frescos, todo esto gorjea en pequeñas series de elegías trémulas, en que se nota ya el malestar de pulmones, anunciando uno de esos horribles calores que pulverizan las rocas y llenan la soledad de maleficios.

Seguramente no hace todavía calor asfixiante a aquella hora; pero el aire está enrarecido, la nariz respira anhelante, brota del tronco un lento sudor de inanición anémica; las sombras de los árboles semejan, alrededor de los troncos, pedazos de suelo calcinado; y aunque aparece el sol por el oriente, como una yema de huevo, roja, de forma oval, sin difusión de rayos ni púrpura de aurora, se hace de pronto un silencio en la estepa y se siente que hay algo que pasa como un comienzo de fiebre maligna.

Paisajes de una orgullosa y ruda majestad, efectos de claroscuro lo más selváticos y trágicos posible. Cinco planos distintos: mies seca, o rastros, con montones de haces, en el primero, donde la pelusa de los machuqueiros nuevos, torcidos ya por el vendaval de invierno, hace como especies de figuras maniáticas perorando, unos a la carrera por las cuestas, levantando éstos los brazos, cayendo aquéllos allá, en el declive de un barranco; en el segundo plano, mamelones de monte verde bronce, mostrando laderas escarpadas, como miembros de animales acostados, y alguna que otra mancha o raya amarilla de tojo en el dorso; el tercero, después, azul esfumado, azul pardo, sin diafanidades ni delicadezas, con manchas de rosa seca, de las tierras limpias, y casitas que blanquean a la sombra de alguna mancha vaga de árboles; luego, en el plano cuarto, crestas de sierra en semicírculos de telones escenográficos, cosas perdidas en los esfuerzos que la pupila hace para adaptarse a ese rayo visual de tantas leguas; y, finalmente, en el quinto plano, hipotético, cordilleras que pueden ser nubes, y que allá lejos, lejos, muy lejos, levantan la cabeza para mirar por detrás de las camaradas. Toda esta cosa confusa, dividida desde una colina, trazada con rasgos gigantes, forma la serie de líneas fortificadas y concéntricas que ciñe cada vez más de cerca el ámbito de las mieses, cerrando el aire, separando del mundo y de los rumores de fuera la asfixia tórrida de los segadores.

Ellos, mientras tanto, en línea al borde del trigo, distanciados seis metros unos de otros, han comenzado en silencio la terrible faena de segar. Llevan en las piernas polainas de trapos, atadas con cuerdas que se entrecruzan, desde el zapato hasta las corvas, para defenderse de los abrojos del rastrojo; llevan en los brazos y manos calcetines viejos, de los cuales han hecho mitones contra las escoriaciones de la paja ardiente; y mal se les ve la cara bajo las alas del sombrerote de fieltro o de paja, y el mover de sus riñones delata el cansancio de miserables envilecidos por la tortura del hambre y del trabajo. Con la mano derecha lanzan la hoz a ras de la tierra; con la izquierda cogen los tallos y van dejando tras de sí el trigo en pequeños manojos paralelos. Aquí y allá aun cantan los más jóvenes; pero en las respiraciones jadeantes, canto y trabajo se entrecortan de blasfemias cuando el sudor, salado, traspasando el paño fuerte de los

pantalones y la tela recia de las camisas, comienza a pegarse a la carne, chamuscándoles la sarna como fuego. Las primeras horas, hasta el almuerzo, son suaves, porque los 38 grados de sol hacen poca mella en esos organismos de salamandra, acostumbrados a tostarse. Sólo alguna sed, algún que otro soplo a los moscardones que les persiguen y miradas al sol para indagar si aun estará lejos la media hora de descanso del almuerzo. Este plácido interregno dura poco, sin embargo, porque la hoguera solar aviva las brasas, graduando el martirio en la proporción de la más atroz perversidad. El sol viene caminando desde oriente, saliendo de la humareda del horizonte, pasando del color de sangre a bronce líquido; y sus rayos, a medida que se aploman, traen en la incandescencia náuseas de veneno y la angustia horrorosa del metal derretido

Pero ¡qué ha de volver! Apenas si son las nueve, y de aquí a las tres el termómetro no hará más que subir. Comienza entonces el pavoroso espectáculo de la naturaleza y del hombre, torturados por el fuego para expiar el crimen de haber dado fruto la una, y de insistir el otro en vivir de él. El desayuno de los segadores es parco y sin apetito: pan seco, aceitunas, algún queso de cabra o una naranja esmirriada, y ¡agua!, ¡agua!, ¡agua! bebida por la boca de los cántaros, a plena garganta, o de bruces en las pozas llenas de limo, donde viven batracios de color de barro, con ojos extáticos al sol como faquires. ¿Qué beben? Paludismo, disenteria, tifus. Dejadlo; la sed no reflexiona; cada gota de aquella podredumbre vale mil vidas; y son tragos y tragos, y se vacía un cántaro a cada instante, y el muchacho marcha otra vez

nos, se ve la atmósfera completamente cenicienta, la luz del sol sin brillo, como vista a través de unos vidrios ahumados, y ¡cosa horrible! en ciertos sitios, el paisaje, a través de capas de aire calentadas desigualmente, como que se refracta en una sucesión de láminas horizontales, apareciendo a la vista en una perpetua e irradiante oscilación. Como es el tiempo de las rozas, de las fogatas de jara, levántanse a lo lejos, en los montes, columnas de humo pardusco, muy altas, completamente inmóviles, redondas y derechas, agrandándose en el desierto como troncos, y desgrefiadas arriba, en alguna zona de aire donde corre el viento. Fuera de los bordes del vaso de las montañas, no se oye nada: el sosiego y la soledad dominan todo. Dentro del vaso, en las mieses secas, mar de gavillas sin mareas, crepitante sábana de mieses rubias, los condenados segadores, angustiados, congestionados, sorbiendo el aire enrarecido con tremendos esfuerzos de clavículas, respiraciones agónicas y verdaderos ríos de sudor en el torso palpitante, lanzan la hoz, y la paja estalla, los haces van cayendo en los surcos, en hileras regulares y paralelas, que el capataz ordena y junta, formando haces mayores, atándolos con la misma paja con un gesto violento de torsión, y echándose a otro, que los reúne finalmente en montones de doce a diez y seis, con las espigas hacia el aire, como cuernos de la abundancia. No hablan, consumiendo toda la energía animal en el esfuerzo de abrir y cerrar el tórax al oxígeno atmosférico; ¡soplan! y alguna palabra que tienen que decir, se les seca apenas han soltado en un gemido el primer monosílabo.

Las diez, las once..., el termómetro subió a 48 y a 50 grados, y el chirrido de las cigarras, anunciador del terrible mediodía, disperso al principio, multiplicase ahora en un unísono de millones y millones de chirridos roncós. Tales ruidos forman una marejada aguda en el campo, pareciendo, no voz de insecto, sino una súplica general de la tierra devorada, al sol feroz. Vienen de todos los puntos del horizonte, y por el camino se suman a los que encuentran, se aumentan en el aire, trepidan, se centuplican en furia y resonancia, van, vienen, ondulan, se generalizan, ensordecedores, constantes, alucinantes, ora en un llanto, ora como una cortesía, ora como burla; y cada vez que el viento sur abre la garganta para extinguir la vida y abarquilla las hojas de los árboles, aquella marejada maldita, más insistente e intensa, disgrega su pulsación de locura isócrona con el delirio del cerebro, la fiebre del pulso y el latir desesperado del pecho, en busca de aire. Desde ese instante, la vida normal, fisiológica, del segador se torna imposible, y se entra en un martirio, en que a fuerza de obstinación la resistencia vital produce, en medio del trabajo, alucinaciones de los sentidos y deliquios. Bajo la directa e intolerable llama del sol, perdióse la sombra; pero el calor no es sólo del sol, sino que concentrado, sofocante, en brasa viva, irradia de todo, ciega, deslumbra, se desprende de todo, como si dentro de cada cosa hubiese un foco directo, incandescente. Tocar un hierro, una piedra, una raíz, un tallo, es dar un grito de dolor por la quemadura terrible del contacto.

La luz es tanta, tan reenviada de todo, que los ojos chamuscados pierden la noción de las formas y de los planos; de suerte que el paisaje se torna obscuro, y los objetos dejan de existir para la vista real, uniformándose los cuatro colores del paisaje en uno único, el color del vacío, que es rubio, ardiente, deslumbrante, irradiante, hecho de picaduras, de estallidos, de asfixias, de blasfemias. Todo crepita, árboles, tierra, hierros, rocas, animales; centellea todo, y la naturaleza toma un tono de martirio, ante el cual el propio hombre, atónito, se olvida de los dolores. ¡Mediodía, la hora, al fin, de la siesta! El capataz



A cada momento salían de esas vegetaciones malditas, hostigadas por el clima, enjambres de mariposas negras...

sobre la carne; se hace más raro el aire; cesa del todo la brisa matinal; los perros respiran difícilmente con la lengua fuera; las caballerías dejan de mastigar, y los pájaros se callan, y los vuelos son más lentos, los aires más turbios, la sombra más efímera; la hora del tormento diabólico de la sed, no sed del paladar, teniendo por centro de refrigerio la garganta seca, sino sed de la sangre que se espesa en las arterias, estremecedora sed de los tejidos, colosal, general, que con nada se sacia y bajo cuyo estertor el cerebro zumba con los alucinantes delirios de la insolación! Pensaréis que la temperatura, marcada al sol por 44 mortales rayas del termómetro, alcanzada esta altura, vuelva lentamente a las brisas más frescas de la tarde.

a zambullirlo en el charco próximo, que enturbiaron los perros, bañándose dentro, y de donde huyen, satisfechas, bandadas de pájaros. Media hora de descanso después del almuerzo. ¿Pero descanso, adónde? Los grupos de árboles son raros, la tierra quema, y en la poca sombra que hay, los insectos pican furiosos. Comienza al mismo tiempo a hacerse un inquietante silencio en la estepa, un silencio de opresión, un silencio irrespirable.

Cesaron los vuelos, comienzan las cigarras, y el graznar de los cuervos, en los valles de maíz, se extiende por los matorrales como un eco de disputa ronca entre gentes mal educadas. Allá lejos, mientras en los primeros planos las hojas de los árboles próximos adquieren una nitidez metálica de contor-

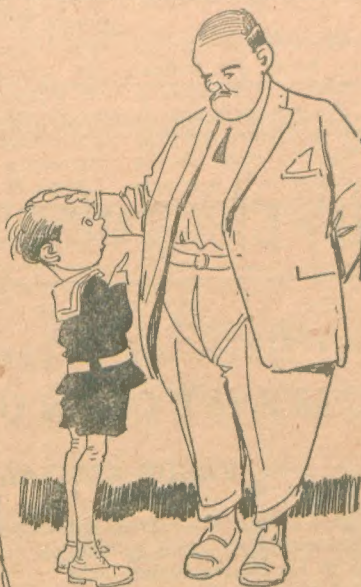
¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡FRANCO!, por Rojas



—Si yo fuera el aviador Franco, la llevaría a usted en el hidroavión.
—¿Y qué iba usted a sacar con ello?
—Que íbamos a pasar la vida en un vuelo.



—Me dijeron que te habían robado el reloj.
—Sí, señor; y lo sentí doblemente porque en la tapa había puesto el retrato de Franco.
—Ahora me explico el porqué ha volado.



—¿Y qué comen Franco y sus compañeros mientras vuelan?
—Supongo que comerán carne en conserva y, sobre todo, huevos, muchos huevos.
—¿Crudos?
—No, hijo mío; como van por encima del mar, los comerán pasados por agua.



—Yo creo que deben ser músicos Franco y sus acompañantes.
—¿Por qué?
—Porque he oído decir que van a tocar en Per-nambuco.



—Dos mil litros de nafta ha gastado Franco desde Huelva a las Canarias.
—Es la cantidad que tú necesitas para limpiarte las manchas del traje.

da la señal: ¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo! y en seguida, automáticamente, los desgraciados dejan la hoz, a tropezones, en busca de un rincón donde tumbarse. ¿Sombra, adónde? El sol devora el aire; el termómetro marca al sol 50 grados justos, temperatura de las primeras veinte leguas de arena del Sahara; en los bordes del horizonte, el cielo parece entupido, oscurecido de polvo, de un azul que tiembla en el cenit; y por más que se contemple el cuadro diabólico, hecho de sol, de banalidad, de malevolencia y de grandeza, es imposible mirar sin miedo esa desproporcionalidad de líneas, ese vacío espacio, esa desnudez de la tierra color de ceniza, extenuada en un sopor sin igual. Pero lo que ellos quieren es abandonarse, caer en cualquier parte, sea donde fuere. Algunos se quitan la ropa empapada y fétida de sudor, y se tiran de bruces entre las jaras, inmundos, desnudos, deslumbrados, incapaces de un esfuerzo, flácidos, con la inquietud siniestra de la hora, un peso cerebral, que parece que la cabeza les revienta dentro del cráneo, hinchada de calor, y, revolviendo sin apetito las alforjas, con el paladar acorchado, sabiéndoles el pan a tierra, el agua a caldo, la boca a lodo, y un ansia de dormir atroz, complicada con el terror de quedarse allí en el primer letargo.

¡Dormir!, tortura nueva, la más maldita y la peor de cuantas les mortifican. Cierran los ojos, se amodoran; pero los sentidos, exasperados por la luz continua, piafan en su alucinación como caballos de gitanos, borrachos de

DECEPCION

Con el alma transida de tristura
a ti llegué... Mi corazón abierto
buscó en el tuyo el deseado puerto
y un rayo de esperanza y de ternura.

Tu silueta, rasgando la negrura
de mi inmutable porvenir incierto,
fué una senda de luz en el desierto
de mi vida de lucha y amargura.

Puse en ti mis más íntimos desvelos.
El ardor juvenil de mis anhelos
despertó su torrente incontenible...

Y, lanzado en el mar de las quimeras,
al llegar mi bajel a tus riberas,
se estrelló en el peñón de lo imposible!

EDUARDO MARÍA DE OCAMPO

aguardiente. Al oído, el zumbir de los moscardones y tábanos les da la ilusión de la charla de mucha gente, y veces sin cuento se levantan para apartar ficticias disputas. Los mismos desórdenes en el olfato, donde el solo aroma del heno calentado se exagera de tal manera en su pituitaria que la engaña con la asfixia de un incendio; y calcúlese el sobresalto, sabiendo cómo son los fuegos en aquella región sin agua: ¡el terrible dragón devastador! Pero la alucinación torturadora es la de la vista. Quedó en sus cerebros una claridad que se refracta a través del sueño, y hace de los párpados cortinas rojas; de suerte que, hasta durmiendo, los segadores no cesan de soñar con intensos soles, de ver el campo con los ojos cerrados, moscas de fuego, fosfenos, resplandores y auroras boreales momentáneas... Al cabo de algunas horas de este estado congestivo, el deseo de las tinieblas toma un carácter de ansia insistente, y en tales momentos, la impaciencia produce picores en la piel y prepara a los moscardones la ocasión de excitar mejor al paciente. Las cegueras periódicas son también, en estas ocasiones de trabajo, frecuentísimas, y proceden de la afluencia de sangre a la base del cerebro, de la acción persistente del viento de levante y de la fatiga de los nervios visuales. Comienzan por vislumbres, viéndose repentinamente todo amarillo de fuego, o azul, que se acentúa con un zumbido de oídos, hasta que al cabo de cinco minutos queda abolido el discernimiento de las formas y persiste sólo una noción de niebla, en que se mueven sombras distintas...



UN REPORTAJE AL COMANDANTE FRANCO

Pocas semanas antes de emprender su sensacional raid Paños de Mogue-Buenos Aires, el intrépido aviador español fué entrevistado por un redactor del "Heraldo de Madrid". Transcribimos a continuación el reportaje de referencia, publicado en dicho colega madrileño:

"Con su habitual modestia, el piloto aviador comandante de infantería señor Franco Bahamonde rehuye la conversación que pretendemos entablar con él sobre sus proyectos para realizar el "raid" aéreo a Buenos Aires, que tanto apasiona a la opinión mundial en estos momentos.

Para no entrar de lleno en materia le interrogamos dejándole del tema que nos guía y procurando distraerle.

—Naci—nos dice—en El Ferrol hace veintinueve años, y ya desde muy pequeño sentí vocación irresistible por las cosas del aire. Mis primeras ilusiones fueron los globitos de juguete, y por ellos, cuando no me los compraban en seguida, armaba las grandes perras.

En 1916, siendo teniente de Extremadura, solicité ir al Servicio Aeronáutico, lo que logré cuando menos me lo esperaba, en 1920. En seguida me hice piloto. En África es donde se ha desenvuelto mi actuación aérea militar.

—¿Tiene usted condecoraciones?

—Sí, amigo Vidal: todas ellas inmerecidas, pero no por ello menos estimadas por mí: poseo la Medalla Militar; la Medalla del Sultán, que dicho soberano me ha concedido hace poco; la de Lyautey; y una "pedrea" de cruces sencillas con distintivo rojo.

En Melilla he realizado numerosos vuelos nocturnos con eficaz resultado práctico y verdadera suerte. Este factor tan importante no me ha abandonado jamás. Antes lo atribuía a que en una de mis estancias en Marruecos conseguí apoderarme de un chacal pequeño, al que, a fuerza de paciencia, domesticé de tal modo, que era un compañero y un amigo incondicional, y, al mismo tiempo, un ayuda de cámara excelente. Le bauticé con toda solemnidad, derramando sobre su lomo de pelos erizados un copa de "champagne", y le puse de nombre "Sansón". El me acompañaba a todas partes, me seguía como la sombra de mi cuerpo, y bastaba una mirada mía o un simple gesto para que mi fiel "Sansón" me trajera la cartera, el reloj o cualquier otro objeto, se sentara, tomara café y hasta copas, e imitara como un autómata todos mis movimientos. En mis vuelos me acompañaba siempre, y se metía en la cabina a mi lado, aunque yo tratara de impedirlo.

—¿Es cierto que sus compañeros le llamaban a usted "el Chacal" por ser inseparable de "Sansón"?

—Sí; es una broma que me gastaban en casi todos los aeródromos. Un día—añade el comandante Franco—mi buen "Sansón" encontró su "Dalila", sin duda, y desapareció sin dejar rastro. Después de mucho tiempo volví a buscarle a Melilla, y al no verme, por estar yo en Madrid, se arrojó al mar, y nunca se le volvió a ver, sepultado en las aguas grises y taimadas del Estrecho...

—¿Qué accidentes ha sufrido usted?

—Varios; pero todos con fortuna. El primero en Getafe, sobre un aparato "Candron", y después en un viaje de Ceuta a Melilla sobre un hidro, volando a unos 60 metros; se rompió la hélice y nos fuimos al agua. Cuando caímos eran las ocho de la mañana, y hasta las cinco de la tarde del día siguiente, en que fuimos recogidos por un barco francés, permanecimos luchando con el mar y sin probar bocado.

Cuando fué hecho prisionero el capitán Herráiz recorrió en hidro toda la costa hasta Cabo Quilates para encontrar su paradero, y estuve pasando y volviendo a pasar no obstante el fuego enemigo.

—¿Y qué nos dice usted de su proyectado viaje aéreo a la República Argentina?

Nuestra pregunta concreta cae al comandante Franco como una bomba. Se nos queda mirando sorprendido, y exclama después de una vacilación:

—Es cierto que pensamos realizar ese maravilloso "raid", y como prueba de ello ahí va la copia de la instancia en que lo solicité del general Soriano, director de Aeronáutica

Para hacer este proyecto—añade, —después de estudiar detenidamente el glorioso "raid" portugués Lisboa-Río de Janeiro, de haber profundizado en el estudio de los diversos medios de navegación que se emplean en la Aviación y en la Marina, y en la aplicación de estos últimos a la Aviación, hemos puesto a contribución nuestros escasos conocimientos, que fueron completados con conferencias que hemos recibido del señor comandante Herrera y hecho un estudio de las circunstancias meteorológicas de los diversos puntos del trayecto a recorrer.

Para ejecutarlo y alcanzar el éxito disponemos de toda nuestra voluntad, que nunca estará al servicio de mejor

Del libro en preparación "MOMENTO MUSICAL"

TARDE ESTIVAL

Muere la tarde—mártir entre llamas—
y se consume en humo de baldos
como si las ovejas blanca leña
fueran en el divino sacrificio.

Bajo la herida de la luz, mi ensueño
es el lejano, dulce pastorello
que en carroza de nubes—sus corderos—
se aleja.

Y es el lírico pollino
que se acerca—cargado de verduras
entre un viejo terroso y un chiquillo—
mi recuerdo.

Y es esta luna clara
melodiosa de sapos y de grillos
que acaba de nacer: mi pensamiento.
¡Y es la tarde que ha muerto el canto mío!

EL DIA INUTIL

Con su bocina el gallo dice a mi alma:—¡Alerta!
ya nace un nuevo día: conquistado, poeta,
con un canto desnudo, vibrante de belleza!

Dando cuerda a mis nervios burlase la cigarra:
—Poeta, es mediodía: ¿presumes tener alma
y no sabes volcar tu emoción en palabras?

A la carreta uncido, el buey avanza, grave:
—Poeta, date prisa: me llevaré a la tarde
que ha encendido tu ensueño, ¡y tu canción no nace!

Luna, pálida luna, no te asomes a verme:
tengo el alma desierta, raquítica y doliente
sin el oasis de una estrofa que ofrecerte!

Madrid, 1925.

Mayorino FERRARIA.

El comandante Franco nos alarga un papel, en el que leemos:

"Excelentísimo señor director de la Aeronáutica militar:

Con las miras puestas en conseguir la mayor gloria para nuestra nación y que nuestra arma aérea sea considerada fuera de las fronteras como corresponde al valor de su personal y a las dotes de mando de sus elementos directores, nos atrevemos a entregarle este proyecto de "raid" aéreo España-República Argentina, no dudando que merecerá de V. E. una acogida cariñosa, y por su mediación conseguiremos sea aprobado por el Gobierno y puesto en marcha rápidamente."

causa y tan beneficiosa para nuestra España.

—¿Cuántas etapas constituirán el viaje?

—Cinco de ida y seis de regreso, en la siguiente forma:

Primera etapa: Cádiz-Las Palmas, 1.275 kilómetros.

Segunda: Las Palmas-Porto Praya, 1.700.

Tercera: Porto Praya-Pernambuco, 2.800.

Cuarta: Pernambuco-Río de Janeiro, 2.000.

Quinta: Río de Janeiro-Buenos Aires, 2.225, que hacen un total de 10.000 kilómetros.

Las etapas para el regreso serán:
Primera: Buenos Aires-Río de Janeiro, 2.225 kilómetros.

Segunda: Río de Janeiro-Pernambuco, 2.035.

Tercera: Pernambuco-Fernando Noronha, 540.

Cuarta: Fernando Noronha-Bissao, 2.550.

Quinta: Bissao-Las Palmas, 1.920.

Sexta: Las Palmas-Cádiz, 1.275, con un total de 10.545 kilómetros, que, unidos a los 10.000 de ida hacen 20.545 kilómetros de recorrido.

—¿Cuándo piensa usted emprender el viaje?

—A mediados del próximo enero.

—¿Quiénes le acompañan?

El capitán de artillería Ruiz de Alda, como segundo piloto observador y radiotelegrafista, cuya pericia es de todos tan conocida y admirada, y el mecánico Pablo Rada, que es una especialidad y repara averías en pleno vuelo gateando sobre las alas como un perfecto acróbata.

—¿Qué aparato piensa utilizar?

—Un hidroavión "Dornier Wal", con dos motores "Napier Lion", de 450 caballos de vapor.

—¿Cómo aseguran el rumbo?

—Por medio de radiogoniómetro, estación de radiotelegrafía con 1.500 kilómetros de alcance, compás aperiódico, derivómetro, sextantes y cartas terrestres y marinas hechas por nosotros mismos.

—¿Qué finalidad se persigue con dicho "raid"?

—Ensanche las naturales fronteras de la aviación española. Llevar un saludo a las tierras fértiles del otro lado del Atlántico, suelo descubierto por la vieja España cuando Colón arribó al nuevo continente, y ser los españoles los primeros aviadores, con los portugueses, que en un "raid" aéreo pisen el territorio americano, como un día grande el inmenso pontevedrés—yo creo que Colón fué paisano mío—holló con plantas de españoles las maravillosas regiones de América.

—¿Qué escolta llevarán ustedes?

—Desde luego un crucero muy rápido ofrecido por el ministro de Marina, señor Cornejo.

—¿Cuentan con medios de repuesto?

—En todos los finales de etapa.

—¿Cuánto durará el "raid"?

—Unos dos meses, próximamente.

—¿Qué opina usted del aviador italiano Casagrande?

—Que es un excelente piloto, pero falto de preparación para tan largo viaje. El "raid", por encargo del Gobierno de su país, lo ha emprendido antes; pero creo que le hemos de alcanzar y sobrepasar. Y conste que la idea de realizar el viaje Cádiz-Buenos Aires es de España, aunque, como siempre, hayan surgido después imitadores.

El comandante Franco, que confía en el éxito más completo de su expedición, nos da un abrazo de despedida, y como un colegial en día de fiesta, alegre y satisfecho, rápido y ágil, sube los peldaños de la sección aeronáutica, en la que el general Soriano, espíritu organizador y a la moderna, de toda clase de consejos y facilidades a los futuros descubridores aéreos de las tierras hijas de la madre España.

Todavía Franco, que sale para Melilla, se vuelve y con un ademán de adiós nos grita:

—¡Hasta la vuelta! ¡Hasta la vuelta!

—¡Mucha suerte!—le respondemos emocionados, mientras le descomos a él y a sus camaradas el triunfo que se merecen y que será una nueva gesta para la patria hispana y para la aviación.

ANTONIO VIDAL.

LA RAREZA DE ALGUNOS BAILES YANQUIS

Durante los últimos años, los Estados Unidos se han colocado a la cabeza del mundo en lo que a producción de bailes se refiere.

El baile resulta una necesidad para el hombre, a pesar de lo que opinan sus adversarios, asegurando que constituye una ruina para la salud, un tiempo perdido y una inmundicia. Tal es el criterio de las madres anticuadas que prohíben a sus hijas presentarse en un salón de baile porque se enfrentarán con los hombres. El baile es algo muy superior. Es el arte supremo. No sirve únicamente para pasar el tiempo, que ya sería una noble misión, sino que es la más refinada de todas las artes. El medio de expresión artística del hombre por el hombre mismo. Expresa el pintor su arte en un lienzo o cualquier superficie, pudiendo apreciarse sin el requisito de tener al autor en nuestra presencia. El que canta emite los sonidos que atravesando el éter llegan hasta nuestros tímpanos. El poeta siente la poesía y la representa en signos escritos. En el baile es preciso que el arte esté representado en el mismo artista, que sus movimientos estén acordes con la música que se escucha, que sus gestos tengan la gracia y el arte indispensables.

Podría decirse mucho sobre las conveniencias del baile, como preparación social, como ejercicio y como regulador de las actividades humanas. El hecho de que no se baile en el desierto, ni en la intimidad de la alcoba, frente a un espejo, sino en el club, la sociedad, el "cabaret" o la casa particular donde reina la alegría, es suficiente para que se le considere como factor principalísimo. El que siente afición al baile tiene que relacionarse socialmente y la afición puede avivarse si se tiene en cuenta que el arte existe en todos los individuos desarrollados con mayor o menor intensidad. Como ejercicio para el desarrollo de los órganos del hombre, está entre los primeros. Todo el sistema nervioso funciona perfectamente cuando se baila con arte, sin infringir sus reglas. Los músculos se desarrollan, desde los de las finas y delicadas manos hasta los el vulgarote dedo gordo del pie derecho. Y como regulador de las actividades humanas..., ¿habéis visto aparecer ante el público un músico melenudo y mugriento, que al dar un concierto desconcierta por su apariencia? Algo semejante le ocurriría al hombre de ciencias que, sin más trato que el de los libros, se mostrara raquítico a los demás, pudiendo convertirse en el "Hazmerreír" del auditorio. El baile facilitaría la presentación que sería elegante y alegraría la vejez prematura de los que viven encerrados, sin levantar jamás la cara ante el universo. A no ser que sea astrónomo.

Como la poesía ha tenido rebeldes, el arte los ha tenido y el "jazz" ha merecido las críticas más severas de los moralistas artísticos. El modernismo político ha tenido en contra a los que han querido, manteniendo tradiciones, ceñirse a la métrica rigurosa y exigente aprendida en los textos de literatura preceptiva. Pero la expresión del arte es tan variada que imponerle reglas a leyes, sería imponérselas a los sentimientos que varían según la cultura y el medio ambiente que a cada uno corresponda.

En Francia, por la delicadeza de sentimientos en sus habitantes, se impuso el vals, de música sentimental y armoniosa. La danza rusa ha dominado en la nación moscovita y es preciso haber vivido en climas fríos para apreciar cómo las bajas enormes del termómetro lo llevan a uno contraviniendo las leyes de gravedad y facilitan el transporte sin que se noten las pisadas. Se anda sobre las puntas de los pies y con movimientos rápidos y agilitos para entrar en calor.

Así podrían ser analizados todos los bailes en los distintos países y se llegaría hasta el África, donde, sin músicos inspirados y sentimentales, sin orquestas, sin noción de la música que los progresos sociales no ha podido llevar hasta allí para ver a hombres y mujeres semidesnudos por el calor irritante, bailar y retorcerse hasta caer derretidos por el sudor y agotados por la pérdida de fuerzas.

Los Estados Unidos han sufrido las consecuencias del bolsheviquismo artístico en el baile, presentando las más diversas variaciones. A pesar de reinar un espíritu comercial entre los

yanquis, existen seres alegres y bulliciosos ciudadanos que públicamente manifiestan su carácter. Sus bailes son movidos y en las notas de su música hay gritos, chillidos y risas. El "one step", el "fox trot", el "cat step", etc., son pruebas que convencen. A cada animal se le va agregando un "trot" o un "step" y ya tenemos un baile con gestos y voces del gato, del camello, de la zorra, del reno o del pavo. Cualquiera día llegan al "Paso del Elefante", con todos los gestos del paquidermo, porque el "Paso de la Tortuga" resultaría demasiado lento y allí se tiene movimiento y actividad para el "business" y para los bailes. El clima y el carácter lo exigen.

El año pasado el "one step" y el "fox trot" hicieron furor en los mejores círculos neoyorquinos. Este año han surgido el "cat step", o Paso del Gato, en el que, efectivamente, hay gestos semejantes a los del hipócrita y silencioso felino, y en su música hay sonidos iguales al maullar de los gatos.

El "Triangle" es otro de los bailes de origen

norteamericano reciente y en él tiene la pareja posiciones en que traza fielmente la figura geométrica de los tres ángulos y las tres artistas. Es difícil para los que no lo hayan visto bailar imaginarse cómo puede resolverse el problema del "Triángulo" con precisa exactitud trigonométrica. El "Romany Trot", el "Camel Walk", el "Ritz Waltz", el "Reno Trot" y el "Hirsch Trot" con los dos anteriores han sustituido el vals francés, el "Two Step", el "Turkey Trot", etcétera.

Los demás países, por espíritu de imitación, por el modernismo danzante que domina, adoptan esos mismos bailes y en París, Londres, Madrid y cualquiera otra ciudad los programas bailables de las mejores fiestas sociales cuentan con todos esos difíciles "pasos" o "trotes". En Europa, al terminar la feroz lucha contra los Imperios Centrales, el "Jazz" norteamericano está haciendo la guerra a la música vienesa y berlinesa, y los últimos temores de Terpsicore proceden de los Estados Unidos.

¿Cuánto gasta Vd. por lavar los pisos?

Poco. Pero se requiere mucho trabajo y en seguida están otra vez sucios.

Use PISOLEO

Trabjará poco, gastará menos y conservará limpios los pisos.

Todo el mundo sabe que al barrerse un piso, la atmósfera se llena de una gran cantidad de polvo o moléculas, las que se depositan por todas partes y lo ensucian todo.

Todos saben, o debieran saber, que ese polvo flotante es el medio seguro de contraer toda clase de enfermedades infecciosas. El PISOLEO es un fluido que tiene la propiedad de evitar completamente que se levante polvo al barrerlo, sólo lo adhiere al piso sin que se pegue y lo hace más pesado que el aire, razón por la cual no se levanta.

Aplicando PISOLEO a los pisos, da a estos buen aspecto, color uniforme y no se notan huellas de tránsito. La aplicación es Fácil, Duradera y Económica. PISOLEO impide que se adhiera al piso substancia alguna que pueda ensuciarlo. Se evita el trabajo material de lavar los pisos, bastando barrerlos bien.

PISOLEO posee grandes cualidades desinfectantes y una fragancia agradable. Destruye insectos, parásitos y gérmenes infecciosos. Ahuyenta las moscas y sana el ambiente, especialmente en los locales muy concurridos.

Somos únicos concesionarios del PISOLEO desde hace años. Ojo con los que hoy, sin escrúpulos, aparecen vendiendo un producto falsificado con otros o parecidos nombres.

PÍDALO EN LOS NEGOCIOS O SOLICITE PROSPECTO A

LA INDUSTRIAL Cía. Ltda.

Casa fundada en el año 1888

Pastorini y Lacoste

Brasil 3076 al 80

Unión Telefónica 1323, Corrales

Coop. Telefónica 513, Corrales

BUENOS AIRES

(El eminente escritor y maestro de la juventud argentina, llegado a la ancianidad gloriosa, sigue trabajando en silencio. Acaba de publicar la 2.ª edición de su libro "Del Plata al Niágara", aparecido por primera vez hace treinta años, y como siempre ocurre con las obras maestras, no sólo sus páginas no han envejecido, sino que, por la novedad y el encanto de las descripciones, por el arte insuperable del estilo, por la fuerza del pensamiento, y, en una palabra, por la originalidad y grandeza del talento del autor, transparentado en cada línea, continúa ejerciendo esta obra una seducción irresistible. Como prueba de ello, entresacamos del maravilloso capítulo dedicado a la Catarata del Niágara, este delicioso fragmento descriptivo, que seguramente no ha sido superado por nadie en ninguna literatura.)

Al filo de mediodía, como a menudo sucede en estos climas, el cielo se ha nublado, o más bien, un uniforme velo gris se ha tendido bajo el cielo, del horizonte al cenit, apagando de paso el sol resplandeciente y envolviendo la tierra en una vislumbre amarillenta. Es una tempestad de invierno que se acerca, y, junto con la primera ráfaga que sacude por los aires la nieve suelta de los árboles, oigo los gritos de los conductores que llaman desaforadamente a sus viajeros. Felizmente estamos cerca de los trineos y no muy lejos del hotel; bajo la capota y "corriendo parejas con el viento", llego sin novedad a la posada—donde oiré contar a mi *séphy*, durante el almuerzo, las historias más espeluznantes del Niágara, desde Blondin y su tortilla preparada en la maroma, hasta el capitán Webb que se lanzó al abismo tremendo y logró salir de él, yendo a despedazarse en una roca del *Whirlpool*.

Después de dos o tres horas de furioso huracán, aunque sin nieve, el cielo se despeja, el frío recrudece, y, en la calma perfecta de esta tarde de invierno, asisto desde el mirador del hotel a la magnífica puesta del sol sobre los montes enrojecidos. La noche baja lentamente; mejor dicho, es un crepúsculo blanquecino que se eterniza y no llega a empañar los objetos, pues la luna llena aparece en el horizonte y, como un espejo redondo que reflejara el terrestre disco de hielo, se alza, divinamente pura y nítida, sobre el obscuro firmamento, lustrando de claridad boreal la mate blancura de los campos. ¿Qué hacer esta noche, hasta la hora decente de procurar el sueño, sin más sociedad que el mozo francés ni más lectura que la disfrazada *Atala*, que he vuelto a saber de memoria? He dado una vuelta por la aldea de *Niagara Falls*, sin más atractivos en esta estación que su docena de fábricas en movimiento; y no siento el menor deseo de volver a leer sus carteles de anuncios gigantescos. De todos los consejos pegados en las paredes, el único que estaría dispuesto a seguir es aquel de *Take the Erie railroad!* en todas partes repetido... Y el *Herald* de Nueva York, que anuncia, para mañana a la noche, *Carmen* en francés, con Jean de Reszké, Lassalle, la Calvé de gitana y la Ems de Micaela... Pero me falta ver "lo mejor" de la catarata: el salto mismo, desde la cornisa de *Goat Island*, ya que no visitar la "Cueva" húmeda, donde correría riesgo de quedar congelado. ¿Cómo conciliar tantos "deberes"? Si no me marcho mañana temprano a Nueva York, pierdo una interpretación ideal de mi obra preferida; si me voy, dejo de asistir al salto mortal del Niágara... ¡Horrible ansiedad! ¿Quién resolverá este conflicto de armonías?

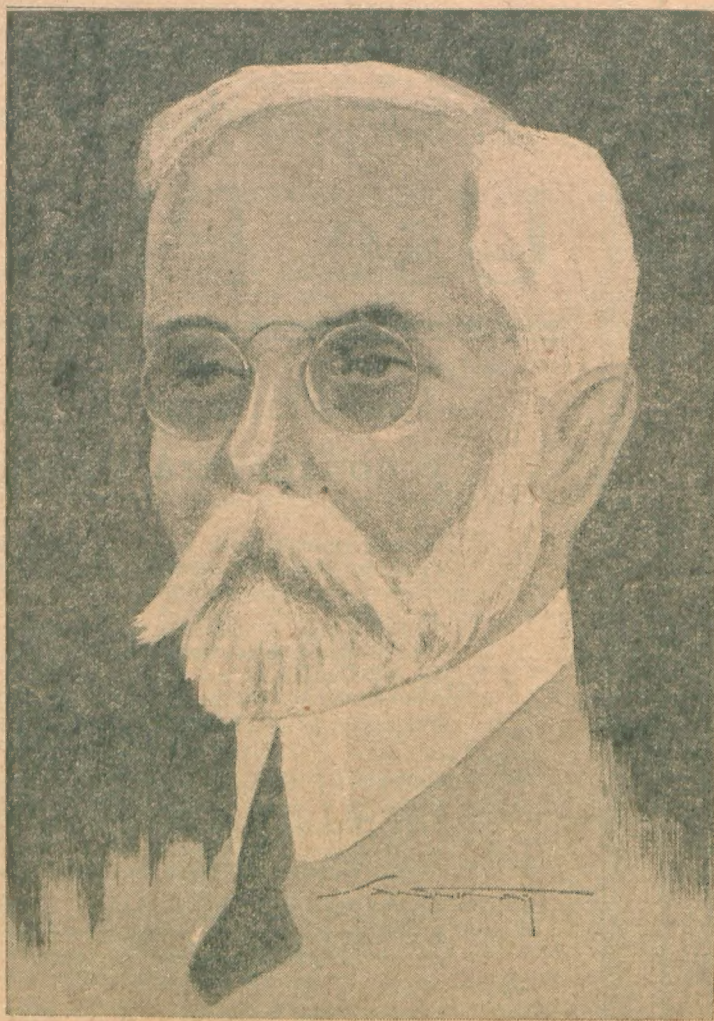
Pido la colaboración de mi paisano para estudiar los horarios, aunque sé de antemano que es imposible resolver esta cuadratura de círculo. De repente, entre serio y *blagueur*: "¿Por qué no vuelve usted a las *Falls* esta noche, con la luna?"—Le miro un momento, boquiabierto, deslumbrado por el descubrimiento. ¡El Niágara de noche! Por

De Paul Groussac EL NIAGARA DE NOCHE

esta vez creo que he dado con una novedad... Pero (sé la guía de memoria) ¿qué es esa historia de rejas que se cierran al ponerse el sol...? "¡Bah! contesta el *séphy*, en invierno... y luego...", desliza su dedo pulgar sobre el índice... Asunto concluido. Como un bocado, me envuelvo en mi *ulster*, enciendo un cigarro, me alargo de nuevo en el trineo de marras, y, sin el menor tropiezo, me encuentro a las ocho de la noche en el puentecito de *Goat Island*, bien seguro esta vez de no verme perturbado, a no ser por las almas de los que aquí cerca han perecido... ¡Incomparable *séphy*! Le debo la sensación más extraña de mi vida: una hora inolvidable, supraterrestre, cruzada de visiones fantásticas y terrores innominados que no intentaré

dor lunar y el vasto reflejo de la tierra blanca, la visión de los objetos cercanos es tan detallada y perfecta como en pleno día; sacudida la nieve suelta por el huracán, los cantos de las rocas resplandecen; los árboles tienen aspecto de cactus cirios, y, de sus ramillas coaguladas en espesas raquetas anacardas, cuelgan franjas y lambrequines de plata, candidas filigranas que la vislumbre azul irisa vagamente. El paisaje cristalizado ostenta una rigidez marmórea y funeral; y tan habituado está el espíritu a asociar las ideas correlativas de calma nocturna e inmovilidad, que entre el murido atronador de las cascadas se tiene la ilusión de un vasto silencio.

Me dirijo un poco más allá, hasta una roca maciza (*Luna Island*) que di-



Señor Paul Groussac. — (Caricatura de Sanguinetti).

reproducir, pues no encuentro palabras legibles para sustituirlas a las incoherentes y alucinadas que, esta misma noche, a la vuelta de excursión, he garabateado con lápiz en mi cartera de viaje. Me limito a resumir algunas impresiones objetivas.

Desde el puente que une *Goat Island* a la ribera y domina el salto americano, tengo la luna al frente, hacia el este: tejo de hielo nítido sobre el obscuro fondo sideral; ni una nube en el cielo, ni un soplo de brisa, ni un halón flotante en torno del satélite; parece como si la atmósfera, oreada y rarefacta por el frío polar, transmitiera con intensidad insólita las vibraciones sonoras y los rayos de luz. El rumor de las hondas se hincha y retumba solemnemente, tan continuo y pleno que forma una armonía. Entre el resplan-

allá comienza la bóveda espesa que cubre la corriente, y se prolonga hasta el *Suspension Bridge*, que perfila en el cielo su esqueleto metálico. El astro vierte sus raudales de plata sobre los raudales de agua, enciende las espumas, jaspea de reflejos opalinos la glauca masa torrencial, dibuja su arco iris de cambiantes matices sobre las ondas pulverizadas.

El cuadro reviste soberana magnificencia; pero yo también comienzo a sentir la atracción del abismo: quisiera descender, sin guía, sin las grapas de hierro que aseguran la pisada en el hielo, por esa vecina torre de madera cuya escalereja en espiral conduce a la cueva. En suma, con tiento y precaución, y, si necesario fuese, bajando sentado, una por una, las gradas más resbaladizas, no ha de ser empresa sobrehumana; según las guías oficiales, no hay peligro en ningún tiempo, pues la luz exterior penetra por las troneras abiertas en cada piso... Me resuelvo: preveo que me maldeciría después por haber retrocedido. Y, efectivamente, la doble operación, más fácil aun a la subida, resulta un poco larga, pero sin inconveniente mayor. Doy fondo al cuarto de hora, y, por un pasadizo algo accidentado a mi derecha, me encuentro en la gruta famosa, debajo de la catarata: deslumbrado por el cuadro, aturrido por el rumor potente que nace aquí mismo,—acaso un tanto nervioso y dotado de esa mórbida lucidez que casi linda con la alucinación. El frío es intensísimo, y con la humedad congelada en mi sobretodo pareceme que revisto una coraza. Para reaccionar—o persuadirme de que reacciono,—enciendo un cigarrillo y me pongo a "batir la suela" a lo largo de esta explanada polar.

El espectáculo, según todos han dicho, es asombroso en pleno día de verano: en esta soledad nocturna, al resplandor de la luna boreal, reviste una irrealidad de fantasmagoría, una extrañeza única. Pero lo único es por esencia lo infable, puesto que, siendo todos nuestros balbuceos simples reminiscencias, aquí falla cualquier término de comparación. Más vale entonces, sin empeñar una lucha imposible, procurar la expresión breve y sencilla que, si no presenta a la vista el mágico cuadro, lo sugiera al menos a la imaginación fecunda (1).

El ancho cobertizo abovedado en que me encuentro se desploma ocho o diez metros fuera de la pared vertical, levantándose cerca de veinte sobre el resalto en talud que desciende hasta la arena: es el caveto colosal, formado por erosión en la arcilla esquistosa, de una cornisa ciclópea cuya platabanda superior, de estratos calcáreos duros como granito, forma hasta el mismo salto el lecho del río. En el receptáculo de la catarata, que cae delante de mí con un tumulto atronador, el choque formidable roe la blanda capa arenista (*sandstone*), cavándola sin tregua hasta que por su propio peso se derruya el resalto que me sustenta ahora; y así continúa la obra de mina hasta que el borde superior se derrumbe a su vez, trasladando la catarata unos dos metros por año hacia los rápidos y el lago Erie, y, por tanto, reduciendo progresivamente su altura (2).

(1) En el "Annual Report of the Smithsonian Institution" (1890), hay un buen estudio geológico del Niágara, por O. J. Gilbert; entre otros croquis trae una sección que muestra el perfil de la caída y las capas sucesivas del lecho, desde el nivel superior hasta el fondo de la hoya.

(2) No por eso deben aceptarse, con muchos geógrafos modernos, las exageraciones de los antiguos viajeros y misioneros. ¿Cómo pudiera tener el salto (en el siglo XVII) las 120 toesas de Joliet o los 600 pies del P. Hennepin, si no hay más que 101 metros de desnivel entre el lago Erie y el Ontario? —Es bastante curioso que la cifra del "poeta" Chateaubriand sea casi matemáticamente exacta; dice en "Atala" que la altura perpendicular de la caída es de 144 pies (franceses), o sean 46 m. 76.

A la gloriosa luz de un día de verano, consiste sin duda la belleza del cuadro en ver despeñarse el enorme raudal de 10.000 metros cúbicos por segundo, y contemplar el sol al través de la líquida masa irisada y transparente que se aplasta en el hondo hervidero. Muy otro es el carácter de la escena presente. La napa americana, relativamente delgada, y dividida ahora por los *séracs* de la cornisa, abre sus diez cascadas parciales que sólo juntan sus espumas en el embudo receptor; es sobre todo la catarata canadiense la que levanta a la izquierda el formidable estruendo. Pero no hay esplendor veraniego ni gala primaveral que pueda equipararse, por la novedad del conjunto y la emoción intensa que produce, al fantástico palacio del Invierno que me rodea y cuyos prodigios sobrenaturales parece que sólo se desplegasen para mí. Forman amplio propileo de hielo, al borde del abismo, altísimos pilares estriados y truncas columnas salomónicas, en cuyos intervalos azulados flotan los cortinajes de las reverberantes cascadas, tendidas y rayadas como largas urdimbres en sus telares gigantes. De las grietadas paredes y peñascos laterales que obstruyen la corriente, se escapan cintas diáfanas que los destellos lunares animan y colorean a manera de fuentes luminosas. Junto a los bloques informes que se acumulan en este peristilo, y parecen escombros del edificio interrumpido, redondeadas estalagmitas yerguen sus ánforas y balaustrés; otras remedan candelabros enormes, cipos de mármol sepulcral, y la imaginación enfermiza evoca leyendas seculares, catástrofes antiguas y recientes que podrían tener aquí su panteón... Pero hacia la bóveda de concha es donde se ostenta la caprichosa riqueza de esta arquitectura invernal: las mil estalactitas destiladas por la roca calcárea se han cubierto de flores y arabescos, coagulando durante meses los vapores que la catarata difunde por la atmósfera, y, desde la cor-

nisa invisible, se descuelgan fajas y bandas en festones, suntuosos mantos de armiño, doseles y caladas cenefas en los intercolumnios, lámparas de alabastro que destilan diamantes líquidos y cuyos caireles cristalinos espejean al resplandor astral... Esta, en verdad, es la hora propicia e ideal para admirar la mágica platería de escarcha: por incoloros y débiles que fueran, parecen que los rayos del sol alterarían su marmórea sublimidad. Todo es aquí glacial y funerario, las mismas sombras proyectadas irradian palidez crepuscular: sólo la fría y casta luna puede agregar una armonía a la helada pompa nocturna, abriéndole de satinada blancura la blanca matidez del ventisquero, y derramando sobre el paisaje fantasma el misterio de su poesía espectral...

Pero es tiempo de volver, si no quiero quedar adherido al pavimento y agregar una estatua de hielo a la colección. Al encontrarme arriba, pisando el suelo firme de la isla, me confieso *in petto* que también ha de tener su poesía el calorífero del hotel. Me meto en el trineo y, durante los minutos del trayecto, evoco no sé por qué a ese extraño peregrino perturbado y perturbador, acaso el mayor poeta del siglo con su prosa cantante y rítmica, en todo caso el más sincero y conmovido, a despecho o a causa de su engañosa imaginación: al que vino aquí mismo hace un siglo, vivió algunos días entre los indios del Niágara y preparó, silencioso e ignorado, en la entonces virgen soledad, esa paleta rutilante con que iba a deslumbrar al mundo. El era joven; escuchaba la voz de un "silfo" augural que le decía: *¡Tú serás rey!* Relámpagos de esperanza iluminaban su precoz desencanto, y sabía ya que la gloria le devolvería "lo que el viajero deja de su vida en los lugares donde pasa"... (1).

(1) Chateaubriand: últimas palabras del "Voyage en Amérique".

EL ANTEPALCO

Por Miguel ZAMACOIS

Forgueille se prometía una noche feliz oyendo "Manón" en la Opera Cómica; no porque le entusiasmase la música, sino porque en el antepalco de los Galuche, que le habían invitado, pasaría la noche charlando con la señora de Montelet, con la que mantenía un "flirt" muy agradable.

Al entrar en su casa para cenar se encontró desagradablemente sorprendido por una carta de la señora de Montelet, en la que le anunciaba que, muy a su pesar, no podría ir aquella noche a la Opera Cómica. Y como la perspectiva de pasarse la noche con los Galuche no le seducía, escribió una carta excusándose de aceptar su amable invitación "por causas que ya les explicaría de viva voz". Escrita la carta, puso el sobre: "Señor Galuche. Palco principal número 7 de la Opera Cómica. Urgente."

Llamó a Antonio, su ayuda de cámara, y le dijo:

—Antonio, vistete. A las nueve y veinte llevarás esta carta al teatro de la Opera Cómica. Es diciendo a los señores de Galuche que no puedo ir a ver la función. Preguntarás por el palco que dice el sobre y entregarás la carta al señor Galuche. Yo no ceno en casa. Hasta mañana.

La desgracia de unos... Antonio quedó encantado. No teniendo que servir la cena a su amo se encontraría libre toda la noche y podría ir a algún cinematógrafo.

A las nueve y veinte, correctamente vestido de americana, entraba en la Opera Cómica y se hacía conducir al palco de los señores de Galuche. En el antepalco había una linda joven sentada, vestida de negro, que al entrar Antonio se levantó intimidada.

—Es una carta que traigo para el señor Galuche de parte del señor Forgueille, que no puede venir—dijo An-



EN UNA COPA DE AGUA

puede Ud. hallar la Muerte

Tenga cuidado con el agua que usted consume; cerciórese si es buena. Sepa que el AGUA es el vehículo de muchas enfermedades peligrosas.

NO OLVIDE QUE PREVER ES CURAR

No consuma AGUA alguna que NO SEA PURA. EN SU CASA PUEDE UD. PURIFICARLA CON

EL BOTELLON ESTERILIZADOR del Profesor Doctor HOTTINGER

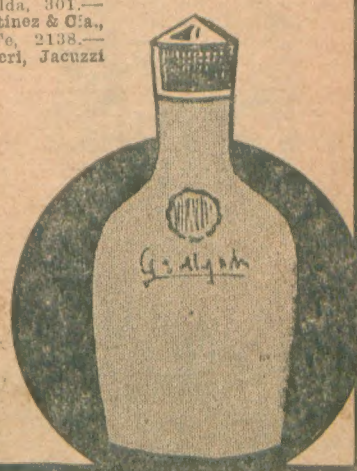
que en el corto tiempo de una hora, esteriliza el agua más contaminada.

Hoy mismo debe adquirir uno para su tranquilidad y la de los suyos.

En la Capital, de venta en las siguientes casas:

Farmacia Belgrano, Cabildo, 1901.—Drogueria del Indio, Rivadavia, 1501.—Beretervide & Leonardini, Piedras, 170.—Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301.—Heinlein & Cia., Av. de Mayo, 1402.—E. Martinez & Cia., Rivadavia, 1001.—Bazar Solanas, Santa Fe, 2138.—Guanzirolí & Cia., Sarmiento, 1431.—Angeleri, Jacuzzi & Cia., Callao 98.—Ceriní Hnos., Sarmiento, 1202.—Juan Faccaro, Bm. Mitre, 2599.—Medina & Cia., Rivadavia, 865.—Schmitz Hnos., Alsina, 2639.—Alejandro Colven, Viamonte, 933.—Spinedi & Grunwald, Callao, 666.—Rafuls & Cia., Moreno, 862.—Casa Uhalde, Maipú, 327.—Pablo Kolbe & Cia., Moreno, 1202.—B. Greshake, Esmeralda, 146.—Federico Clarfeldt & Cia., Paseo Colón, 746.—A. Pfeiffer & Cia., Perú, 425.—Portes Hnos., Rivadavia, 1982.—Vicente Scannapieco, Tucumán, 800.—Farmacia del Norte, Carlos Pellegrini y Santa Fe.—Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512.—Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302.—Farmacia Mugica, Chile esq. Entre Ríos.—Carlos Dietrich, Las Heras, 3501.—Souto & Cia., Rivadavia, 3000.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



tonio en voz baja, un poco turbado por el aspecto brillante de la sala y por la melodía de la música.

—El señor Galuche tampoco vendrá—respondió la joven en el mismo tono.—La madre de la señora se ha puesto enferma, y el señor y la señora han ido a pasar la noche con ella. Por eso traía una carta para el señor Forgueille avisándole.

—Es gracioso. Entonces, ¿usted es?...—Amelia, la primera doncella de la señora de Galuche.

—Y yo soy Antonio, el ayuda de cámara del señor Forgueille. No nos queda, pues, más que entregarnos las cartas. Esta es la mía.

—Gracias. Aquí va la mía. Había terminado el acto.

—Ha llegado el momento de irnos—dijo Antonio.—¿Ha visto usted el principio de la obra?

—Muy mal, porque como tenía que

marcharme... Pero la música me ha parecido muy bonita.

—Es una lástima perder un palco como éste con lo que cuesta.

—Para mis amos, poca pérdida es. A los diez minutos Antonio conocía a fondo a los Galuche, y Amelia no ignoraba nada de Forgueille.

El acto segundo iba a empezar.

—Me agradaría ver este acto—dijo Amelia.—Precisamente hoy no tengo prisa, no estando mis señores en casa.

—Lo mismo me ocurre a mí—dijo Antonio.

Se atrevieron a sentarse en los sillones del fondo del palco, y desde allí oyeron el segundo acto.

Al segundo entreacto comentaron la obra, y las reflexiones de Amelia hicieron comprender a Antonio que la gentil doncella era muy sentimental, y esto no le desagradó.

Bruscamente dijo Amelia: —¿Pues yo me quedo al tercer acto!

—Y yo también. Cuando empezó dicho acto se atrevieron a sentarse en las sillas de la primera fila y a apoyarse en la lujosa barandilla de terciopelo.

No hay que decir que, terminado el tercer acto, Antonio y Amelia decidieron quedarse para ver cómo terminaba la obra, y que en aquel entreacto ya no hablaron de sus amos, sino de ellos mismos.

Al final, Antonio estaba seguro de que Amelia, que sabía peinar admirablemente y hacer las manos, tenía un magnífico porvenir como camarera. Amelia, por su parte, auguraba a Antonio colocaciones muy brillantes, dada su pericia guiando "autos" y su "chic" inglés.

Antonio y Amelia se han casado, y cuando se presenta la ocasión no se olvidan de contar que su primera entrevista, preparada muy de antemano por sus familias, tuvo lugar, como se acostumbra en la "buena sociedad", en un antepalco de la Opera Cómica.

El duque que detuvo a un malhechor y... resultó robado

Hace pocos días, a las tres de la tarde, es decir, cuando mayor circulación había por las calles de Londres, dos individuos elegantemente vestidos se aproximaron a la vitrina de un joyero de la calle de Jermyn. Uno de ellos, con una piedra encerrada en su saco, rompió una de las lunas del escaparate, y el otro, rápidamente, introdujo una mano por la abertura, y de una bandeja llena de alhajas tomó varias de éstas y salió corriendo. En aquel momento el duque de Manchester salía de una casa vecina y vio al individuo que intentaba escaparse. Rápidamente se lanzó en su persecución, y a cincuenta metros del lugar del suceso logró alcanzarlo. Lo inmovilizó y lo en-

tregó a un "policemen" que se encontraba en aquel lugar.

Cuando el duque de Manchester sonreía satisfecho de su hazaña, observó no sin sorpresa y dolor que su cartera y otros varios objetos de su uso le habían sido arrebatados en la lucha. Recordó entonces que en el momento en que logró detener al ladrón un grupo de gente se puso alrededor de ellos fingiendo, al parecer, auxiliar la detención, y de aquellos, un simpático "gentleman" le felicitó y abrazó significativamente, explicando a todo el mundo que el que había practicado tan importante servicio policiaco era nada menos que el duque de Manchester.



A la terminación del baile oficial del Club Mar del Plata, fiesta de la alegría en que los rubios cadetes del "Berlín" han bailado con las niñas de nuestra mejor sociedad, el capitán de fragata Fisher, ayudante argentino del comandante Junkermann, me promete facilitarme la entrevista con éste, y quedamos citados para la mañana siguiente, a las 11.

El "auto" en que vamos, rueda por el Boulevard Marítimo con dirección al puerto, y comienza a bajar las barrancas del Golf, para entrar en el malecón. Como un gran albatro, allí está el barco que entró el sábado envuelto en los dorados reflejos de una mañana que se volcaba íntegra sobre el sudeste Atlántico, llevando al tope la bandera de Federico el Grande y de mástil a mástil, el saludo de la nueva nación alemana.

Y en esos momentos, nos viene a la memoria aquella frase musical de Hei-



Capitán de navío Junkermann, comandante del crucero "Berlín".

ne, el poeta de la joven Alemania, que masticamos un poco transformada al subir la planchada:

Même quand l'oiseau non marche, on sent qu'il a des ailes

En esos momentos el comandante conversa en su cabina de proa con los miembros de la comisión de festejos y el capitán de fragata Fisher opta por presentarnos a un oficial de a bordo para que podamos visitar todo el barco. Acompañados del cadete Boman, quien habla perfectamente el castellano, ya más libres del embarazo de la lengua extranjera, que debimos utilizar para las primeras presentaciones, iniciamos la visita.

El "Berlín" no es un barco viejo. Fué construido en 1896 y bautizado por el emperador, el kaiser Wilfrend. Consta de ocho cañones Krup de 26 pulgadas distribuidos en la proa y en las bandas y de dos tubos lanzatorpedos, arma esta de tanta eficacia en los combates modernos; tiene tres chimeneas volcadas y puede desarrollar una gran velocidad. Sus condiciones son especiales para un viaje de la naturaleza que realiza y puede servir muy bien como acorazado auxiliar. A su bordo los cadetes reciben una enseñanza completa, que los habilita después para desempeñar los más altos cargos en las unidades de la flota de guerra de su país.

A pesar del largo viaje realizado y de los temporales que ha tenido que soportar desde su salida de Chile, pues el Pacífico no se mostró muy grato con los huéspedes que Mar del Plata ha recibido con los brazos abiertos, se advierte a bordo la mayor prolijidad. Todo está en su sitio, todo da ese aspecto simpático de orden y trabajo, de suma limpieza: las escalerillas, en cubierta y aun en los departamentos más ocultos del buque.

CRONICAS DE MAR DEL PLATA

Una visita al crucero "Berlín"

BUQUE - ESCUELA DE LA MARINA DE GUERRA ALEMANA

A la hora en que lo visitamos, los cadetes—que son en número de cincuenta—se entregan a su aseo. Unos se están afeitando, otros lustran sus botines, mientras algún muchachón rubio como el vino del Rhin, tirado en su mecedora que pende del techo, aspira toda la brisa que se gana por "el ojo de buey", mientras sueña en una página de Goethe.

—A la tarde—nos dice el cadete Boman—concurrimos a los clubs. Entonces el barco se despuebla, no queda nadie aquí. El tango, que estamos aprendiendo a bailar, nos resulta verdaderamente simpático.

Y recordamos en esos momentos que el día antes, al presentarlos a las niñas argentinas, uno de ellos, que apenas sabía hablar la lengua del país, que tan calurosa acogida les ha hecho, decía con su dulce acento ve-

lado un poco por el *Starkappe* del temor a la mala pronunciación:

—¡Oh, no quiere bailar usted con mí el tango "Viejo Rincón"!...

Visitamos después el puente de combate y el sobrepuente de ruta. Observamos por los reducidos miradores del primero el panorama del puerto, donde están anclados los cuatro avisos de nuestra armada y la cañonera "Rosario", en que se albergan los cadetes argentinos, que fraternalmente han compartido las horas del balneario y bajamos luego a la sala de máquinas y al comedor de la tripulación. Sobre las mesas, agobiados, olvidados por completo de las fiestas, los muchachos rubios leen sus manuales, éste copia una música que se nos antoja alguna balada de Sigurd, que cantan los campesinos del Danubio, aquel escribe —¡vaya a saberse si a la novia o a la madre!—y el de más allá, espíritu práctico, cose la bluseta triangular que luego ha de hacer contorsiones en la sala de baile. Es absoluto el silencio, en que la tripulación se entrega al trabajo y nos hace pensar en esa página admirable en que un estudiante de filosofía alemán, hablaba del alto espíritu de su pueblo en los días más horribles de la contienda pasada:

"Aun cuando cada minuto me hace

recordar que estamos en guerra y en tierra enemiga, continúo fiel a la convicción de que la tercera antinomia kantiana es más importante que toda la guerra mundial."

Y en la tierra amiga, hemos visto al hijo de alguna aldea remota del país que mereciera el elogio legendario de Tácito, leer con el recogimiento del filósofo de Koenisberg, el libro de la obediencia del Ecclesiastés:

¿Quién como el sabio? ¿Y quién como el que sabe la declaración de las cosas? La sabiduría del hombre hará relucir su rostro, y mudaráse la tosquedad de su semblante.

Y esta parece ser la divisa que llevan estos jóvenes cultos y distinguidos de la nueva Alemania.

Era tarde ya cuando terminamos la visita. El comandante Junkermann se preparaba para asistir al banquete del Golf Club.

Cambiamos un saludo con el comandante de la nave y no lo quisimos demorar, después de breve conversación.

—Capitán Fisher—dijimos al marino argentino que nos acompañaba,—ya hemos cumplido nuestro cometido. El espíritu del más alto oficial de a bordo se ha difundido en todos aquellos jóvenes y nosotros hemos ido hasta ellos para recoger las impresiones y los datos que necesitamos.

En el Golf, a la tarde, un oficial nos entregará su retrato y al descender del barco, mientras de las cocinas de a bordo llega el lento y agradable tufillo de la comida, sentimos la copla tris-tona de Louis Tieck, que canta un motetón de Hamburgo:

*Mondbeglänzte Zaubernacht,
Die den Sinn gefangen hält,
Wundervolle Märchenwelt,
Steig auf in der alten Pracht.*

Y se pierde en el puerto de Mar del Plata la vieja canción de los románticos gordos y risueños de Munchen...

Alberto CASAL CASTEL.



EMPEZO NUESTRA SENSACIONAL LIQUIDACION

COMPRENDE
TODOS LOS
DEPARTAMENTOS
DE LA CASA

VISITE
DESDE HOY
NUESTRAS
VIDRIERAS

CREDITOS

Las sensacionales rebajas sufridas por todos los artículos, dan en este momento a nuestros créditos un interés excepcional.

INTERIOR

Los pedidos de nuestros clientes del interior los despachamos teniendo en cuenta todas las excepcionales rebajas efectuadas.

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

CURIOSIDADES

Una señora que cree que es posible criar a los perros pekineses como a niños, les proporciona a los que tiene, no sólo juguetes para que juegue cada perro, sino también una casita para cada uno, con varias habitaciones.

Capricho de millonario fué un paseo organizado por un magnate norteamericano a través del Mediterráneo en un vapor de lujo, siendo el costo de la excursión, por cada persona, de siete mil pesos oro. La navegación duró dos meses.

En una ceremonia nupcial de la India es costumbre presentar a la novia en medio de una enorme bandeja de crema coloreada.

Son multadas las compañías de ferrocarriles en Inglaterra cuando dejan que las locomotoras arrojen humo estando en una estación. Tales multas son cargadas por las empresas a los maquinistas que conducen la máquina.

Se asegura que el hombre trabaja mejor y con más actividad en otoño que en cualquier otra estación del año.

El águila puede vivir veintiocho días sin alimento, y el cóndor puede resistir, en las mismas condiciones, hasta cuarenta días.

Los holandeses aseguran que en su país hay una vaca por cada habitante.

Las lluvias matan miles de ratas que viven en los campos. El agua entra en los nidos y ahoga las crías. Una larga estación lluviosa es fatal también para los conejos, pues una dieta constante de hierba húmeda les produce disentería y enfermedades del hígado. La mortandad es grande entonces. En cambio, la liebre no sufre con el tiempo húmedo.

El monasterio de San Benito, de Valladolid, fué fundado por don Juan I, sobre el solar del antiguo alcázar.

Los escarabajos pueden entenderse y comunicarse entre sí mediante el ruido que hacen golpeando con la cabeza en algo de madera, aun cuando se encuentren a tres o cuatro metros de distancia uno de otro.

Dice un filósofo francés que si no vivimos más de cien años es porque se cree que ese es el límite de la vida humana. Si la gente abandonara esa idea viviría muchos años, hasta pasar el siglo y medio, agrega el sabio.

Se calcula que cerca de 200.000 personas quedaron enterradas debajo de las montañas que se desmoronaron durante el terremoto que hubo el año 1921 en China, en la provincia de Kansá.

La Municipalidad de Londres gasta todos los años cerca de veinte mil pesos oro en arena para echar en las calles cuando están resbaladizas, a fin de evitar que los caballos se caigan y que "patinen" lateralmente los automóviles.

Es curioso el hecho de que hubiera en Londres, antes de la guerra, más de dos mil fustrabotas callejeros, y ahora no haya más de cuatrocientos, y aun están disminuyendo.

La mula, el elefante, el camello, el reno, la llama, el yak, la cabra, el perro, el búfalo y el buey son bestias de carga en diversas partes del mundo.

¡Santiago! Cierra España, fué el grito de guerra lanzado por Ramiro I en la batalla de Clavijo, y que desde entonces quedó establecido en los ejércitos españoles y figuró siempre en los combates y batallas durante muchos siglos después.

En el atrio de la iglesia de San Miguel, de Segovia, se efectuó la proclamación de Isabel la Católica, como reina de Castilla.

El arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, reunió en Alcalá de Henares su célebre Concilio, durante el cisma entre Urbano VI y Clemente VII, en 1378.

Ibsen es el autor dramático que escribió con más lentitud sus obras. Aun cuando se pasaba diariamente en su biblioteca cinco horas trabajando, tardaba más de cinco meses en escribir un drama, y no produjo más de uno al año, pues, por lo general, escribía y retocaba tres veces cada una de sus obras.

La sardina arenque es el pescado que más se consume, tanto fresco como salado.

Sólo en las costas de la Gran Bretaña se pescan anualmente más de 250.000 toneladas de arenques.

En Cádiz se ha descubierto un cementerio romano, que data del siglo V antes de Jesucristo. Entre los múltiples objetos hallados en la Necrópolis figuran un león de piedra, anillos de cobre, pendientes de oro y ánforas.

Roma es entre todas las ciudades europeas, la que más veces ha caído en poder de sus enemigos. Ha

sido tomada o saqueada más de cuarenta veces desde el año 390 antes de Jesucristo.

Calcúlase que todos los años se gasta en la construcción de féretros para los chinos, más de dos millones y medio de metros de tabla.

Los persas consideran afeminado al hombre que se ríe. Esta expansión la creen sólo propia de mujeres.

La mejor madera para hacer mástiles, es el abeto de Noruega. Después, las mejores son el abeto negro, el pino albar de América y el pino de Escocia.

Calvino no tuvo tiempo para hacer la corte. Un amigo descubrió para él la viuda de un anabaptista con numerosa prole. Tomóla por esposa y vivieron felices.



El sueño de los bebés

Es de absoluta necesidad para los niños, que su sueño sea profundo y prolongado, pues esto favorece su normal desarrollo y asegura una perfecta digestión.

Cuando el niño despierta con frecuencia y llora, es porque el seno materno no le ha satisfecho plenamente, y no hay ninguna razón que impida satisfacerle por completo, puesto que es elementalmente sabido que basta que la madre tome diariamente unas copas de Malta Palermo, para asegurar a su hijito una nutrición perfecta, y, por lo mismo, también un sueño sin interrupción.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A.

Buenos Aires



Malta
PALERMO

¿Por qué me sigue usted?

Por ADOLFO CARRETERO

Empezó por un desasosiego que le amargaba en la boca y le colgaba de los párpados con un peso muerto y frío que también, antes de caer, le corría a lo largo de los tendones, le daba vueltas a toda la red irritada de sus nervios y navegaba por el caudal alborotado de su sangre, que parecía querer entrar en el puerto furioso de su corazón. Sacudía los brazos y daban un chasquido los dedos como punta de fusta, y, sin embargo, aquel peso no podía despanzurrarlo en las piedras peladas de la calle. Parecía siempre que iba a caer por fin; pero cuando ya le entraba la sensación de haberse desprendido de él, de haberlo soltado, se le subía nuevamente, no sabía cómo, y empezaba el viaje por todo el cuerpo, como un equilibrista seguro de su ejercicio, quizá un poco burlón ante el asombro inconcebible del público.

¿Qué raro era aquello! No le había sentido nunca, y le desesperaba hasta producirle un dolor físico no poder explicárselo para tranquilizarse un poco.

Andaba de prisa ante la idea talarante de perderlo en el camino, de sentirle dar el golpetazo salvador detrás de sus pasos. Una calle; otra calle; la plaza abandonada al silencio desnudo de unos árboles que se desgajaban en un tremendo desamparo. Un callejón que se retorció en un vaho de basura y de estercolero, y más allá, la línea verdinegra del campo, tan solo, tan magnífico, tan señor de sí mismo, que parecía él solo disfrutar de su propia grandeza. Torció a la izquierda; otra callejilla resquebrajada conteniéndose a duras penas en la pendiente del terreno. Por allí iba bien; le empujaba el peso con una inercia que se le antojaba favorable, porque así, frenando él su ímpetu andariego, fuera posible que se le volcase por la boca, por los ojos, por las manos, él que sabía por dónde, aquel peso atosigante, algodónado y angustioso. Al volver una esquina vio venir por el centro de la calle cuatro hombres con un ataúd sobre los hombros. ¡Un entierro! De última clase. El ataúd, forrado de "merino" negro, negro gris de haberse manoseado muchas veces, de haberle caído el polvo y el agua sabe Dios cuántas, era prestado, cedido para el transporte únicamente. Le distrajo verlos pasar, y después se quedó mirándolos, siguiendo con los ojos los vaivenes del ataúd. ¿Qué curiosidad tan tonta! Pero aquello, sin sospechar la causa, sin razonamiento alguno, le atraía, le tiraba misteriosamente, incitadoramente... Hasta que dió un paso, y luego otro, y otro, y apretó el andar con un interés esperanzado, tonificante, por el mismo camino. Ya estaba cerca. Los hombres del ataúd daban cara al cementerio; que próximo, recortaba el cuadrado de su recinto sobre el fondo azul. No pudiera nunca imaginar tal cosa. El peso habíase debilitado, suavizado, y se diluía en una paz confortadora. ¡Quién lo hubiera dicho! Respiraba sin fatiga, lubricados los pulmones con esta hondura de calma que le tapaba la angustia presurosa de hace unos minutos. ¡Ah!, ¡ah!, y aspiraba el aire gordo de la tarde con una fruición golosa, bienhechora, de convaleciente.

La puertecilla del cementerio, medio ruinosa, medio carcomida por los gusanos del agua, se abrió con un lúgubre aletazo de pájaro moribundo. Un hombre bajito, cargado de hombros y con barba dura, apareció entonces, y

cuando vio entrar a los otros por el portalillo, un portalillo como tienen algunas ventas para descanso de trajinantes, echó a andar por una vereda removida. Se paró al final ante una zanja de tierra profunda, humedecida por una oscuridad densa, y allí esperó, azada en mano. Los otros descargaron el ataúd al borde de la zanja, sobre el montón de tierra. Entre tanto, él se había quedado atrás, leyendo unas lápidas, temeroso de ir hasta ellos. Ahora que ya estaba tranquilo le entraba aquella repugnancia... ¡Adelante! Cuando llegó destapaban el ataúd.

Un hombre de unos cincuenta años, con blusa azul, pantalón de pana y sin zapatos. Calcetines blancos, gordos, de algodón. En la cara no tenía ese último pañuelo que se lleva la piedad para siempre, el cariño, el dolor y la sangre blanca de los ojos. Lo sacaron con

indiferencia profesional, lo liaron en una sábana morena de liencete y con sogas lo dejaron caer al fondo. Echaron unas paletadas de tierra, y listo. Se fueron los hombres. El quiso también marcharse; pero le retenía allí una curiosidad que le descargaba el alma. ¡Bah! Hizo un gran esfuerzo, un heroico esfuerzo, y tirando de él mismo, tal vez de sus zapatos, que se hundían demasiado en la tierra, o de su abrigo, que se enganchaba en púas invisibles, arrastró sus pasos hasta la puerta y salió al camino y aceleró la marcha con miedo de volver la cabeza.

El pueblo apretaba su sombra en el crepúsculo y se arrojaba en un vuelo de la noche. Al pisar la callejilla resquebrajada, un sacudimiento le tundió todo el cuerpo. Tembló imperiosamente al límite de sus fuerzas, y el peso extraño, absurdo, inconcebible, se le extendió otra vez como transfundido en su sangre y circuló con ella. Quedó parado, sintiendo caer su mirada, espesa como agua turbia, a lo largo de su cuerpo. Razonó un poco; apretó los puños, y con la cabeza inclinada hacia adelante, amparada en el hueco de los hombros, se deslizó calle abajo, hurtándose a sus pisadas. Pero ahora no iba solo. El hombre del ataúd, con su blusa azul, su pantalón de pana y sus

Las viudas, las casadas y las solteras

deben saber que muchos malestares y dolencias que sufren obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal e íntima.

En efecto: basta el menor abandono en el indicado sentido, para favorecer grandemente la invasión de las bacterias y, una vez infectado el organismo, los flujos, hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y hasta el cáncer pueden constituir las posibles consecuencias de la negligencia en la higiene individual de la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform, entre cuyas excelentes cualidades se destacan las de ser inodoro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en germen semejantes calamidades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una escrupulosa antisepsia íntima, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general.

Use usted el Jabón Lysoform para tocador, fabricado a base de Lysoform. Pida una muestra gratis y se comprobará su excelencia. — Mendel y Cia. — Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.

calcetines gordos, de algodón, habíase puesto a su lado y caminaba con el mismo ritmo de sus pasos, sin una palabra, sin un ruido, amortiguado por un silencio táctil que le humedecía la ropa y se le entraba por los huesos, deshaciéndose en un hilo de frío que le cosía el tuétano. ¡Por Dios! Aquello era horrible. Anduvo más de prisa. Las calles giraron ante él devanadas por la angustia. ¡Su casa! Ya estaba allí su casa. Entró empujándose a golpes de ansiedad. Comió con estrépito, haciendo sonar los platos, queriendo canturrear, golpeando el tenedor, el cuchillo, la cuchara... ¡Ah! Los nervios; los malditos nervios. Se fué a dormir. Que bien el descanso. Tiró el abrigo, la americana, el chaleco, el pantalón, las botas. Cerró los ojos, y de un salto se zambulló en la cama. Pero sintió un contacto frío, pegadizo, como un leve tirón de toda su carne. ¡Horrible! Allí estaba tendido, como él, muy calladito, sin respirar, con los ojos entreabiertos como la mirada de un niño humilde. Allí estaba aquel hombre, que él no había conocido nunca, que no había visto hasta aquella tarde en el cementerio. ¡Por Dios! ¡Por Dios! Que se ahogaba, que se moría de espanto. Saltó de la cama, recogió la ropa y se vistió con las manos ciegas, inhábiles, prendidas torpemente en el temblor de sus huesos. Otra vez en la calle; otra vez fugitivo de sí mismo, de su sombra, de su corazón, que le llenaba todo el pecho y le retumbaba en la cabeza. Y el hombre, al lado, seguro, impasible, muerto de silencio. Pero ¿qué era aquello, Santo Dios? Se encaró con él y quiso zarandearlo por los brazos, sacudirlo para que despertara; pero se heló su fuerza, y sus manos cayeron segadas por el frío. ¡Por piedad, por su madre, no me siga! ¿Le he hecho yo algún daño? Sus palabras morían deshechas en un trémolo sordo de cálida congoja. Y el hombre seguía allí indiferente a todo, ajeno al mal, a las súplicas, a la agonía inacabable... ¡Es su sombra! Sí, sí, por eso no me oye. El está allí, donde esta tarde... Y corrió hacia el cementerio bajo el trallazo de la fiebre. Saltó la tapia, brincó sobre las tumbas, y en la zanja donde lo enterraron, acercando la boca, vertiendo el corazón en cada palabra, gritó: "¿Por qué me sigue usted? ¿Por qué me sigue usted?"

LLUEVE...

Llueve en la tarde vaga y silenciosa;
el viento frío por mi piel desliza
su descarnada mano, y agoniza
en el aire el perfume de una rosa.

La calle es una ermita milagrosa,
donde bajo el sudario de ceniza,
un alma de mujer se corporiza
y nos tiende las manos, ruborosa.

Hay una expectativa en la hora quieta.
El espíritu enfermo del poeta
ante el milagro del amor, se espanta.

Y bajo la caricia de la lluvia,
ve claramente su cabeza rubia...
y los brazos en éxtasis levanta.

Fernán ESTRELLA GUTIERREZ.

JORGE LESLIE

El hombre de las doscientas novias

Ante los tribunales de Londres ha comparecido Jorge Leslie, anciano de sesenta y cuatro años, acusado de un gran número de delitos, entre otros el de hacerse pasar por "ministro secretario del Estado libre de Irlanda". La historia de este sujeto es realmente pintoresca. Ha sido una especie de Landrá, aunque incruento. Como Barba Azul y su imitador reciente, debía poseer un misterioso poder sugestivo sobre las mujeres, hasta el punto de hacerles poco menos que perder la razón. Según se ha demostrado en el proceso, Jorge Leslie usó en su vida varios nombres y tuvo más de doscientas novias; a las que hizo víctimas de sus engaños, si bien en algunas ocasiones mostró tal delicadeza con ellas, que llegó a contraer matrimonio con tres. Las lunas de miel de estos matrimonios eran brevísimas.

Apenas transcurridos dos meses de la boda "los asuntos de Estado" le llamaban a Londres. Si estaba en Londres, entonces sus obligaciones le llamaban a Irlanda o a cualquier país europeo o americano; ello es que se ausentaba para no volver más,

si bien dejaba a sus esposas el recuerdo de haber llevado consigo la casi totalidad de la fortuna de la "afortunada" cónyuge. Con las ciento noventa y seis novias restantes hizo cosas análogas, que daban por resultado desposeer a las incautas de sus bienes personales, ya por el engaño de palabra, ya por el procedimiento más o menos expeditivo de violentar muebles y cajones. De todas las enamoradas de Jorge muy pocas se han atrevido a declarar en contra del acusado, y algunas le han exculpado con palabras vivas y elocuentes manifestaciones de admiración y cariño.

No obstante estas defensas de las propias víctimas, las fechorías de Leslie han sido comprobadas por la policía y por las declaraciones de las familias.

En registros practicados en casa de Jorge se han encontrado más de tres mil cartas amorosas, realmente conmovedoras, algunas de las cuales se leyeron como prueba durante los debates del juicio. La sentencia recaída es de diez años de trabajos forzados.

ASPECTOS DE LA CANICULA

Por Manuel García Hernández

36,7 grados.

Esta cifra es elocuente.

Todos los años decimos, convencidos:

—Calor como éste, nunca lo hemos sentido...

Las calles parecen que se fueran a derretir y que esa melaza inundara a la ciudad. Sobre las calzadas padece la atmósfera. La gente no camina. Apenas se mueve, vociferando y protestando de la presión atmosférica que ha hecho más pesado el calor.

Los mismos "autos" se mueven como tortugas que temieran quemar sus patas sobre el recalentado asfalto. En los lugares cerrados, las aspas de los grandes ventiladores semejan accionar en un ambiente denso.

Las bebidas refrigerantes sirven para hacer nuevo vapor en cada persona. Los vasos de cerveza desaparecen de las mesas, lo mismo los helados, las naranjadas, limones exprimidos.

—¿Sabe usted lo único que ahora es digno de adorar?—me dice un amigo.

—¿Qué?

—La barra de hielo...

—Sí, señor—agrega,—el sueño de todo habitante es dormir sobre una barra de hielo...

En los parques públicos la gente teme hasta hablar. Se sienta en los bancos. Los hombres se sacan el cuello y algunos se entregan a roncar placidamente, hasta que llega la policía y les dice:

—Oiga, amigo, a dormir a su casa...

Y este es un grave problema. La cama parece una de esas planchas en donde se hornea el pan.

Buenos Aires está aplastada por la canícula. Los "autos" conducen pasajeros que sienten el bochorno del calor.

—El año pasado, por esta misma época—dice un señor que se seca el sudor,—hizo más calor que ahora. Recuerdo perfectamente que hizo 39,7. Pero nunca se ha sentido tanto calor como ahora...

Los que le escuchan se imaginan que miente. ¿Será posible que el año pasado hiciera más calor que ahora? No puede ser. Esto es horrible.

—Se baña uno—le dice un señor a su repartidor de leche,—y al cuarto de hora ya está transpirando lo mismo.

—Por eso—contesta, con un estoicismo a toda prueba, el vasco que reparte la leche—he decidido no bañarme...

—Es lo mejor... Hasta se ahorra el jabón. Estos pequeños gastos son los que forman la economía.

Unas señoritas que leen la página social de un diario, me dicen con aplomo envidiable:

—¡Hay, sin embargo, gente que se casa todavía con esta temperatura!

—¡Se debería aprovechar esta temporada del año para entablar juicios de divorcio! ¿Usted concibe tranquilidad y felicidad en un hogar en donde se transpire tanto? Tienen que estar siempre de mal humor. El amor, con esta temperatura, se derrite como algo que tenga grasa...

—¿Así es que usted no cree que Julieta y Romeo se hayan podido querer tanto si vivieran ahora en Buenos Aires?

—No estoy satisfecho con eso de que el amor necesita temperatura. Eso es bestializar el amor.

—¿Y qué? ¿No cree en la enorme influencia de la temperatura en el amor?

—No haga chistes. Mire que el calor es enemigo de los charlatanes...

Buenos Aires puede combatir el calor. Posee balnearios suficientes para que la población se refresque. El Balneario Municipal se llena de

bañistas. La Avenida Costanera hace que la gente se aglomere buscando en vano la brisa que llega del estuario.

Cae sobre la ciudad el bochorno igneo. El sol parece enfurecido y nos castiga volcando el caraj de saetas de fuego.

Los parques—lugares más frescos se llenan de concurrentes que ocupan los bancos y se duermen...

A pesar de no ser una temperatura alta, la presión atmosférica se encarga de sostener la presión del horno.

—¡Si al menos lloviera!

Pero el cielo sigue bruñido. El sol tiene el color de un huevo frito.

Arte marroquí

Aunque no con la abundancia que fuera de desear, ni con la organización y variedad de enseñanza de las escuelas de artes y oficios, hay en Marruecos algunos de estos centros en los que, con especialidad casi exclusivamente,

podríamos decir se enseña a los adolescentes a pintar y copiar antiguos dibujos árabes como los que estamos tan acostumbrados a ver en Sevilla, Córdoba y Toledo.

Para que las abejas no pasen frío

El medio más eficaz para sustraer a las abejas de los peligros que las amenazan durante la rigurosa estación que atravesamos, es el del enterramiento invernal.

Inventado por los alemanes, según toda probabilidad, estuvo muy extendido a fines del siglo XVIII. Pero cayó en el olvido y fué de nuevo puesto en práctica, hacia 1845, por los norteamericanos.

Este medio consiste en depositar, en el fondo de una zanja, las colmenas, previamente envueltas o forradas de paja, y tapadas con tablas, y en cubrir luego la zanja con tierra, que se apisona sobre la colmena.



una mano

A través de las olas traicioneras; por entre la obscuridad amenazante; a despecho del huracán alevoso, la brújula, como una mano fiel, va indicando siempre: "por aquí, por aquí..." Nada la aparta de su objeto. Nunca engaña. Jamás guía al peligro.

La CRUZ BAYER es como una brújula. Siempre segura, a través de los años, sin que nada la aparte de sus deberes. Siempre fiel a los más altos principios de honradez. Siempre marcando el buen camino por entre la peligrosa marejada de falsificaciones y substitutos.

De los productos que ella ampara, los que mayor fama alcanza son:

BAYASPIRINA

(Tabletas "Bayer" de Aspirina)

Prescrita por los médicos en todas partes del mundo para dolores en general.

CAFIASPIRINA

(Tabletas "Bayer" de Aspirina y Cafeína)

El analgésico por excelencia para los dolores con depresión nerviosa. No afecta el corazón.

FENASPIRINA

(Tabletas "Bayer" de Aspirina y Fenacetina)

El remedio moderno para los resfriados, la gripe, la influenza, etc., cuya característica es la de ser perfectamente bien tolerada por el estómago.



Páginas olvidadas

LA CARGA DEL ABUELO

POR J. GARCÍA MERCADAL

En lo alto del monte y en medio de sus heredas, frente al mar, el caserío Idurre alza sus ennegrecidas paredes.

La mañana es hermosa, de estío, y el sol brilla en un cielo azul por donde ruedan nubes blancas. Por el estrecho y empinado caminejo que al caserío conduce, sube un hombre de alguna edad, vestido a lo señor, con un traje negro de alpaca y un tostado sombrero de los de jipijapa. Lleva en la mano una varita que debió cortar en el camino, y en el pie derecho calza una mohosa espuela. Tras él un muchacho, metidos los pies en sucias alpargatas, trae de las riendas un caballo de poca alzada.

Por fin, tras un repecho rocoso que hizo jadear el pecho del caminante de más edad, llegaron ante la puerta del caserío. El hombre se entró en la casa sin llamar, mientras el muchacho se metía en el establo con el caballo, atándolo en un pesebre vacío cerca del que ocupaban las vacas. Volvieron todas a mirarle, extrañadas; una de ellas, que tenía el ternero pegado a las ubres, lanzó un mugido lastimero, y después las cuatro que había inclinado sobre el pesebre sus cabezas, y continuaron rumiando las verdes hojas del maíz.

Instalado el caballo, el muchacho entró en el caserío.

En la cocina, al lado de la lumbre donde se cocía la leche con las sopas de borona, dos hombres jóvenes permanecían callados. Cerca de ellos una vieja, la abuela, con las lágrimas en los ojos, miraba al fuego mientras sus dedos hacían girar instintivamente la rueca del huso.

De lo alto, por el hueco de una escalera de madera, bajaba confuso un aquarelle de voces de mujer.

En el cuarto de arriba, una alcoba pequeña con una cama de madera como ahumada, colgaban del techo trenzadas las mazorcas del maíz. Incorporado en el lecho, entre algunos almohadones, Pello Antón, el abuelo del caserío Idurre, esperaba tranquilo los últimos minutos de su vida. Junto a la cama, el médico viejo de Motrico examinaba el pulso del paciente, y miraba con atención su tostada faz, en cuyas arrugas aparecía escrita la historia completa de la laboriosidad de un hombre.

Muchos eran los años que tenía Pello Antón, mucho también el tiempo que llevaba enfermo. Primeramente dejó de salir a tomar el sol delante del caserío, quedándose junto a la lumbre del hogar; luego fué ya el lecho el que lo retuvo, y allí se estaba quieto, silencioso, abandonado, al tiempo que la abuela hilaba bajo el árbol de la pradería, la nuera trajinaba en la cocina, y su marido trabajaba en la heredad con las vacas, llevando a uno de sus chicos delante de la pareja uncida, con la aljada al hombro.

Mas un día el enfermo pareció empeorarse, y mostró deseos de ver a su hijo ausente. Josse Mari, el mayor, mandó recado donde Chomín que vivía en un caserío cerca de Astigarribia, el cual llegó al momento con su mujer, conviniendo los dos matrimonios en que no había más remedio que enviar a Motrico en busca del médico, como así se hizo.

—Don Miguel..., ¿ya estuvo donde el padre?— preguntó el casero al facultativo cuando descendió a la cocina, seguido de las mujeres.

—Sí, de allí bajo—contestó aquél.

—Y, ¿qué le parece pues de su mal? Esta vez mala cara trae...

—Por ahora no es posible decir nada. Cosa de pronto no me parece que sea. En fin, ya veremos...

—Ver, sí, ya veremos, con tiempo. Cosa chiquita no debe estar. Muchos años se tiene...

—Sí, muchos años.

—Más de ochenta—apuntó Chomín.—También mucho trabajo se hizo.

—Trabajo, sí—añadió Josse Mari,—también mucho tiempo que tomó mal.

—Estas enfermedades son largas—dijo el médico,—pero son las últimas. Pello Antón estaba bien agarrado a la vida, y cuesta mucho arrancar las raíces.

—Pero... ¿decir ahora algo no puede?—preguntó Josse Mari.

—Hombre, no es cosa que corra. Hasta mañana,

—Hasta mañana—contestaron todos menos la mujer del caserío, que había salido no se sabe donde.

A la puerta, tenido de la brida por el muchacho, esperaba el caballo. Montó el médico y marchó al paso monte adelante, camino de Motrico. Al volver un maizal le salió al encuentro la nuera.

—Diga, don Miguel, ¿seguro es que el mal del abuelo se durará mucho?

—Seguro, no—contestó el médico extrañado por la pregunta,—pero sí probable.

—Ay, Jesús, cuánta paciencia necesitar pues! Mal año, manzana poca, y luego abuelo cansar mucho la casa, así pues, mala esperanza quedar...

—Adiós, mujer—dijo el médico arreando su calzagadura.

—Con Dios, don Miguel—contestó la casera.

Y el médico, no muy ducho en filosofías, dejó sin embargo divagar ampliamente su intelecto, mientras se acercaba a Motrico siguiendo un camino que atravesaba un bosque de copudos castaños.

¡Cansar la casa! Expresión de una ruda crudeza, de un hondo realismo, de una inhumanidad que vive y germina bajo el sedimento de las ideas cristianas. Raíz al aire de un egoísmo muy humano, que manifestaba su protesta contra el lento consumirse de una carga, contra la inutilidad de una vida.

Y el médico, dejando de pensar en estas cosas, extendió su mirada por la vasta llanura del mar. El Cantábrico estaba tranquilo; frente a Iciar unas cuantas barcas se hallaban pescando, y por la raya del horizonte, un vapor cruzaba dejando en el cielo una estela de humo.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentífricas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los Polvos dentífricos y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.—. Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.40 — de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

El nuevo presidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal

El ministro del Interior, doctor José P. Tamborini, acompañado del nuevo presidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal, doctor Diógenes Taboada, y de varios altos funcionarios de esta institución, después de poner en posesión del cargo al doctor Taboada, quien, como se sabe, sustituye, en la presidencia del establecimiento al doctor José Saravia.



Ecos de la visita del crucero "Berlín"



El ministro de Alemania, doctor Carlos Gneist y su señora esposa, el comandante del crucero "Berlín", capitán de navío Junkermann y otros caballeros, durante la recepción efectuada a bordo del citado buque escuela, en honor de la colectividad alemana.



En el salón de recepciones del Centro Naval realizase el banquete que el ministro de Marina ofreció en honor de los marinos del "Berlín". —El almirante Domecq García acompañado del ministro de Alemania, del comandante del buque y de otros comensales, después del acto.



Invitados por la dirección del establecimiento, los marinos alemanes realizaron una visita a las instalaciones de la Cervicería Quilmes, donde fueron amablemente atendidos por los altos empleados de la casa y obsequiados con un abundante lunch. — Vista parcial de los concurrentes al acto.

Festival hípico organizado por la Guardia de Seguridad de La Plata, en honor del team de football que realizó la jira deportiva por Europa

La Guardia de Seguridad de la ciudad de La Plata organizó una fiesta hípica en honor de los footballeros argentinos.—Algunos de los jinetes que participaron en las diferentes pruebas



La señorita Máxima C. Merlini, que obtuvo el segundo puesto en la prueba "Iniciación", dirigiendo al caballo "Manolo".



La señorita Merlini, salvando uno de los obstáculos de la mencionada prueba



Señorita María A. Carrera, otra amazona que también intervino en el concurso hípico



El arco de fuego, que constituyó uno de los más interesantes números del programa y que fué saltado por el profesor de equitación subteniente M. Guardabascio



Un aspecto de la tribuna popular, mientras se realizaba la fiesta deportiva realizada, con gran lucimiento, en la cancha de Boca Juniors



LA MAR DEL PLATA!



Para la salida del tren y la gente comienza a impacientarse con objeto de resistir seis horas de viaje, a veces interrumpido por las playas, la ruleta o los salones en que se baila de día y de noche.



Cuatrocientos kilómetros que sólo han de ser salvados por la carta narradora y locuaz, obligan a contar los minutos de las despedidas; y al pie del vagón se dicen las últimas recomendaciones y las últimas palabras de cariño.



El maquinista que corre uno de los "Pullman" y que se conceptúa como uno de los mejores "reguladores" del servicio ferroviario.



Las temporadas de tres meses exigen algo más que una muda de ropa, y los furgones ferroviarios sirven, a veces, de verdaderos carros de mudanza.



La chica de los ojos bonitos no muerde. Va con sus dos apellidos y con una docena de sombreros en busca de la vida social en que ha de vivir.

Los vagones que se han cerrado la noche anterior, después de prolijos preparativos, marchan también a buscar los rincones del tren, llevados por las gruesas manos del changador.



—Buen viaje!... Siempre es triste para el que se queda, ver marchar a los que no volverán sino para contar sus alegrías, sus diversiones y sus fiestas...

La estación de Mar del Plata es una de las más importantes del país. Allí se encuentran los trenes que van a Buenos Aires, Rosario, Montevideo, entre otros. La estación está rodeada por edificios modernos y jardines bien cuidados. Los pasajeros esperan tranquilos en las plataformas, algunos leyendo libros, otros hablando en voz baja. El sonido de las locomotoras que entran y salen de la estación es parte del paisaje cotidiano.

A. CASAL CASTEL.



Son las 12 y 40... Y en pocos minutos desaparece de la vista el "Pullman", mientras se agitan todos los pañuelos.



¡Adiós! Y la pantalla improvisa una despedida con su gesto elocuente, mientras se piensa un poco en lo que se deja y se ilumina la imaginación con los paisajes que nos esperan.

Concurrencia de la República Argentina a la Exposición Iberoamericana de Sevilla



Arquitecto señor Martín S. Noel, presidente de la comisión organizadora de la concurrencia de la República Argentina a la Exposición Iberoamericana de Sevilla, que acaba de embarcarse con rumbo a España.

Fray Mocho en Mar del Plata



Nuestro colaborador señor Alberto Casal Castel, quien, bajo el título de "Mar del Plata la frívola", se propone enviarnos una interesante serie de sabrosas crónicas, donde han de reflejarse modalidades peculiares del aristocrático balneario.

Aniversario del Centro Ribadeo y sus Distritos

Festejando el tercer aniversario de su fundación el Centro Ribadeo y sus Distritos organizó un animado "xantar", que se llevó a efecto en sus salones. El cónsul general de España, señor José Bonigas de Dalman (X), acompañado por la comisión directiva.



Una vista parcial de los comensales que concurrieron al "xantar". Durante la fiesta hicieron uso de la palabra los señores Vicente Gato, Lino Perez, doctor Antonio Fraga, J. E. Lence, E. Blanco Amor y J. Guillén, quienes fueron muy aplaudidos.

Periodismo



Señor Ramón R. Fraga, que acaba de cumplir 32 años de actividad en nuestro colega "La Prensa".

Bibliografía



Señor Francisco Rodríguez Vazquez, autor del libro "La farsa humana", recientemente aparecido.

EL GESTO HEROICO



Comandante de infantería Ramón Franco, piloto del "Plus Ultra", en la arriesgada travesía aérea desde España a la Argentina.

Cuatrocientos treinta y cuatro años después de la magna epopeya colombiana, el solar hispano lanza nuevamente el genio de la raza, a través de la gloriosa quimera.

Colón y Franco parten del mismo punto inicial, pero cuatro centurias de gravitación histórica, bifurcan la trayectoria de sus destinos. Menos positivamente militar que la del gran almirante, la ruta de Franco, trazada sobre la materialidad de las cosas humanas, hiende el piélago de regiones incontaminadas, y busca, como único vellocino, el puerto donde satisfacer las ansias del espíritu. El albatros, impulsado por el ímpetu de una voluntad resuelta, saltó, audaz, al insondable espacio, y, dejando tras sí la blanca estela de las visiones astrales, se acerca a nuestras blavas, trayendo en su seno, cual hermoso presente, un puñado de intrépidos corazones juveniles, donde rebulsa el sentimiento fraterno de la excelsa patria de origen.

Cuando escribimos estas líneas, el acronave mensajera, cruzando el Atlántico, en recia lucha con los elementos, halla en mitad de la estupenda noche, el gesto adusto del hado, aún en el enigma del interrogante y continúa proyectando pantallas de sombras sobre el futuro; pero el optimismo que alza, triunfante, en los ámbitos de la República, ahuyenta la inquietud a dos los corazones. Buenos Aires vibra, en estos momentos, ante la intensidad de una enorme expectación. Puclo jorcen y pujante, llamado a grandes destinos, sabe glorificar, con el bello entusiasmo de sus multitudes, la hazaña de la destreza, del valor y del genio. Tengamos fe en el éxito de los nobles ideales y acojamos, con el legítimo orgullo de nuestra gloriosa estirpe, la ofrenda de amor que nos envía el corazón de España. El espíritu de don Quijote se acerca a nosotros en alas de la raza inmortal. Abrámosle los pechos y exclamemos: ¡Bienvenido seas!

J. R.



El histórico convento de la Rábida, lugar que, a semejanza de lo que hiciera Colón, visitaron los intrépidos aviadores, antes de la memorable partida.



Plano de la ruta con las etapas del raid Palos de Moguer-Buenos Aires.



Capitán de Artillería Julio Ruiz de Alda, que acompaña al comandante Franco en la audaz empresa.



LICEO
NACIONAL
DE SEÑORITAS



Dos grupos de bachilleres egresadas del Liceo Nacional de Señoritas, durante el curso de 1925.



GENTE MENUDA



Guillermo, Marta Matilde y Graciela Rosa Acuña Anzorena.



Clementina C. Diaz.

NECROLOGIA



ROSARIO.—Señora Dolores Aragües de Igle.



CAPITAL FEDERAL.—Señora Ana María Estrada.



Señor Heink Banemann.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena del cine drama Fox "Con la espada al cinto", obra en la que Martha Mansfield y Wilfred Lytell actúan como protagonistas. — Será estrenada pasado mañana jueves.



El príncipe japonés Asaka, presenta sus respetos a las realezas del film Mary Pickford y Douglas Fairbanks, durante su reciente visita a Hollywood



Jack Hoxie y la nueva película "Mary Pickford y Douglas Fairbanks" son los protagonistas de la obra que se exhibe en el teatro Fox.



Un pasaje de la cinecomedia "Tú que sabes amar", interpretada por Alice Lake, Violet Mersereau, Ruth Stonehouse, Maurice Costello y Melville Caldwell, que la Corporación exhibe desde anteayer.



Reed Howes, Wilfred Lucas y la aventura del diablo, obra que se exhibe en el teatro Fox, es la última de una serie de películas que se exhiben en el teatro Fox.



El castor, obra que se exhibe en el teatro Fox, es la última de una serie de películas que se exhiben en el teatro Fox.



El castor, obra que se exhibe en el teatro Fox, es la última de una serie de películas que se exhiben en el teatro Fox.

POR LOS TERRITORIOS NACIONALES. — RIO NEGRO Y SUS BELLEZAS



Un aspecto de la laguna Frías, en día de lluvia, visto desde el camino que conduce a Chile.



Un bello paisaje en el camino situado entre los lagos Moreno Este y Moreno Oeste, en la región llamada, con toda propiedad, "La Suiza Argentina".



Vista parcial de la población de Harberton.



Otro paisaje tomado en el lago Moreno Oeste.



Paisaje en el río Gutiérrez, donde se une el lago de este nombre con el de Nahuel Huapi.



Una vista del río Neuquén tomada desde el puente-dique Contraalmirante Cordero.



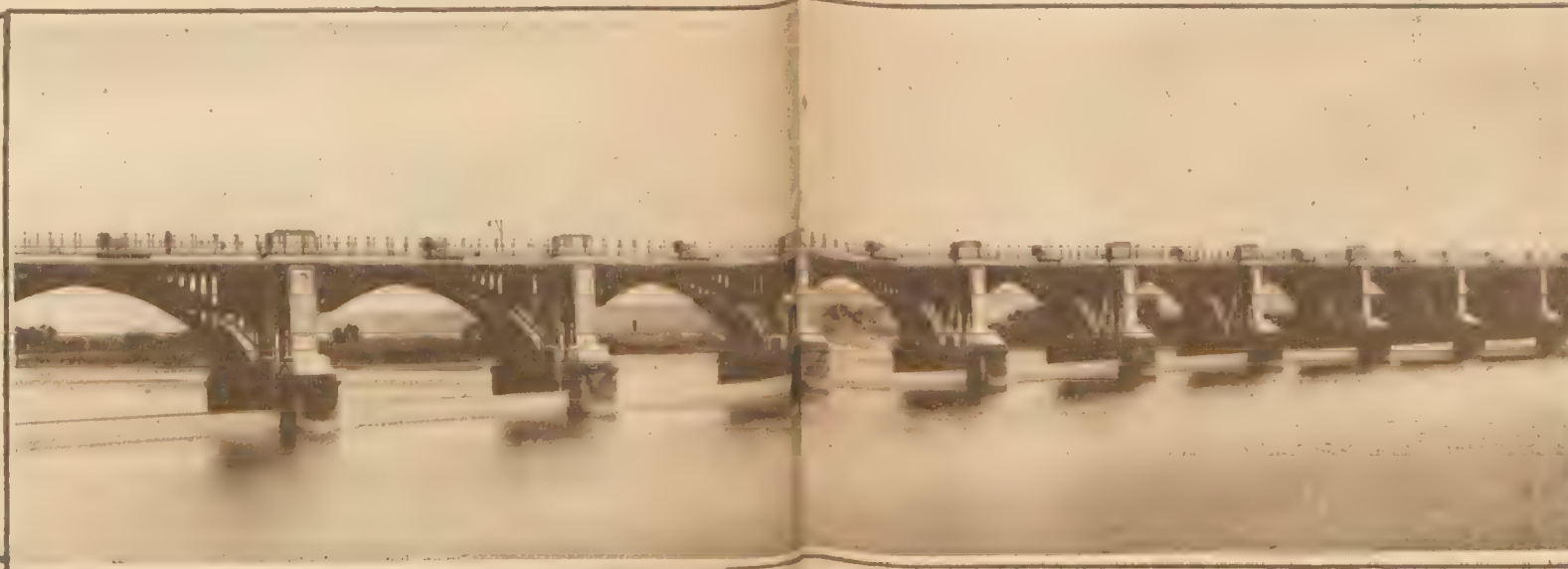
El muelle de Bariloche, sobre el lago Nahuel Huapi.



Una parte del lago Moreno Oeste.



El automóvil que hace el servicio entre Bariloche y Neuquén, detenido en Pileanien.



El gran puente-dique sobre el río Neuquén, que une el territorio de este nombre con el de Rio Negro y que constituye una de las más importantes obras de irrigación en aquellas regiones.



Edificio ocupado por el administrador de la estancia "San Carlos de Bariloche", propiedad del señor Molina.

Foto. J. O. Dantiscq.

La página humorística



LAS SENAS SON MORTALES.—¡Pintando, como usted lo ve, se pasa todo el día!
—¡Este chico va a ser médico! ¡No le quepa la menor duda!



—Es demasiado cara la esquila de defunción de mi suegra.
—Es a tanto la línea, caballero.
—Pues quitele las palabras inútiles. Por ejemplo: esa línea que dice: "Descanse en paz".



LA VISITA DEL MÉDICO ARTISTA.—Doctor, usted, que es un artista, ¿qué carmín me recomienda para pintarme los labios?



TELEFONICAS.—El criado.—He dicho que no estaban ustedes en casa; pero han oído la voz de la señora.
El señor.—Bueno, di que esa voz que han oído es la de un loro que está próximo al aparato.



DE TI PARA MI.—Te digo que yo nunca he conocido el teatro tan malo como está ahora.
—Ni creo que el teatro tampoco haya conocido nunca un cómico tan malo como tú ahora!



UNA EXCUSA.—¡Vamos, señora, vengan los pendientes! ¡No le faltará a usted quien le compre otros!



LA RECOGIDA DE MENORES.—El padre.—¡Ya sabes: si te preguntan, dices que tienes ya más de veinte años!
La chica.—¡Sí, en picardías! ¡Me lo dice todo el mundo!



El amo.—¡No sé cómo no te mato!
El chico.—¡Pero si es agua lo que se ha vertido, señor Ramón!
El amo.—¡Agua, sí! ¡Pero agua que dentro de unos minutos se iba a convertir en leche!



APROVECHANDO LA OCASIÓN.—Sabrá usted que me he establecido. Tengo un Instituto de Belleza. Espero verme favorecida con la visita de su señora.



—¿Lo ves? Ahora me agradecerás el que no te haya dejado cortar la melena.



ABOLICIONISMO.—Ella.—¡No sé qué razón hay para que nosotras las mujeres estemos en un plano más inferior que los hombres!
El.—¡Pero, mujer! ¿A quién se le ocurre decir esas tonterías?



—Amo y soy amada.
—Entonces debes ser completamente feliz.
—No lo creas. ¡No es el mismo hombre!



Alegría, brillo y distinción se han sentado a la mesa y anunciarán las páginas sociales de los diarios.



Esperando el llamado de los waiters, en un rincón del "hall" central

LOS "DINER-CONCERTS" DEL MAR DEL PLATA GOLF CLUB



"Boltoreando", a la hora del primer copetín.

Al Pueyrredón van todos algunos; al Golf Club, muchos; el triángulo en que se reúne es variable y constante.

Después de la cena, los señores se dirigen al salón de baile, donde se encuentran con las señoras. En el interior del club, hay un nuevo el anuncio de la caravana de Buenos Aires.

A la caravana de Buenos Aires, se le ha agregado un nuevo capítulo, el de la caravana de Mar del Plata.

A C C



Aquí de lo que menos se habla es de golf; pero está en debate alguna aventura de salón



Entre plato y plato de menú, un poco de comentario. Ahora está en turno la nariz de Maneco Demaría o la gordura del sonriente O'Farrell.



Un poco de buen humor conviene a la buena gestión. (Frases de un médico que rompió por "relache" toda una valija de palos.)



En la mesa de la gente joven, se anuncian compromisos o se aseguran enlaces



FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



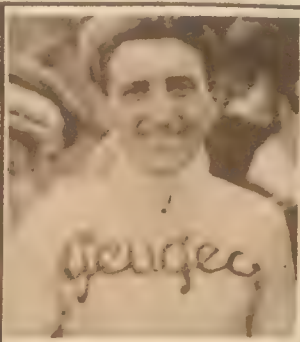
La convención de la Unión Cívica Radical irigoyenista, procedió a la proclamación de sus candidatos a la legislatura nacional, acto que se llevó a cabo bajo la presidencia del doctor Enrique Martínez, comisionado por el comité nacional. — A la izquierda: la mesa directiva, después de la convención, con los candidatos proclamados, señores Tobias Arribillaga, para senador, y Bernardo de Oro, Víctor Pesenti, Primitivo Sosa, Domingo Filiberti y Ricardo Ortiz para diputados. — A la derecha: algunos de los correligionarios que asistieron a la proclamación.



Concurrentes a la fiesta infantil ofrecida por los esposos Chiavella-Welker, en su residencia particular, con motivo del cumpleaños de su hija María Tina.



Durante el lunch servido en el acto de la inauguración de la sucursal establecida, en Rosario, por la conocida casa comercial Casimiro Gómez.



Carrera ciclista Rosario-Santa Fe. 1.º, Mario Argenta, que empleó 77'28" en el recorrido. — 2.º, Cristian Berger. — 3.º, Eugenio Verduna.



Carrera Rosario-Roldán-Rosario, para menores, organizada por el C. A. Reconquista. — 1.º, Amadeo Giordano. — 2.º, Bernardo Zecles. — 3.º, Sebastián Parmeggiani.



La llegada del premio clásico "Rosario", carrera disputada en el hipódromo Independencia: 1.º, Otello; 2.º, Marat; 3.º, Rigoletto.



El jockey Mansilla que pilotó al caballo vencedor y el "entrañeur" del mismo, D. Rodríguez.

Fots. Flores Toledo.



DE MIRAMAR



Señora y señoritas de Luchi.



Señorita Yolanda Laborero.



Señoras de Argañaraz y de Mariani y señoritas Renee Casas, Rosarito Avendaño y Lydia Pacheco.



Señorita Rosario Avendaño García González.



Grupo de veraneantes en los jardines del Gran Hotel Miramar.



Señorita Ana Victoria Figueroa.



Señorita Silvia Esther Granillo Barro y doctor Juan Carlos Agulla.



Familia de Díaz y señoritas de Granillo Barro y de Casas.



Doctor Rodolfo Fernández Díaz y su esposa señora Carmen Iturraspe.

Fots. Jordán.



Señora Irene Arce y sus hijas
Ana y María Esther
Figueroa

LA TEMPORADA BALNEARIA EN CARHUE



Doñas Inapáticas y...



Señorita Elisa Dutoris



Señora de García y sus
sobrinas Nieves y Clari-
ta



Señorita Maria Esther Maffei



Señorita Maria Esther Sarramita



Señorita Anita Eivara



Niñas Nieves y Angelita García



Un grupo de bañantes optimistas, en pleno remolón

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR

NEUQUEN.—Un núcleo de familias domiciliadas en Cipolletti, realizaron una excursión al importante dique "Contraalmirante Cordero". Algunos de los excursionistas al pie del gran puente



Una vista general del puente y dique "Contraalmirante Cordero".



ALTA GRACIA.—Los señores Emilio Merlino y Manuel Canals Serra, en el Sierras Hotel



GUAMINI (F. C. S.).—Las familias de Cascallares, del Sar, Subillaga, Sangroni y Tarcia, en las delicias del baño.



En las aguas del balneario Guaminí.—Al fondo: la torre de la iglesia del pueblo



Hermanos Menini y Zalocco, vencedores en la carrera de botes a remo, organizada en el balneario Guaminí.



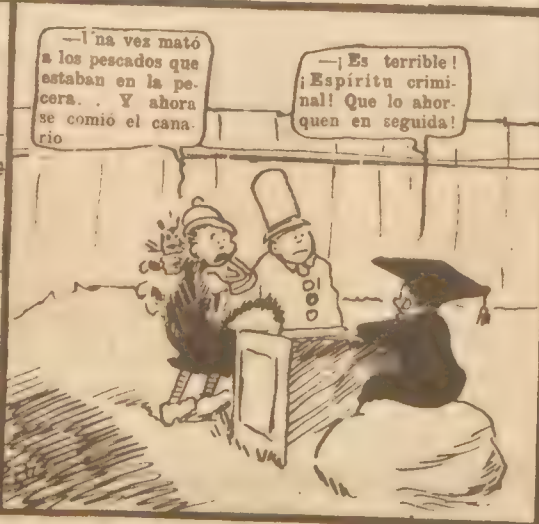
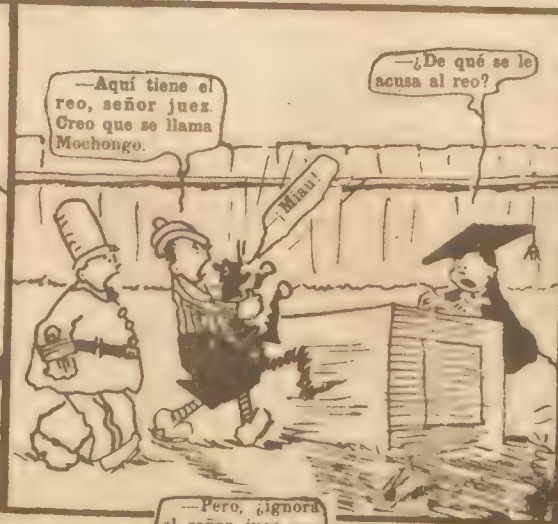
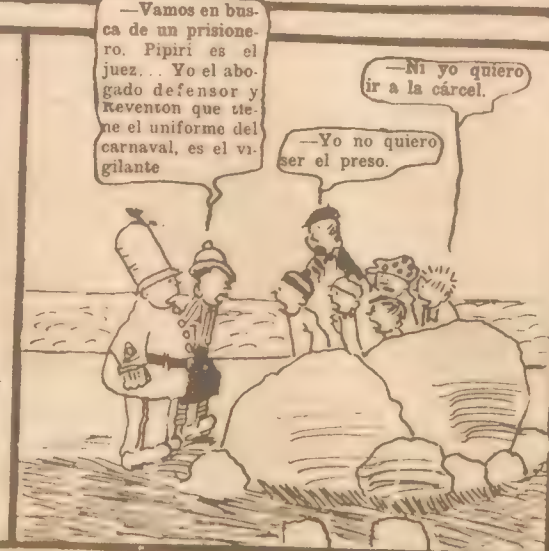
Niños Rodríguez y Cascallares.



Público congregado en el balneario presenciando la regata de botes a remo

Fots. Ligaluppi y A. Pino

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí





—¡Si usted supiese, María Virginia, cómo me apena oírle hablar con esa lógica de detective!

—¡Bondadoso amigo! ¿Qué más puede decirme? Usted pretende justificar a Julio y dignificarlo así en mi desconsuelo... Comprendo su actitud: es noble, pero es inútil. Desgraciadamente ahí están los hechos premeditados...

—¿Cuáles?

—Todos. Desde aquellas inexplicables melancolías y la sugerente elección de escenario, hasta el detalle de la compañera... ¡Ah, la compañera! ¡Esa última afrenta no la olvidare nunca, nunca, nunca!

—¡María Virginia! Hablamos de un muerto...

Tras estas palabras ocultó el rostro en sus expectantes manos de prometida, que aun ostentaban como un atributo imposible la ritual sortija, e imploró, con la voz preñada de lágrimas: —Perdóneme; no sé, creo enloquecer...

¡Pobre María Virginia! A dos semanas de la noche nupcial, Julio Beristán, su novio, pereció misteriosamente y en tales circunstancias, que la versión de suicidio fué unánime en los comentarios. Sólo yo, que lo acompañaba en la noche infausta, juré que aquel desenlace estaba por encima de todas las voluntades. Nadie quiso creerme. Sin embargo, yo vi cómo una mano impalpable lo atrajo hacia el zanjón donde desapareció para siempre en el succionante abrazo del fango—una cañada que no llevaría medio metro de agua, pero cuyo lecho de cangreiales cerróse silenciosamente sobre su cuerpo, sin ondular siquiera la estancada uniformidad de la superficie. Es inútil que el isleño asegure que en ese sitio existía antes un pequeño puente rústico por donde aquél acostumbraba a pasar. Aun admitiendo esa fatalidad objetiva visible, preexistente, habría que desentrañar el origen de la alerta angustiosa que sobrecogiera a nuestras almas momentos antes del avance de Julio hacia la orilla, sin volver una sola vez la cabeza, sin mirar donde pisaba, con la vista fija en algo que nosotros no llegábamos a percibir. Recuerdo que hasta las dos casquivanas que escanciaban nuestras copas apagaron de pronto sus risas al ascender aquella luna enorme y sangrienta tras de los membrillares floridos. Luego, en medio de aquella calma, ¡quién agitó la racha subitánea que sentimos pasar sobre nuestras cabezas como un aletazo? ¡Ah, el Tigre! ¡el Tigre! Las señoritas de los picnics y los braceadores del *rowing* no sabrán nunca cómo se fantasmagorizan en las noches primaverales sus compungidos paisajes de litografías, ni cómo dan ganas de abandonar entonces las furtivas glorietas para tender, con los ojos cerrados, una copa de champaña a las ninfas de corolas errantes que se abren, lo mismo que bocas, a flor de aquellas aguas lentas.

Y María Virginia quiso saber de mis propios labios la verdad de aquella catástrofe. Jamás olvidaré la tarde de lágrimas en que me exigió este relato. Vino a verme al oscurecer, toda vestida de negro y el rostro oculto por un tul denso, como las protagonistas de las novelas. Sentóse a mi lado, y por algunos minutos guardó silencio, recelando con virginal azoramiento la promiscuidad de mi sala de trabajo. Caía la noche, y en aquella media luz tamizada en los *stores*, las aguas fuertes de Felicien Rops gesticulaban sus visiones satánicas. Sobre la mesa, en un vaso de porcelana, cuyos pies eran tres niños desnudos, sombreábanse las últimas violetas. En el estante de libros predilectos, la "Sularita" de Kupka enarcaba el torso en *Le Contique des Contiques* de Jean de Bonnefon; y en el piano, ya tanto tiempo cerrado, la romántica *Chanson des*

La isla de las rosas rojas

Por ATILIO CHIAPPORI

(Del libro de este mismo título recientemente aparecido)

Regrets todavía esperaba inútilmente aquellos "dedos vaporosos que hacían soñar la lira".

¡Cuando pienso en lo adorable que estaba entonces María Virginia, así, toda desconsolada, casi trágica, con las manos pálidas, con la cara pálida y los ojos llenos de cosas crepusculares, llevo a perdonarme mi gran cobardía, que es el eterno pecado de los hombres!

Dejé que se calmase, y, cuando hubo enjugado los ojos, añadí:

—Sí, María Virginia, Julio no se ha suicidado, se lo juro. Respecto a la compañera, Mlle. Gavroche, apenas la

lo obligaba a ese paseo al Tigre, a ese viaje hacia el olvido...

—¿Hacia el olvido de qué?

—De una mujer.

—¡Lo esperaba!—suspiró hondamente mi interlocutora.—Ya ve que tengo razón...

—No, puesto que no se trata de ninguna de las que nos acompañaron, de las que usted sospecha, sino de otra, no vista después de un año, y cuyo recuerdo lo perseguía con la implacable pertinacia de un destino.

—¿Su nombre?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Julio amaba los nombres bellos...

QUILMES CRISTAL

Es la mejor
cerveza

conocía; le fué presentada la noche antes. Ya ve...

—¿Entonces?

—¿Se siente con fuerzas para saber la verdad?

—¡Oh, sí!; aunque sea horrenda. Estoy resuelta.

—No es horrenda, pero cuando se conozcan los detalles de aquel aciago suceso, para todo el mundo Julio habrá muerto por una bizarria de libertino... Solamente nosotros dos sabremos que fué para poderla amar mucho, mucho a usted...

—¡Sí, María Virginia, sí! En la vida del pobre muchacho había un episodio vulgar, magnificado por su hipérestesia en arrebatado de tragedia, que

—Es armonioso y tiene su divina estirpe en los poemas, pero desde hace tiempo ni él ni yo lo pronunciábamos. Decíamos simplemente: "Ella".

Es la mujer más rara que haya conocido. Delgada y ágil, maduraban sus veintiséis años, el rostro fatigado y la mirada experta. Solamente las tersas manos, que es donde se refugia la juventud de las mujeres que han sufrido o amado mucho, dejaban presentir la frescura de su cuerpo blanco, pues en los trances del paroxismo el semblante se aja temprano, exactamente como las flores bajo el ardor solar. Sin ser bonita, una gran seducción fluía de sus grandes ojos almendrados, cuyas pupilas oscuras, engarzadas en dos nítidos círculos verdeclaro,

posábanse con inquietante insistencia. Tenía con Mlle. Gavroche ese parecido genérico de las mujeres nocturnas. De ahí que Julio eligiese a ésta para el viaje hacia el olvido de la otra. No eran idénticas. Los cabellos de "Ella" parecían más claros: de un blondo desleído, de un blondo velado en ceniza; acaso fuera más alta y más pálida; pero las dos tenían los labios hendidos de igual manera—aquellos labios que hacían bajar los ojos,—y las mismas manos, finas y atormentadas, de solitarias.

Adivinábale en ella a una de esas criaturas deliciosas y nefastas, que vienen al mundo para tejer con sus dedos abaciales indecibles angustias y colmar hasta el borde el oxizacere de los deleites humanos. Afectuosa como una hermana, tenía, a veces, carinos excesivos, llegando en sus solicitudes a extremos de verdadera humildad. En otras, asumía indiferencias altaneras y sesgaba miradas ambiguas como columnias. Así, durante una de esas frecuentes neopirías de Julio, pasóse cuatro días a su cabecera, sin pegar los ojos, sin probar bocado, maternalmente; y yo la vi después, en noches de Palermo y de champaña, descubrir con el más tranquilo impudor toda la altivez de sus apetitos errantes. Musitaba de pronto una estrofa picaresca con la entonación más libertina; y, en seguida, suspiraba hondas poesías, ensañada en la clásica choza que guarda desde hace dos mil años el quimérico corazón único, en pos de las ingenuas felicidades domésticas.

Sin embargo, a pesar de esas desconcertantes fallas morales, era de una perfecta sinceridad. Lo mismo en sus irrealizados anhelos de vida simple, que en sus devaneos de aventurera. Tenía la inocencia de la abulia y la franqueza del instinto. Sensual de refinamientos, exasperaba las sensaciones más simples con procacidades de imaginación, y en sus pláticas edificaba, con un vocabulario casto y pulido de colegiala. Completaban ese peligroso tipo, exquisitas dotes de atracción: galana sultura de palabra y fino sentimiento del lujo. De la juventud azarosa, salvó una mesurada cultura de normalista que tuvo su crisis literaria con la primera falda larga, y su galante filosofía con el último amor de corazón. Después, la frecuencia de manteles floridos, de sociedades promiscuas, y, sobre todo, de esa bohemia distinguida de los viajeros, prestóle aquella elegancia de maneras y aquel eclecticismo mundano de nomenclatura, que le permitían matizar con dejos intelectuales las veladas donde ejecutaba su irreprochable trozo de música y lucía su tenue hilito de voz.

En esa época conocióla Julio, de modo inesperado, y después de una semana de insostenible camaradería, llegaron a la vida en común. Instaláronse en el Tigre, y, en esta misma isla de las Rosas Rojas del tremendo drama de anteanoche, transcurrieron los días idílicos de aquella pasión. Y aquí llegamos, María Virginia, al punto que liga aquella aventura con esta gran tristeza que nos abruma.

Semejante unión no podía ser duradera. Usted sabe hasta qué grado de exclusividad llevaba Julio sus afectos; exclusividad que, transcurrido el primer mes, tornóse insostenible para la amiga. Aquel sentimental, caviloso y estricto, pretendió identificar a su vida de una sola línea aquella existencia de azar, de capricho, tratando de arrancarle hábitos madurados en años de completa libertad de corazón y de pensamiento. Era tentar lo imposible. Cuando reconoció su error, no atreviéndose a seguir espíritu tan sinuoso, apresuróse a separarse antes de que ese cariño se fortaleciera en su cobardía o que conase la hora de la afrenta agobiante.

Creía haberse salvado para siempre



de ella, sin otro desgarramiento que un poco más de amargura en el alma y una vaga melancolía en los recuerdos. El desdichado ignoraba que esas hijas de la fatalidad no nos dejan nunca; que sus manos delicadas, que acariciaron al desgairé nuestra frente, nos atraen desde la soledad por las angustiosas sendas del misterio. Así, en medio de la disciplina del trabajo, invadíanle repentinos impulsos de volver hacia ella, de llamarla, de correr en su busca; y sólo un sentimiento de dignidad hurfana detuvo en cada ocasión. En tales vacilaciones pasó dos meses creyendo olvidarla, cuando una noche, en sueños, se le apareció mirándole intensamente con aquellos ojos, grandes, almendrados, de pupilas obscuras, engarzadas en puros berilos. Y desde esa noche comenzó el terrible suplicio. Apenas conciliaba el sueño, surgía "Ella" en su memoria, idealizada en la irrealdad del momento y toda vestida de blanco, en aquel puentecillo rústico de la isla de las Rosas Rojas, donde, contemplando la luna enorme que ascendía tras los membrillares floridos, uniéranse en el primer beso, hacía un año...

Es necesario recogerse un instante y pensar en esa persistencia atroz de la misma imagen, del mismo paisaje, todas las noches, todas, sin una tregua, implacablemente, para concebir la desesperación del pobre amigo. Creo que no es dado a nadie imaginar tortura más desesperante. Es mil veces peor que el insomnio con sus inquietudes y el susurro de las vidas ocultas en la alta noche; es sólo comparable con la mortificante presencia del remordimiento. ¿No cree usted lo mismo, María Virginia? ¿No es cierto que ahora Julio merece, por lo menos, un recuerdo triste?

María Virginia, que escuchaba con los ojos anegados en lágrimas, echóse a llorar perdidamente:

—¡Perdóneme! ¡Perdóneme! ¡He sido mala!; pero, ¡lo quería tanto! ¡Dios mío, cómo lo quería!

La súplica fué tan desesperada, que asió mis manos para oprimirse el pecho. Las retiré con suavidad, de modo que no advirtiese su gesto inconsciente, y continué:

—Fué en esos días de inaudito tormento cuando ustedes se comprometieron. Hace tres meses. ¡Ah, usted no sabe qué lucha tan horrible sostuvo Julio para alejar de sí ese fantasma pasional que bajaba a mirarlo silenciosamente todas las noches! Recurrió a hipnóticos, a fin de correr un velo de sombra sobre su memoria; sometióse a mil prescripciones médicas; fué al campo para librarse en plena purificación de la naturaleza... ¡Imposible, imposible! En todas partes, a pesar de todas las precauciones, apenas venció el sueño, proyectábase en su imaginación el lánguido paisaje de la isla obsesionante, con sus membrillares floridos y su luna enorme, surgiendo en el firmamento estrellado. Luego, lentamente, avanzaba "Ella" y quedábase allí inmóvil sobre el puentecillo rústico, mirándole en silencio.

Cuando comprendió que ningún recurso humano podía salvarlo de esa persecución virtual, resolvió no dormir. Pasábase las noches en los "bars", en Palermo, o leyendo hasta el amanecer. Pero esto fué posible durante una semana; después ya no pudo más. Venía como un ausente; los ojos quemados por la fiebre, el cuerpo muerto, la cabeza desvanecida, hasta que lo derribó aquel ataque de neuropiría y no tuvo más remedio que acostarse. Fué entonces cuando, para no dormir, se cubrió de agujas, colchones y almohadas, sin dejar otro espacio libre que el más pensable para permanecer solo, con los miembros rígidos. La primera flacidez, la menor inclinación a cualquiera de los lados, era vencida instantáneamente por el alerta de dolor de mil penas que se hundían en

sus carnes... Una vez llegó a resistir por algunos segundos ese tormento, con tal de gozar de un corto sueño sobresaltado. ¡Qué apremiante ha de ser, María Virginia, esa ansia de reposo, de olvido, de inhibición total—más que la sed, más que el deseo,—si para saciarla un instante se llega a soportar tan horroroso cilicio!

De haber seguido así una semana más, Julio se hundió en la locura. Ya sufría pérdidas de memoria, y su debilidad era tan grande, que marchaba como sonámbulo. Un día llegaron las alucinaciones... Para huir de aquella mujer incorpórea que lo escoltaba con su eterna sonrisa triste, ya no le bastó permanecer despierto. Durante las últimas vigilia tenía que encender luz desde la caída del crepúsculo, pues apenas descendían las primeras sombras la imagen de "Ella" avanzaba hacia su sillón.

En ese punto yo intervine, y, para salvarlo, le sugerí el viaje hacia el olvido. Había que vivir en la misma escena, intensamente, otro momento opuesto al que recordaba en sueños, a fin de sobreponerlo en la memoria y, si era posible, borrar aquella obsesión. Precisamente estábamos en la misma época, a principios de octubre, y no había más que esperar la luna nueva, anunciada ya para aquel viernes. Aquella imagen, que era una presencia virtual, apoderábase de ese solitario soñador, gracias al influjo de sentimentalismo con que el destino se adueña de las almas enfermas. Propúsele, pues, desvanecer el sedimento del en-

yo no quiero morir!, ¡no, no quiero!, ¡no quiero!

—¡Por amor de Dios, Julio!—interrumpí, sacudido por hondos calofríos.—¡Por amor de Dios, no desvaríes...

—¡No, no! Sé que si no lo destruyo, ese será también mi fin... Pero no me atrevo a quemarlo... Sería casi un crimen, porque allí hay algo de "Ella". ¿Comprendes? Es lo mismo que quemar una guedeja de cabello. ¿Lo harías tú? No, ¿verdad? Por eso he pensado llevarlo esta noche y devolverlo por la corriente silenciosa de donde "Ella" emerge. Quiero entregarlo a su espíritu, que se reencarna bajo los membrillares.

No quise contradecirlo, y minutos después partíamos para el Tigre con Mlle. Gavroche y miss Star. Nada diré de mis angustias durante el trayecto en ferrocarril. Aquella hora de viaje fué triste y agobiante, a pesar de las risas y los retruécanos; triste y agobiante hasta hacer morir.

Cuando llegamos, mi preocupación fué la de arribar a las islas antes que la noche cerrara. La de las Rosas Rojas, más allá de Carapachay, pertenecía en otro tiempo a cierto solitario que fué a ocultar en su fronda recóndita una irritable misantropía. Allí edificó un pequeño "chalet" de madera, con su clásico paño de hiedra hasta el balcón siempre cerrado, y esta frase de Gorki, a manera de divisa, en la puerta de entrada: "¡Ve y mira! y, cuando todo lo hayas visto, acuéstate y muere. A eso se reduce todo." Su

iba a surgir. Desembarcamos y nos dirigimos en seguida al sitio elegido. Nunca me olvidaré del sobresalto indefinible que nos causó la detonación del primer corcho de champaña. ¡Como sería el momento, que nuestras compañeras—ellas que iban para profanar aquel silencio con sus carcajadas—pusiéronse serias e inquietas!

La luna ascendió, enorme, impasible. Un temblor afligente se apoderó en el acto de Julio, y fueron inútiles todas mi tentativas para infundir un poco de alegría al grupo. Recuerdo que las dos casquivanas que escanciaban nuestras copas se pusieron tristes, quizá por primera vez en su vida, y que, una tras otra, me dijeron al oído: "¡Volvámonos!" Pero había que quedarse. Fué cuando Julio se levantó y, descolgando uno de los farolillos chinoscos, prendidos en las ramas, alcanzóme un sobre grande, donde trajo la reliquia de aquel aciago amor. Lo tomé, como han de examinarse los estilletes envenenados, y antes de devolvérselo alcancé a leer este envío en que iba un verso de Gautier:

A

Laure la blonde, avec ses grands yeux
[doux.

En seguida avanzó hacia la orilla, sin volver una sola vez la cabeza, sin mirar dónde pisaba, con la vista fija en algo que nosotros no llegábamos a percibir. Inclínose para confiar aquel recuerdo a las aguas estancadas del zanjón, y no lo vimos más...

María Virginia rompió a llorar nerviosamente. Por largo rato respeté aquel dolor sin pronunciar palabra; pero la obscuridad era cada vez mayor, y una vaga inquietud me invadía. Entonces, suavemente, retiré sus manos de los ojos y le dije:

—Consuélese... A sus años, la vida siempre es buena; tenga fe en ella...

—¡La vida! Pero yo no puedo quedar así, en esta soledad horrible. Es menester que alguien me sostenga, que alguien me guíe. ¡Usted sabe que yo estoy sola, sola perdidamente!

—Anudósele la voz en un sollozo, y, secando sus lágrimas, dijo en seguida:

—Prométame usted que irá a verme.

—Sí, María Virginia...

—¡Gracias, gracias!

¡Pobre María Virginia! Gimiendo quebrantos infantiles ocultó el rostro en mi hombro y su mano, trémula, aromada, buscó mi cuello con inquietante extravío. Yo sabía cómo el sufrimiento, más que ninguna embriaguez, ciega la vigilancia de los recatos; pero, ¡ay!, ignoraba aún el peligro de llevar la conformidad al espíritu atribulado de una joven amiga. Por eso quedé inmóvil, sin preocuparme de apartar aquella cabecita dolorosa que se apoyaba en mi pecho con abandono casi familiar. Una languidez hasta entonces desconocida envolvíame dulcemente. El dolor que consolaba transmutábase en nuestras almas en ese enternecimiento ambiguo que disfraza de heroísmo las grandes cobardías sentimentales. Cerré los ojos y, para que no llorase más, tomé de su regazo el fino pañuelito de encaje, todavía tibio de lágrimas. ¿Cuánto tiempo permanecimos así? Sólo recuerdo que, al desvanecerse aquella laxitud indefinible, era ya bien entrada la noche; y que, en la obscuridad del recinto, la luna del espejo con esa luz que fluyen en la sombra, destacábanse en un grupo fantástico. Un rizo, suave y oloroso como un hábito, rozábase la mejilla levemente y, a cada inspiración, sentía bajo mi brazo el relieve de su seno henchido de sobresaltos. Bajé la vista y encontré sus ojos, llenos de cosas crepusculares, todavía húmedos, pero ardientes. Con cautela, con miedo, retiré de entre los bucles mi mano atrevida, me levanté en silencio, y aquella noche nos separamos sin mirarnos...

El pensamiento humano

La lámina de un aparato tan ingenioso que nos diera estampadas en ella las evoluciones del pensamiento humano, sería cosa bien digna de verse en determinadas crisis de la vida. Allí aparecerían, en caracteres legibles, los derroteros del discurso en medio del vertiginoso rodar de las ideas; el hilo sutil que enlaza las

más mezquinas con las más sublimes, las más lúgubres con las risueñas, las cómicas con las dramáticas; la gran lógica, en fin, de lo que nos parece a la simple observación, génesis estafalaria de los pensamientos incongruentes que centellean al fragor de las borrascas del cerebro.

José María PEREDA.

canto nocivo con un episodio chabacano en el que interviniera una mujer parecida a la que se le aparecía, rodeada de un nimbo de tristeza. Acaso, semejante impresión, en el mismo sitio, a la misma hora, disipara del recuerdo la otra imagen.

No obstante su estado alarmante, Julio aceptó. ¿Cómo la querría a usted, María Virginia, que a él, exhausto, hecho una sombra, atrevióse a soportar aquellas horas de locura, con la sola esperanza de alejar a la intrusa!

María Virginia no contestó. Escuchaba el relato ya sin lágrimas, los ojos fijos en el suelo, y tan pálida, que daba miedo. En la obscuridad, cada vez más densa del recinto, hubiérase dicho que la lividez de su rostro aclaraba como una luz.

El día convenido, antes de partir, Julio me dijo:

—Eh, ¿eh! ayer, destruyendo viejos papeles, di con algo que me hizo temblar. Quiero que lo sepas, porque quizá te explique el martirio que me persigue. Sin saberlo, he conservado en todo este tiempo una prenda íntima de "Ella": un camión de batista, el de la primera noche, tan fino y transparente, que plegado no abulta más que un pañuelo. Después de un año, conservaba aún el perfume con que su piel lo impregnó... ¡Y no soy más que he llegado a pensar si no es de sus pliegues de donde todas las noches se incorpora "Ella"! Mira, si me sucediese lo mismo que a Augusto con Ana María! ¿Recuerdas? ¡Ah, pero

único lujo—señorial, como cabe a un espíritu atribulado—consistía en el inmenso parque circundante, de grandes y venerables árboles, en cuyos claros cultivaba innumerables rosales rojos. Nadie sabe a qué respondía aquella predilección por esa especie de rosas. ¿Era un capricho de enfermo, o es que el alma agregaba con esa floración cálida un martirio más al recuerdo de las cosas perdidas irremisiblemente? Lo cierto es que todavía ahora, al azar de las avenidas casi borradas por la maleza, ábrense desde principios de octubre miles y miles de rosas rojas en aquel dominio abandonado; vivas unas, como bocas descosas, y aterciopeladas en oscuros granates otras, como corazones muertos.

Arribamos a sus costas en pleno crepúsculo. El sol ya había traspuesto el horizonte. Sobre las frondas, una anchura rosácea tornasolaba sus bordes con toques violáceos y cárdenas esfumaduras en el fondo verdemalva del firmamento. Una quietud pensativa cerníase en el ambiente: lirios de sombra flotaban entre los árboles, y las pitudes exhalaban entre los juncos esos vahos nocturnos en que se envuelven las apariciones. En la orilla, siguiendo el recodo del riacho que es su límite, había una serie de arbustos de copas redondas y de amarillentas hojas dentelladas, con tan regulares manchas verdes en el centro, que, aun a pocos metros, parecían caladas, sugiriendo la idea de una quimérica floración de blondas. Más allá, el membrillar ostentaba sus flores blancas, y en medio de la espesura, debía estar el puentecillo rústico. En el subitáneo silencio que sobrevino, presentíase que la luna

PEDAGOGÍA FESTIVA

Por JUAN MANUEL COTTA

(Para "Fray Mocho").

XX

Doña Sidebunda en el infierno.

—Buenos días, colega.

—¡Ayl, hijito. Disculpe. No lo había visto. Estaba muy distraída. Buenos días, mi coleguita.

Doña Sidebunda era así. Siempre vivía distraída. Tenía la cabeza llena de prejuicios. El pasado, el presente y el futuro doméstico del vecindario desfilaron en su mollera animados por la impulsión de una poderosa emotividad y una grave preocupación religiosa.

Cuando se apercibía de su distracción, doña Sidebunda abundaba en disculpas. Porque era en esto tan meticulosa que había organizado un verdadero ritualismo de prácticas que imponía a los suyos y a sus alumnos.

Así, en clase, enseñaba cómo debía uno expresarse al encontrarse con tal o cual persona que hacía mucho que no veía. Para ello formulaba un diálogo, después de determinar los personajes—el amigo, el padrino, el cura o el boticario—de confianza o no, etc. No descuidaba para en ningún momento el lugar, la temperatura, y todo lo que un comediógrafo no muy listo suele olvidar con perjuicio de su concepción artística.

Cuando por falta de vida o espontaneidad comenzaban a enfriarse los diálogos de la escena preparada con antelación, doña Sidebunda se agriaba y lanzaba esta u otra catilinaria que su auditorio escuchaba impasible.

—¡Ah!, qué tiempos son estos de la electricidad, del fonógrafo, del laicismo, de los submarinos y de la tolerancia. Ya a nadie le gusta ser educado; es un horror ver tutear un hijo a su padre. La bendición no se pide ni a los párrocos. Ni se reza para poner las almas a salvo de las llamas infernales... ¡Jesús... Jesús!...

Solían ser tan desaforados estos gritos en que invocaba a nuestro Redentor, que más de una vez corrimos creyendo que a doña Sidebunda la había acometido un ataque cardíaco.

Lo de "coleguita", que a mí me endilgaba, era un despectivo amable. Yo era entonces muy joven, leía novelas en abundancia, discurría sobre comunismo, y escribía madrigales a mis compañeras. "Coleguita" significaba algo así como maestrillo o poca cosa en la profesión; hombre trivial, educador sin arraigo ni vocación.

Yo no me disgustaba. Porque—aparte de esto que no interesaba a mi vida juvenil aun despreocupada de la gloria, la inmortalidad, la "intachable" foja de servicios, el ascenso y la jubilación—sentía una cuasi filial simpatía por doña Sidebunda. Era conmigo y no con sus congéneres con quien se complacía en aventurar una discusión sobre la eficacia de la palmeta, del método del deletreo y de las recitaciones mnemónicas, para caer desde lo más recio del debate sobre los efectos morales de la enseñanza religiosa en el aula donde Darwin con su hermano el mono—era su forma de razonar—Marx con su corazón-estómago y Garibaldi con su sable sacrilego, iban dando vuelta al mundo del revés.

Yo sabía cuando doña Sidebunda estaba en tren de filosoficular y de producir recias arengas. Era cuando no saludaba por "distracción". Habíase acaso pasado cavilando toda esa noche sobre la última palabra del día anterior. Esta u otra cosa le daba pie para hacerse mil reflexiones, le quitaba el sueño, le ponía de buen o mal humor, y hasta, a puro prejuicio, le hacía, de un momento a otro, perder una vieja amistad o crearse una antipatía insoportable hacia cualquiera persona.

Solía casi siempre costarme mucho hacer a doña Sidebunda desenvolver su ovillo. Muchas veces el toque de la campana desbarató mi plan.

Cuando no había concurrencia de alumnos, como aquella vez de "buenos días coleguita", porque el día, contra el formalismo ritual de la cortesía era lluvioso, gris y frío, la cosa cambiaba.

—¡Qué distracción es esa, respetable colega—bastábame decirle para que doña Sidebunda abriera su espiche!

—¡Oh!, cálese, hijito. A propósito, anoche me he visto arder en las llamas del infierno.

Como yo soltara mi risotada de diabólica satisfacción, doña Sidebunda continuaba:

—Sí, por Dios y los santos de los sagrados cielos. Me he visto arder como un chicharrón. Y era un castigo del señor. (Dios me libre, hijito, y reserve eso para todos los herejes protestantes).

—Alguna cosita debió hacer usted a los quince; tan grave que no ha podido aún aplacar la ira divina con la asiduidad de su devoción...

Doña Sidebunda, simulando no atender tales suposiciones, respondía a la primera pregunta, no sin guardarse para más adelante o para otra noche de insomnio lo que de veras la había molestado.

—¿Pero, qué les parece, hijitas? Yo no sé si este "coleguita" va a llegar a convencerme a la vejez. ¡Oh!, Dios me perdone. ¡Yo, en el infierno, señor! Y este Satanás en la gloria... ¡Qué locuras imposibles hacen ver los sueños, Señor!...

Era menester que yo la impulsara por el camino de su relato para que doña Sidebunda se lanzara de lleno, pues su espíritu parecía que se revolvía con deseos de reñir a la señorita Amelia que la había molestado hasta conmover las



Como yo volviera a reírme con mayor intención ante su "piedad" cristiana, la bendita colega proseguía:

—¡Era un castigo!

—¿Cómo un castigo a usted que es tan devota?

—Así como lo oye. Y lo peor que lo veía a usted premiado en un sitio especial, junto al trono del señor.

Mi hilaridad aquí llamaba la atención. Abriendo un paréntesis las compañeras que se encerraban en la biblioteca para "tijeretear", nos formaban corro. Algún chiquillo tembloroso de frío se acercaba furtivo, siquiera para caldear su mente o su alma escuchando los relatos espeluznantes del caso. Después de un breve intervalo para explicar la descomedida razón de mi risa y poner dentro del asunto a los que habían llegado, doña Sidebunda proseguía así:

—¿Pero, no ven? Este pijo, este Satanás que no reza jamás ni va a misa, ni se confiesa, estaba junto a Dios, y yo asándome en una parrilla infernal.

—¿Y por qué ocurría eso?—decía alguna de las circunstantes.

Otra, Amelia, excesivamente joven y blanca, agregaba picaresca:

virtudes de su larga e inmaculada soltería.

Al fin tomaba las huellas y narraba las cosas así, con ansias de descargo mental y emotivo.

—Resultaba que yo había llegado al trono del señor, después de mi honrada vida terrenal donde "La Comadreja" y otros diarios importantes me habían hecho largas necrologías. Habíanseme rezado centenares de misas de cuerpo presente con órgano y coro. El entierro había sido de primera categoría y mis restos descansaban en el panteón de los hijos esclarecidos del lugar... Bien, al llegar a los pies del soberano Señor, había notado que éste me daba con la punta de uno. Al quererle besar la saya de oro y perlas me la había retirado bruscamente. Había levantado entonces la cabeza para ver su oblicua mirada resplandeciente y, al hacerlo, me había enfrentado con la efigie del "coleguita" ateo, ubicado a la diestra del Señor. Estaba rosado, dichoso después de haber fallecido un año antes que yo, y ser apedreado su cadáver y quemados vivos sobre su tumba, para escarmiento de otros, sus cinco hijos que no ha-

bían jamás recibido los santos sacramentos.

—¿Qué ocurre, padre?—me atreví a interrogar al Señor...

—¿Qué va a ocurrir, vieja arpía—me gritó:

Yo no atiné a responderle. En el primer momento pensé que había errado el camino de las almas cristianas para caer en el Olimpo de los gentiles. Pero vi la Cruz, y el que me hablaba era Dios en la transfiguración de Jesús. Entonces insistí para aclarar mi situación.

—¡Debéis estar mal informado, Señor!...

Hubo en el rostro de Jesús una leve sonrisa de piedad.

—¿Yo, el omnisciente, el omnipotente, equivocado? Debes ser una vieja pilla o una vieja infeliz. Por eso era que mientras negabas pan a los menesterosos, mientras deseabas la hoguera para los que no alcanzaban a comprenderme, mientras robabas la plata al estado mandando hacer a los chicos los números hasta cien mil, mientras te encastillabas en no darme un hijo para perpetuar la ley de la vida, pretendías ocultarme la verdad con exceso de oraciones, perdiendo así el tiempo hermoso que faltaba a los labradores para recoger su mies? ¿Por eso era que encendías inútilmente velas de las que carecían los pobres, ávidos de un rayo de luz para leer en el único termómetro de la ansiedad los grados de la fiebre nocturna de sus pequeñuelos? ¿Por eso era que ordenabas que te hicieran funerales regios, cuando las mujeres de mis enemigos sucumbían de hambre? ¿Y querías halagarme con la fácil gracia de amar a los que te amaban, cuando jamás pusiste la mejilla a los que odiaron mi nombre? ¿Y por eso era que pedías la gloria para ti, ofreciéndome recompensas como a un vil juez que cualquiera soborna, cuando los desdichados pedían justicia a los potentados que tú adulabas y ayudabas en sus ceremonias carentes de amor y de verdad?...

Sobre el ánimo del auditorio había caído algo como el velo de un silencio reflexivo. Doña Sidebunda hablaba como un médium, con voz ronca, agrandadas las cejas, fija la mirada, largo y descriptivo el ademán, y subrayando las exclamaciones con raras muecas.

En un exabrupto, exclamó:

—¿Y, qué me dicen cuando al pasar al otro recinto, me encuentro con el reverendísimo padre Nicanor, el que no pecó nunca, derritiéndose en un tacho con aceite, y al enamoradísimo padre Atanasio que visitaba a las monjas del hospital, gozando en aquella vida con más libertad que la que tuvo aquí? Yo sentí deseos de increpar y grité:

—¡Oh!, Señor, ¿qué ocurre, qué es esto, a quién se premia?

Jesús respondió en tono inusitado:

—Aquí se premia la verdad, el elevado cumplimiento de la ley de la vida y de la práctica del amor sin prejuicios.

—Entonces... —comenzaba a decir, cuando me tomó la palabra y prosiguió:

—Sí, entonces has vivido equivocada, y este, el "coleguita", sin oraciones, "virtudes" ni tonterías que han inventado los más audaces sin mi asentimiento, ha acertado el camino del cielo. Lo mismo que el padre Atanasio, que deja parado con creces y honra el sagrado versículo bíblico: "Creced, etc."

No es necesario reseñar cuál fue nuestra expansión a raíz de estas declaraciones ultraterrenas de Jesús hechas por boca de doña Sidebunda. Los comentarios que se sucedieron fueron infinitos. Mi situación teológica se reafirmó. La vida, en vez de ser como cada vez me nos recordaba en sus diatribas sobre las especulaciones de la "alta vida" y las pruebas de las "virtudes" sacerdotales...

MATERNIDAD HEROICA

Por V. de VICENTE GIL

De las altas paredes que rodean el jardín de una vieja casa solariega de estilo colonial, residencia hoy del representante diplomático de una nación americana, descendía cautelosa y ladina una gatita de blanco y negro manchada, al parecer sin dueño y sin hogar. En la claridad argentada de una luna estival, podía distinguirse bien con qué infinitas precauciones saltaba de rama en rama de los árboles del frondoso jardín, hasta ganar una pequeña tapia interior recubierta casi en su totalidad por una prodigiosa enredadera de glicina que en primavera adorna maravillosamente un patio interior. Protegida y semioculta entre el follaje tentador, pudo orientarse mejor la felina y deslizarse entre la tapia y el ramaje, hasta descender, olfateando, desconfiada, al patio señorial.

Este patio, de nivel superior al jardín, tenía a la izquierda de la entrada principal las habitaciones de las doncellas de la casa, (mucamas) y, a su derecha, la cocina y baño de la servidumbre. La gatita de negro y blanco manchada, resuelta ya, sin duda por que el objeto de aquella inaudita invasión la apremiaba, ya que no era la drona, ni eran los exquisitos manjares de aquella cocina (acaso muchas veces codiciados) los que la impulsaban a consumar tal acto, penetró en la pieza donde dormía una de las doncellas y en ella pasó el resto de la noche.

Nada anormal había interrumpido el apacible sueño de la honesta fámula, la más antigua y consentida de la bondadosa y gentil señora de la casa. Al levantarse alegre y hacendosa, su primera ocupación en la mañana después de vestirse y adornarse, acaso con más coquetería y esmero de lo que permiten los quehaceres de la casa, fué poner en orden su habitación, cuidada como la alcoba de una novia.

¡Sorpresa inaudita! Al ordenar los muebles de su habitación, vió acurrucada en un rincón de ella, detrás de un baúl y sobre unas ropitas que había podido hallar, a una pobre gatita de blanco y negro manchada, rodeada de unos cuantos vástagos, a los que amamantaba. La madre que dormía en aquella doncella humilde, aunque orgullosa de su virginidad, se alzó en defensa de aquel hogar en su alcoba constituido, y su sólo pensamiento, desde aquel instante, fué pedir a su señora protección para él. Con qué facilidad le fué acordada esa protección... Señores los dueños de la casa en la más alta acepción de la palabra, no podían negarse a ello, ya que, además, también ellos poseen un ejemplar magnífico de Angora de origen inglés, a quien la señora quiere y mimra con verdadero cariño maternal. Una sola condición se puso a este acuerdo, y era que sólo la madre y uno de los descendientes podrían ser adoptados; los demás, así como toda posible nueva procreación, debían desaparecer.

Desde aquel día, la intrusa y su único vástago viven dentro de los límites del radio que les fué acordado. No debían traspasar la gran verja de hierro forjado, que está siempre cerrada para impedirles el acceso al patio principal; pero dentro de sus límites tenían libertad madre e hijo para

todo, aun para escalar las tapias del jardín por donde la madre, extraña, había penetrado a tomar posesión de tan apetecible hogar.

Nada les falta a esta pareja feliz. La mucama priva a veces al Angora dichoso de las mejores presas que la señora le destina, para, a escondidas, ofrecérselas al adoptivo y a su mamá, "La Cuca", como así llama a su protegida. Madre e hijo son felices dentro de los límites de que disponen, y como a la madre sólo le es permitido tener este único vástago, con él juega, salta, corre y duerme en una completa dicha maternal. Cuando la ley inexorable de la reproducción la despierta de esta dicha y la impulsa a nuevos amores, se aleja unos días del hogar, para volver anhelante al lado de su único hijo, sin el que no puede estar.

En días pasados, después de varias escapadas realizadas en el transcurso de más de un año que lleva de vida dichosa, y que terminaban siempre con nuevos alumbramientos y nueva des-



Jarrón antiguo, estilo Renacimiento, de 85 centímetros de alto y propiedad del señor ministro de V... utilizado por la protagonista de esta verídica historia.

aparición de su prole, hizo otra que duró varios días.

—Señora, "La Cuca" ha desaparecido; ¿dónde andará?

—No se preocupe, que ya volverá...

—Es que, como Benigna la cocinera le deshizo el nido del baño, donde ya había tenido un gatito blanco, de lo más lindo, puede que no quiera volver más aquí.

—No se apure; "El Cuco", su hijo, la llamará.

En el rico comedor de la vieja casa solariega de estilo colonial, donde el representante diplomático de V... tiene su Legación, se servía, en estos días, un te de honor a un delegado de ese país a un congreso que acaba de realizarse aquí. Después de despedido el último invitado, y ya algo tarde de la noche, el ministro pidió a la mucama una taza de te. Estaba solo. Su gentil esposa, quizá algo fatigada o llamada por su señora madre, un tanto delicada, se había retirado a sus habitaciones. De pronto percibe el se-

No desconfíe usted de poder librarse de sus HEMORROIDES hasta que no haya utilizado el NORIDAL

Con este notable medicamento extirpará rápidamente la cruel dolencia y evitará el peligro de graves complicaciones.

ñor ministro, en el silencio absoluto de aquel amplio, magnífico comedor, algo así como el ronroneo acompasado de un gato al dormir. Se pone de pie, escucha, tafa de oír mejor, y queda convencido de que es un gato quien produce el ruido misterioso. Como ignoraba la nueva desaparición de "La Cuca", así como que ésta hubiera podido penetrar al comedor, donde le estaba vedado, llama a su esposa, a la mucama más antigua de la casa, a todos, en fin, para ver de averiguar en dónde y quién producía el misterioso ruido. Investigan con toda atención, en todos sentidos, en el mayor silencio posible, a fin de no interrumpir al que lo producía; y después de minuciosa búsqueda en los muebles, tras de éstos, en las gavetas, en todas partes; cuando sólo quedaba por registrar el gran jarrón Renacimiento, de cerca de un metro de alto, magnífica pieza de porcelana, orgullo del dueño y señor de aquella propiedad de estilo colonial, y se le ocurrió al señor ministro subirse en una escalera y mirar al fondo de él, vió la dulce carita de "La Cuca" que, con mirada tierna y suplicante, parecía decirle: —¡No permita que me los quiten esta vez, señor, que no son más que dos!...

La emoción profunda que produjo al representante diplomático de V... la defensa heroica de "La Cuca" hacia su nueva prole, primero burlando la estricta vigilancia de que era objeto con el fin de que no penetrase al rico comedor, y luego su ascensión al suntuoso mueble, sobre el que se encontraba el gran jarrón Renacimiento por ella elegido para su furtivo alumbramiento, fué aprovechada por su digna esposa para pedirle, con suplicante acento maternal, al ministro, su señor, clemencia para los dos recién nacidos en su feliz hogar. La generosidad habitual del ministro no podía fallar ante espectáculo tan conmovedor, y desde ese momento, en vez de uno, serán tres hijos de "La Cuca" los que han merecido tan alta protección.

Un lago subterráneo habitado por anfibios de color de rosa

Unos exploradores que recorrían, hace poco, en viaje de estudio, la región de los Dolomitas suizos hicieron un descubrimiento muy interesante.

Se trata de una serie de cavernas subterráneas en comunicación unas con otras situadas a una profundidad de 200 a 400 metros.

La dirección de este sistema de grutas es de Norte a Sur. Por tanto, los exploradores recorrieron más de cuatro millas bajo tierra, hasta que fueron detenidos por unas rocas que les obstaculizaban el paso.

En el curso de esta exploración subterránea encontraron dos enormes cavernas de hielo. Pero su hallazgo más curioso fué el de un lago subterráneo de más de 150 metros. Este lago se halla habitado por anfibios de larga cola y totalmente desprovistos de ojos.

La piel de estos anfibios es de color rosa pálido y de gran fosforescencia.

Los exploradores creen que ellos son los primeros seres humanos que han visto la segunda caverna.

En la primera se ven huellas de haber sido habitada por hombres en algún tiempo.

Las horcas caudinas

Antes de llegar a ser una expresión corriente que denota una concesión humillante impuesta a los vencidos, las horcas caudinas fueron una dura realidad para los romanos. Era en el tiempo en que Roma comenzaba la conquista de Italia y había emprendido la guerra contra los samnitas, pueblo rudo que habitaba el Apenino.

El ejército romano no había alcanzado aún aquella perfección que había de hacerlo más tarde casi invencible, y en el año 321 (A. de J.) se hallaba, con motivo de la guerra susodicha, metido en un valle situado cerca de Claudiom, valle rodeado de altas montañas y del cual no podía salirse más que por dos angostos desfiladeros llamados Horcas Caudinas. En esta situación, el ejército de los samnitas mandado por Poncio Heremio obligó a los romanos a rendirse. Los vencedores no tuvieron compasión de los vencidos, a quienes obligaron a pasar bajo el yugo, llenándoles de injurias al propio tiempo.

La Biblia más pequeña del mundo

Los japoneses tenían en otros tiempos fama de ser gentes de una extraordinaria paciencia, la cual les permitía reproducir en pequeña escala, con detalles ínfimos, la universalidad de los objetos.

Se creía que después de la rápida modernización de su país y la adopción de los procedimientos de la industria europea, con sus fabricaciones en serie, este pueblo refinado perdería su aptitud para los trabajos lentos y minuciosos.

Pero hay en estos trabajos la manifestación de un rasgo del carácter nacional que no desaparece tan fácilmente, por lo menos en tan poco tiempo. Una de las numerosas pruebas que se pueden aducir es la obra que acaba de hacer un cristiano japonés, Ishizuka, quien ha logrado copiar toda la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento) en una sola hoja de papel del llamado "kakemono", que mide 75 centímetros de ancho y un metro 80 centímetros de largo.

Los caracteres son tan pequeños que hace falta una lupa para descifrarlos. A través de ella aparecen enteramente claros y distintos, trazados con un pincel, según la mejor tradición.

—Yo he consagrado a este trabajo cuatro años y medio y diez mil oraciones—ha dicho Ishizuka.

Esta respuesta nos hace recordar a los viejos copistas de la Edad Media, los cuales se detenían a pronunciar una oración cada vez que en sus manuscritos encontraban el nombre de Dios.

UNA CACERIA DE COCODRI- LOS EN KATONGA

La misión evangélica del padre Piper, que fué a predicar cristianismo entre los salvajes del Congo Belga y Francés.—Un país infestado de gigantescos cocodrilos.—La ideología primitiva de los nativos, ha convertido en dioses a los terribles saurios.—Las ofrendas humanas.—La Danza de la Muerte.—El caso del jefe que perdió a su hijo.—La hechicería de una abuela.—Lo que vale una inyección de quinoformo.

El primer hijo del jefe de los kápanga, falleció poco después de nacer. De todos los rincones de la selva, salieron parientes para concurrir al velorio y sepelio del infante. Las mujeres aparecieron en tropel, con sus abdomenes pintados de blanco, que hacían un fuerte contraste con el resto negruzco de su piel. Brillantes plumas de loros y papagayos adornaban las cabezas de los sacerdotes y augures, mientras que pieles de serpientes, conteniendo los venenos extraídos al animal, antes de matarlo, se enroscaban en los brazos secos de los médicos y curanderos. Cuando estuvieron juntos todos los parientes, a un toque de tambor se aprestaron para iniciar la histórica "Danza de la Muerte". Piernas negras y alargadas comenzaron a temblar, en tanto que la colocación oficial en las filas, se llevaba a cabo. El hechicero mayor de la tribu, mientras tanto, se había sentado aparte, entregándose a un auto-delirio del que debía sacar sus pruebas de adivinación. A medida que la danza avanzaba, los nativos iban despojándose de sus trajes hasta quedar en una indumentaria paradisíaca. Entonces fué que comenzaron a circular las copas de bebidas excitantes y embriagantes.

Cerca de la madrugada, todos estaban estúpidamente borrachos. El vino de palma, hacía que los ojos negros de los salvajes dieran vueltas vertiginosas dentro de sus pupilas amarillentas. La atmósfera estaba cargada de barbarie. Y también de terror mezclado con curiosidad. Iba a pronunciarse una gran profecía. Por fin, el jefe se levantó de donde estaba rodeado de sus esposas y dirigiéndose donde se hallaba el gran mago, se le encaró diciéndole:

"Dime, quién hizo hechicería a mi hijo para matarlo".

En Katonga, región del Congo belga, Africa Central, los nativos de la selva no consideran ninguna muerte como hecho natural, salvo en el caso de que un niño nazca muerto o se trate de una persona de edad avanzadísima. De lo contrario, toda muerte es ocasionada por hechicería.

El jefe histéricamente, repitió su pregunta con marcado tono de beodo.

"Dime quién fué y te regalo una cabra", agregó después de varias tenaces insistencias para obtener respuesta.

El hechicero entreabrió los ojos, los volvió a cerrar y dejó caer pausadamente su cabeza hacia atrás.

"¡No puedo decirte! ¡Sería una crueldad!".

"Te doy tres, cuatro, diez cabras, todas las que quieras; pero dime quién hizo mal de ojo a mi hijo, y lo mató. ¡Dimelo!". Y el jefe alzó su lanza en ademán amenazador.

"¡Bien jefe; quieres saberlo; pues lo sabrás! Quien ha hecho hechicería a tu hijo, ha sido ¡tu propia ma-

dre! ¡Ella es la única culpable de la hechicería y la muerte de la criatura! ¡Ya lo sabes!".

Un grito amenazador surgió de la garganta de todos los salvajes y como impelidos por un resorte, todos se pusieron de pie. Bien pronto comenzó la búsqueda de la infeliz anciana, madre del jefe, autora de la hechicería y responsable de la muerte del infante. Por fin, se le encontró durmiendo en la esquina de una cerca que rodeaba a un platanar. ¡Pobre anciana! Con su faz demacrada, su cuerpo esquelético por los años, la mirada gastada y la marcha vacilante, sus manos estaban destrozadas por el incesante trabajo en los jardines de su amo y esposo, el padre de su hijo, jefe de la tribu y padre a su vez del niño muerto.

"¡Muera la hechicera!", fué el grito que salió de todos los pechos. "¡Muera la asesina de mi hijo!", fué el grito que surgió de la garganta del jefe. Y tomando por la cintura a la infeliz anciana, la levantó en alto y corrió con ella aceleradamente hacia la orilla del río que se encontraba cercano.

Los salvajes lo siguieron dominados por un frenesí de fieras carnívoras. El sol brillaba allí arriba, amarillento, como un pedazo de ámbar ardiente a medio derretir. Era un legítimo sol africano. Un ligero viento

se debatía débilmente, presa del más desenfrenado terror. Pero con la última nota de la monótona y bárbara canción, hombre y fiera avanzaron simultáneamente, el uno hacia el otro. El jefe se irguió en un último movimiento, para alzarse más y poder arrojar a su anciana madre, dentro de las fauces del cocodrilo, cuando... salió un fogonazo de entre la maleza, sonó un disparo y el jefe cayó como fulminado por un rayo.

El terror saca fuerzas de flaquezas. La mujer se enderezó y casi a gatas se alejó del sitio, mientras que los restantes salvajes, veían anonadados, confundidos por el más profundo estupor, cómo el cocodrilo avanzaba, tomaba al jefe herido entre sus fauces y lentamente retrocedía hacia el río. Un remolino, un poco de espuma sanguinolenta y un colazo sobre la corriente, fué la última visión que quedó de tan macabra escena.

La misión evangélica presidida por su reverencia, el padre Arturo Piper, salió de Nueva York, con destino al Sudán y Congo Belga y Francés, con el fin de predicar la santa ley de Cristo entre los salvajes, establecer misiones y hacer estudios sobre botánica, mineralogía, climatología y otras ramas del saber humano.

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

agitaba tenuemente el ramaje de los arbustos. De la tierra caldeada salía un vapor soporífero, enervante...

El jefe corría con la anciana levantada en alto. A la orilla del río, sobre un trozo de la ribera arenosa conquistado por las piedras, el gigantesco, el feroz cocodrilo-ídolo de la tribu, dormitaba pacienzuda, calmadamente...

A pesar de la barbarie de hombres tan primitivos, el terror no dejó de estremecerlos. No obstante la ceguera e impotencia de la anciana, el espanto no dejó de dominarla. Sólo el cocodrilo se mantuvo petrificado al principio. Pero después, lenta, cautelosamente, arrastrándose sobre el légamo de las piedras, comenzó a avanzar. Levantó la cola y abrió sus fauces, enormes, infinitas, profundas, negruzcas, espeluznantes.

Los salvajes se detuvieron y entonces inmediatamente la canción de desagravio a la vez que de homenaje al ídolo viviente:

"Khutá, la mañana está brillante—debes, tener hambre—no podemos traerte manjar mejor—pero es el manjar que te corresponde—porque a ti estómago irá a parar—el malvado autor de esta hechicería—Khutá, que sea buena tu digestión y que después tengas un sueño reparador—como el que sienten nuestras mujeres—después de tomar vino de palma—para no sentir las punzadas de las espinas—cuando el sacerdote les tatúa el seno y las piernas.—Que tengas buena digestión, Khutá".

Mientras el canto duró, el jefe se mantuvo en alto con la anciana, que

fiera de esas era digna de muerte y no de adoración, los civilizados emprendieron una cacería en toda regla del feroz anfibio. Una mañana, habían sido muertos cuatro casi consecutivamente, cuando, al otro lado de una selva, los cazadores oyeron una gran algazara, seguida poco después de los guturales gritos de un canto monótono.

Con los rifles preparados y arrastrándose cautelosamente, por temor a ser descubiertos y a las víboras y otras alimañas similares, comenzaron a avanzar hasta llegar a una cerca natural de arbustos. El padre Piper fué el primero en poder alcanzar lo que podría llamarse la línea divisoria entre el bosque y la orilla de un río, cuya corriente rumorosa se escuchaba con toda claridad.

Pero en el momento en que el sacerdote ocupaba su posición, cesó el canto, y sus ojos asombrados, pudieron ver algo que será imborrable para su retina en el resto de sus días. Cerca del corriente, un hombre joven y hercúleo, mantenía en alto a una mujer casi esqueletizada que se debatía desesperadamente, mientras que a pocos pasos, un enorme cocodrilo, con las fauces abiertas, esperaba a que le arrojaran dentro de la boca a aquella infeliz, como quien arroja un dulce a la boca de un perro engreído.

El estupor y la duda petrificaron momentáneamente al soldado de Cristo. El terror por lo que veía, y la duda por la resolución que debía tomar. Hacer blanco en el cocodrilo era muy difícil, porque este animal es casi invulnerable. Había que alojarle una bala en el ojo y ni la distancia ni la posición eran muy favorables para impacto tan certero. No había más remedio que hacer blanco en el hombre. Pero tratándose de un sacerdote, ya podrá comprenderse, que aunque el hombre fuera un salvaje, el misionero tenía que sentir hondos escrúpulos y remordimientos. Sin embargo, el momento no admitía vacilaciones. Al ver que el cocodrilo avanzaba, el reverendo Piper apuntó al salvaje a la altura del pecho y disparó. El resto, lo conocen nuestros lectores por el relato hecho anteriormente, y recogido por el sacerdote, poco después, de labios del hechicero mayor, que fué atraído a los blancos, gracias a unas inyecciones de quinoformo que se le pusieron, y que le cortaron el terrible paludismo que lo estaba aniquilando.

El reverendo Piper ha logrado un triunfo que no había podido obtener anteriormente ningún europeo, pues ha establecido una misión cristiana entre los katongas, logrando no sólo desterrar la idolatría al cocodrilo sino convenciendo a los salvajes de que deben perseguirlo sin piedad. Han transcurrido apenas algunos meses del dramático pasaje que acabamos de conocer, y ya los mismos salvajes se asombran de su ceguera, lo que comprueba que en muchos casos, el atraso de estos desgraciados no es culpa de ellos mismos, sino de los hombres de más elevada esfera, que por cobardía, falta de tacto, u otra deficiencia cualquiera, no saben arrancarlos de la desdichada situación en que se encuentran.

Del amor romántico

La hora presente no es propicia al amor romántico. La vida vertiginosa, el bullicio de las grandes metrópolis, la agitación incesante... Pareciera que no hubiera tiempo para detenerse en un rincón del camino a soñar en un mundo distinto y mejor, poblado de otras emociones, de otras ansiedades e inquietudes... Pesan sobre el espíritu las angustias y las preocupaciones materiales de la existencia y empujan el cotidiano vivir los impulsos subalternos del instinto y la necesidad. No hay lugar, apenas hay sitio, para las cosas del alma, para los asuntos del corazón: los mismos dramas pasionales que enrojecen con resonante frecuencia la crónica policial son tragedias prosaicas...

Y no es porque la poesía, la música, el arte, fuente de toda selección espiritual, hayan perdido sus prestigios; sino que les ha salido, entre tantos males y hasta por el lado femenino, tres enemigos muy serios: el alcohol, el tabaco y los estupeficientes... La mujer moderna bebe, fuma, se envenena; el "primer domi-

de tu cariño sobre mi corazón, tan nitido y poético como el de este "Reflejo de agua" y tan armonioso como el "Reflets dans l'eau", de Debussy.

Véase hasta dónde y con qué espontaneidad la delicadeza femenina asocia las artes de la naturaleza y de la música, la magia del dolor y de los sonidos, en sus ensueños de pasión...

De ahí seguramente, su aparente complejidad psicológica. Se desdoblan a veces en tantas partes sus almitas sensibles que ocurre, con frecuencia, que un solo hombre no las entiende..., ni dos o varios. El hombre suele ser múltiple en sus distintas actividades, pero unilateral en el mecanismo de su psiquis. De ahí el impresionante acierto de penetración psicológica de Flaubert y de Julio Dantas. En efecto, los autores de "Madame Bovary" y de "Sus maridos" brindan a nuestra curiosidad estudios preciosos al respecto. Si después de leerlos muy detenidamente, nos sigue pareciendo muy difícil el alma de las mujeres, al menos no



cilio del hombre" que dijera Diderot, el gran filósofo, complica con tan grande circunstancia el palpitante fenómeno moral que señalamos. Los temperamentos de excepción que florecen, a pesar del ambiente adverso, confirman, por doble motivo, la regla. He ahí una graciosa prueba en la postal que escribe una amorosa admirable, cuya "tessitura", que diría Eugenio D'Ors, se inspira en una interesante reproducción fotográfica de un paisaje de Palermo, que el autor titula "Reflejos en el agua", tal como la celebrada composición para piano del genial músico francés Claude Debussy. Se advierte, desde luego, hasta dónde concurren, en la belleza sentimental, ambos talentos, y cómo, el titulado "a deux" despierda en su pluma tan feliz expresión de literatura amoratoria; Este "Reflejo en el agua"—escribe,—que una hermosa noche de invierno, el destino quiso que admiráramos juntos por primera vez, yo descartaría que fuera siempre la imagen de nuestro cariño... Quisiera sentir el reflejo

nos resulta ya inexplicable... Y ya será algo, pues sabremos el camino por donde hemos de comprenderla alguna vez... Mientras tanto, pongámonos en trance de adquisición: cultivando las notas finas, las sutiles cuerdas del alma. La posesión de la mujer, es una insignificancia al lado de la conquista de su "yo" moral; desde hace siglos, el error a ese respecto, hace víctimas y más víctimas... Detengámonos para la conquista del "eterno femenino"... y si con su amor hemos de llenar "todo hueco en nuestra vida", según aconsejara el maravilloso Amado Nervo, con nuestra comprensión "armoniosa", como suspira la autora de la postal, multipliquemos el milagro de hacerlas dichosas... Y demos la razón a pesar de Pascal, "el amor tiene razones que la razón no entiende", al verso de Paul Gerdard; el exquisito autor de "Toi et Moi":

"Si tu m'aimais, es si je t'aimais, come je t'aimerais."

Enrique FEINMANN

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sebléan (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375—U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

Juguetes que enseñan oficios

Segun las revistas ferroviarias inglesas, son numerosos los hijos de ferrocarrileros que manifiestan un gran afán para aprender la profesión paternal. Aprovechando esas buenas disposiciones los servicios de tracción de las grandes empresas ferroviarias hacen lo posible para mantener ese ardor y para el efecto ofrecen a los hijos de maquinistas, fogoneros, etc., los medios a fin de que tomen contacto con las realidades del oficio.

Para lograr el fin perseguido, se han establecido cursos de aprendizaje y a los cuales los chicos concurren con el propósito de aprender al mismo tiempo de que se divierten.

Allí hay ferrocarriles en miniatura, pero muy completos mecánicamente, sirviendo para trabajos prácticos. Las calderas tubulares, los sistemas de agujas, señales, etc., le son paulatinamente revelados y pronto no tendrán ningún secreto para esos jóvenes llenos de ardor y buena voluntad.

Los londinenses deportistas piensan también en el cielo, campo de las proezas del aire. En la estación aeronáutica de Wembley, más de cien chicos entre 12 y 16 años se han hecho inscribir este año para seguir los cursos preparatorios de pilotos y mecánicos de aviación. Después de un prolijo examen médico, los postulantes son admitidos a la iniciación técnica. Al fin del ciclo de estudios, reciben un certificado en el que consta sus aptitudes y ese documento les servirá para ganar tiempo cuando traten verdaderamente de dedicarse a la carrera de hombre-pájaro.

Bismarck y el cigarro

Sabido es que Bismarck era un fumador inveterado. No podía trabajar a satisfacción si no tenía un cigarro entre los labios.

El mismo cuenta que, en la batalla de Konigratz, se había quedado con un solo cigarro en su petaca y que lo guardaba cuidadosamente para fumarlo con toda tranquilidad una vez que se hubiera pronunciado la victoria. De pronto, se encontró con un soldado herido

que pedía con voz lastimosa algo que lo refrescara. Bismarck bajó del caballo y registró sus bolsillos, hallando tan sólo unas monedas de oro que de nada le podían servir al pobre herido.

Se acordó de su cigarro. Lo encendió y lo puso entre los labios del soldado.

Este agradeció con una sonrisa y aspiró ávidamente el humo del cigarro.

Bismarck afirmaba después que nunca había hallado tanto placer en un cigarro como en ese que no había fumado.

Plato exquisito

Cuéntase de Sir Bartle Frere, el famoso explorador inglés, la siguiente anécdota: Estando en Zanzibar con su hijo, Sir Bartle se alejó del campamento para explorar los alrededores, y al querer regresar, se perdió.

Anduvo con su hijo varios días extraviado por los espesos bosques, sufriendo hambre y sed. Por fin, llegaron a la choza de un indígena. Llamaron y fueron recibidos por una negra, que les dio algunos huevos para que los extranjeros pudieran satisfacer su hambre.

Sir Bartle convirtió bien pronto los huevos en sabrosa tortilla, y viendo colgados del techo una gran cantidad de lo que él suponía ser hongos, se apoderó de varios y los arrojó en la sartén, a pesar de las protestas de la negra.

Habían terminado su almuerzo, cuando se presentó el esposo, un formidable negro, que, después de cambiar unas palabras con su esposa, exclamó furioso:

—¡Miserables extranjeros! ¡Se han comido ustedes mis trofeos de guerra!

A las preguntas que le dirigiera Sir Bartle, el negro le explicó, que lo que él había tomado por hongos eran las orejas de sus enemigos muertos en la guerra.

Sir Bartle y su hijo estuvieron indigestados durante ocho días.

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

LA BUENAVENTURA

Por E. Amadeo ARTAYETA

Cercados ambos costados por una doble hilera de alambrados, el camino real parecía sin fin. De vez en cuando, a medida que adelantaba en mi marcha, aquella interminable calle parecía que detrás de la loma que tenía por delante terminaría, hasta que una vez llegado a la cima, del otro lado de la ladera, las paralelas del alambrado y el camino volvían a presentarse bajo la forma alarmante de no tener término.

Y cuidado que un camino, en tales condiciones, se torna largo, y hace parecer las distancias interminables.

Acababa de vadear el arroyo, y mi caballo chorreando agua. Al través de mis botas, sentía, en mis piernas, el frío del agua a causa de la inmersión.

A medida que mi caballo iba secándose, poco a poco de nuevo le puse al galope.

A cierta distancia, caminando en sentido contrario al que yo llevaba, vi venir una mujer, zarandeándose al caminar, con tal balanceo exagerado de sus brazos, que su ancha pollera, de vivos colores, al seguir el vaivén de sus movimientos levantaba el polvo del camino. Al aproximarme a ella, noté que era una gitana, ataviada como todas con ancha pollera de vistosos colores, que casi arrastraba al suelo; bata y corpiño que con ella armonizaban y, sobre la cabeza, un floreado pañuelo. Pendiendo de todas partes, un sinnúmero de monedas y amuletos, que al moverse tintineaban cual otras tantas campanillas.

Al cruzarnos en el camino, vino hacia mí haciendo señas con su mano levantada, para que parara. Sofrené mi caballo; y en un español detestable, ceceando, como hablan los gitanos, dijo:

—¿Quierez que te diga la buenaventura?

—¿Buenaventura? — Asombrado no pude menos que preguntarla. Y entre mi pensó, si realmente alguna habría para mí, que fuera digna de tal mención.

—¿Quierez?—volvió a preguntarme.

—Bueno—respondí,—si realmente es “eso” lo que intentas, dílo no más.

—Dame tu mano—me dijo.

Estiré hacia ella la que tenía libre de las riendas. “Pero—no pude menos de reflexionar,—pensándolo bien, de qué sirve dársela?” Pues en tal momento noté que estaba enguantada. Y sacando el guante que la cubría, volví a presentársela. Ella, tomándola entre las suyas, mirando atentamente la palma, dijo:

—Dame algo de tu uso personal.

Busqué sobre mí algo que pudiera alcanzarla, hasta que encontrando el pañuelo que llevaba anudado al cuello, lo desaté y se lo pasé.

—¿Quierez darme un cigarrillo?—me pidió.

Sacando mi cigarrera de un bolsillo, se la alargué. Encantada a su vista:

—¿Oh, “english”?—alegremente exclamó.

Por ese tiempo no estaban muy difundidos los cigarrillos ingleses, y yo era de los pocos que los fumaban. Comenzó entonces a hablarme en un inglés tan atroz, que la dije que lo hiciera en su mal español.

—¿Quierez darme algunaz monedas?

—continué pidiendo;—¿tienes monedas de plata?—agregó, y aún:—plata ez buena conductora para dezir la buenaventura—arguyó a modo de explicación.

Yo, por un instante, quedé pensativo,

tratando de adivinar hasta cuándo seguiría pidiendo.

Haciendo girar mi tirador alrededor de mi cintura, saqué de sus bolsillos algunas monedas de plata que me quedaban, restos de antigua opulencia.

—¡Oh, a bob!—exclamó en argot inglés a la vista de un shilling.—¿Y media corona también? ¿Zon pa'mi?—con codicia me preguntó.

—Serán tuyos—repliqué,—si lo que me digas me place.

Volviendo a mirar mi mano, comencé diciendo:

—¿Zobre la muerte?...

—No—repliqué.—Empieza por el principio, la muerte no es sino el fin.

—¿Fortuna?...

—Continúa—la interrumpí.—Nada me interesa la fortuna.

—Zin embargo—ella continuó,—la tendrás; y a montones..., pero, la plata d'entre tuz manos ze'escapará, como l'agua del mar.

—¿Qué importa!—descuidado contesté.—Sigue no más.

—¿Zalú?...

—Sigue.

—¿El pasado?...

—No; ese lo conozco yo.

—¿La vida?...

—Tampoco. Qué significa la vida si no hay...

—¿L'amor?...

—¡Eso! ¡Dime eso!—ansiosamente la pedí.

—¡Y qué afortunado! ¡Dioz!—dijo alumbrándose la cara.—Amaráz a una muchacha; zí, que l'amaráz, no te quepa la menor duda, pero ella...

—¿Qué

...no te llevará l'apunte.

—¡No importa—volví a decir.—Soy paciente, y no dudo—me atrevo a decir—que algún día lo llevará.

—Pero..., espera—continuó la gitana.—Que hay otra muchacha...

—¿Cómo! ¿Todavía otra? ¿Del mismo estilo?—alarmado pregunté.—¿Dime lo que sepas!

—Eza ez rubia—continuó.—Rubia con ojos claro; prezioza, oh zí, muy prezioza...

—Dime; dime lo que sepas—ansiosamente insistí.

—Con eza niña, tú cairaz locamente 'namorado d'ella, y tu amor durará...

—Sigue, sigue hasta el fin—insistí.

—Zí—dijo ella.—Hazta 'l fin. Tú lu'az dicho. La muerte no es sino el fin.

—¿Pero ella? Dime de ella.

—Ya no puedo ver laz lineaz de tu mano. Ez ezcuro. Deja para la próxima vez.

Fra la hora del crepúsculo, y la obscuridad iba de tal modo en aumento, que ya la noche se venía encima, y delante de mí tenía gran trecho de camino que recorrer, antes de llegar al pueblo donde tenía intención de pasar la noche.

Todo lo que aquella bruja me predijo, punto por punto se cumplió. El fin..., bueno, todavía no ha llegado, y como ella no me lo explicara, me aterra pensar que algún día llegará.

Congreso de domadores de osos

Hace pocos días terminó en Gernshein (Hesse) el congreso de los domadores de osos. Han asistido a él 255 personas, llegadas de todos los puntos de Europa, en compañía de sus familias y de sus osos, osas y oseznos.

El congreso ha durado cinco días, y en él, después de deliberarse, se celebraban espectáculos.

Los más afamados demadores de osos han hecho realizar a sus fieras brillantísimos ejercicios en competencia, y han sido adjudicados premios a los más hábiles.

Todos los oradores reconocieron que el oficio es ventajoso, y que los que viven de él no pueden quejarse de la carestía de las subsistencia.

El petiso

El petiso que fuese, hace poco para “mandados” y “tirar” agua, ha dejado los huesos blanqueando detrás de la casa.

Y pensar, que ese mismo, hace tiempo, ha sido el mimado, en la estancia, por los niños que todos los años venían en bandada.

Para él fueron amables las horas y los mejores bocados de alfalfa, cuando las niñas para acariciarlo palmeábanle el anca.

Y lució, ¡cuántas veces!, su lomo la lujosa montura, lustrada. El estaba guardado del viento, del sol y del agua.

Pero es claro, púsose algo viejo, y los niños ya usaban polainas, y andaban en autos muy grandes por esta comarca...

El negrito boyero, se adueña del pobre petiso, y... por nada, porque el pobre marchaba despacio cruzábale el anca.

Y una noche muy cruda de invierno en que fuese copiosa la escarcha, el viejo petiso, murióse de frío detrás de la casa.

Juan de DIOS MENA.

El “Método Bayer” para cortar los resfriados.

los catarros, la grippe, etc.

consiste sencillamente en tomar al acostarse,

2
Tabletas de
FENASPIRINA
y un limón exprimido
en agua
caliente.

Abríguese bien. Pocos momentos después empieza usted a sentirse aliviado, suda copiosamente y duerme con la más exquisita tranquilidad. Mañana, ¡fresco y sano! Si algún síntoma persiste, una o dos dosis más durante el día. Eso es todo.

La influenza enseñó al mundo dos cosas: que la FENASPIRINA es un remedio de la más alta eficacia, y que el limón es un excelente auxiliar curativo.

El “Método Bayer” es el resultado científico de esa enseñanza.

No trastorna el estómago como las preparaciones laxantes anticuadas, ni atonta como las que contienen quinina.



Las tabletas no se disuelven en la limonada, sino se toman antes con un poco de agua.

COLABORACION ESPONTANEA

Destinos

Al comandante del "Plus Ultra", don Ramón Franco, a su acompañante don Julio Ruiz de Alda, y a las tripulaciones del "Don Blas de Lezo" y el "Alcedo".

Quien precise confortar su alma, recuerde los manes que otrora la palma empujaron del alto valor. Con las carabelas, Colón, un buen día de un oculto mundo el velo corría de egoísta avaro tachando al Señor...

La "Numancia" enfila su prora eminente zarpando con rumbo hacia el Occidente porque siempre el rumbo de España está al sol. La estrella del norte de noche la guía y la Cruz del Sur en la Láctea Vía le reserva a España primicia en su rol.

La "Nantilus" corre mil y un temporales y siempre encendidos tiene sus fanales que son faros guías por entre el fracor. Y los navegantes que van dando tumbos en la negra noche, orientan sus rumbos hacia la divisa del descubridor...

II

Quien venga en directa rama en su abolengo del trono latino, sabía que yo tengo por lo que me creo grande como Dios; vuela al infinito, recorra los mundos que yo le acompaño con cantos profundos y a la raza, gloria daremos los dos.

Quien se sienta digno de los inmortales que al puma y la boa, en las tropicales selvas domañaron con rasgo español; vuela ejecutando la soberbia hazaña que otrora soñara y no hiciera España: Moderno Quijote ensártelo al sol...

Rafael RUIZ CRUCES.



La margarita negra

Dedicado a Ricardo Gutiérrez, autor de "La flecha en el vacío".

En la lóbrega noche de las almas hastiadas se bañó el alma mía con agua de espejismo; y el viento de aquella hora dejó transfiguradas las estrellas despiertas sobre su vientre mismo.

Estaba solo el templo, que unía las jornadas en el vértice propio de su romanticismo. Cuando sonaron roncadas, las huecas carcajadas de Satán que me espiaba con sus ojos de abismo.

Abrió la gran ventana que miraba a la senda y me cubrió los ojos, como estúpida venda, el aire de la noche que en las rutas gravita.

Nadie habitaba aquello. Ni una estrella siquiera sólo frente a los surcos con lobreguez austera se erguía como espectro: una negra margarita.

José N. MURGA.

Promesas

Falsa fué la promesa que me hiciste, falsa fué...
¿Por qué me prometiste?
Dí... ¿Por qué?

Acaso te obligaba mi amargura blasfemar...
Más vale no jurar a ser perjura;
¿más vale no jurar!

La fe que puse en tu palabra santa, ¿acaso fué mi error?
Nunca lloré por amargura tanta, soñando tanto amor.

Más vale no jurar a ser perjura;
más vale no jurar.
¿Acaso te obligaba mi amargura blasfemar?

Juan INSUA LAGARES.



BELWIS

Belweis era un demonio de la mitología alemana, que se le conocía también con otro nombre, como Bilwischneider Piltwisschmitter, etc. Hasta el siglo XIII figuraba entre las supersticiones populares de Baviera, Franconia, Sajonia, Silesia y otras poblaciones. J. Grims explica el origen del nombre de Belweis, suponiéndole derivar del anglosajón bilwit; pero en este caso habrá que considerarlo como espíritu benéfico, siendo así que en las creencias del pueblo se le tenía por la personificación de la malignidad humana. Se aparecía a medianoche, sobre todo en las de San Juan y de Walpurgis, cabalgando desnudo en un macho cabrío, de piel negra, por los campos de las mieses, que devastaba o se llevaba las espigas a sus graneros, cortándolas con una hoz que blandía con su pie. Las ofrendas de granos conseguían alejar el maleficio de Belweis, que se apaciguaba ante esa prueba de amor de los pobres mortales.



La rosa

Como una joya preciosa o una reliquia bendita, con amor guardo una rosa que a pesar de estar marchita es perfumada y hermosa!

Ella, en el blanco corpiño, la lucía con alarde; y su manita de armiño me la brindó aquella tarde en prueba de hondo cariño!

Y al dármele, ruborosa, de sus pupilas brotó, una perla temblorosa que, prisionada, quedó en el broche de la rosa!

Hoy que solo y triste añoro las ternuras de su amor, mucho la cuido y la adoro hallando en ella el valor del más preciado tesoro!

Y es que en su broche escondida la rosa, en su candidez, guarda la perla querida. ¡Lágrima que muy rara vez, se llora así, tan sentida!

Domingo F. ARIETTI.



Señor

Porque he vivido noches de indecible locura, —en que han hecho las paces la angustia y el amor— y he bebido en la copa de mi hermana Amargura sin jamás mi semblante traslucir mi dolor...

Por mi existencia toda de iniquidades llena; por mis lágrimas de hombre que en silencio vertí. Señor: haz que concluyan mis dudas y mi pena. Ya he sufrido bastante, ¡apiádate de mí!

Mi buen Dios: tú que sabes que equivoqué la ruta y mi torpe inconstancia extinguió la impoluta pasión, pura y sincera, que otro tiempo sentí.

Alivia mis pesares—ya bastante he sufrido— y a ella que fué buena y porque me ha querido concédele la calma que me negaste a mí!

Mario César MADRAZO.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

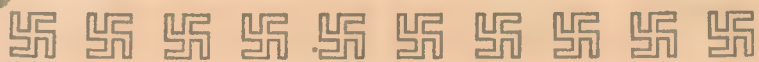
PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico.	" " "	8.—	2.—
Tapas sueltas " " grande.	" " "	9.—	2.—
" " " chico.	" " "	6.—	1.50



MEDICINA POPULAR

Destruyendo prejuicios

Casos recientes de sarampión me inducen a escribir estas líneas, para destruir ideas erróneas, profundamente arraigadas, que originan consecuencias funestas.

Mientras las modas se propagan en pocos meses hasta las regiones más apartadas del mundo, las modificaciones en el tratamiento curativo de las diferentes enfermedades requieren años para que sean aceptadas por el público.

Por ejemplo: hay todavía quien se resiste enérgicamente a una inocente inyección, creyendo que ésta provocará la muerte en breve plazo. Este error tiene su explicación en el hecho de que, hace treinta años, se aplicaban las inyecciones, casi únicamente, para prolongar una vida que ya se extinguía. Y perdura en el espíritu popular la impresión falsa de que inyección es sinónimo de extrema unción.

Esta resistencia de los enfermos a novedades es lo que más traba la acción eficiente del médico en la clientela particular.

El enfermo puede morir, y se atribuye este desenlace a la terquedad del médico, que ha impuesto a la familia su sistema curativo nuevo, opuesto al sistema tradicional que ha salvado al vecino de enfrente.

Por esto creo que la vulgarización científica en periódicos informativos, leídos por el público, contribuye, disipando errores, a facilitar la acción del médico, con beneficio de quien necesita su auxilio.

El prejuicio más difundido, a propósito del sarampión y escarlatina, es que cuanto más broten, es decir, cuanto más intensa es la erupción cutánea, tanto mejor es el pronóstico para el enfermo. Es exactamente al revés, y esto ya lo decía, hace cincuenta años, el gran maestro Trousseau.

Una enorme columna de humo indica un incendio colosal, mientras que una pequeña humareda señala un incendio insignificante. Del mismo modo, de un enfermo que presenta una erupción intensa debe decirse que está grave y su infección es violenta.

Otra creencia, que deriva de la anterior y causa graves perjuicios, es que en el sarampión y escarlatina hay que hacer sudar al enfermo para evitar que se resuma la enfermedad, es decir, desaparezca la erupción.

A la pobre criatura con cuarenta grados de temperatura axilar, menor de la que en realidad tiene, la sofocan con todas las frazadas de lana disponibles.

¡Cualquier día la familia aceptará que el médico le dé un baño! Esto que es corriente en un hospital, es muy raro poderlo hacer en la mayoría de los clientes particulares.

Otro error es no dar importancia al peligro del contagio. Aparte de que a menudo se confunde la escarlatina con el sarampión, que es menos grave, debe saberse que, si esta enfermedad es, ordinariamente, benigna y puede curarse sola, puede ser, también, de carácter maligno y asociarse a otras infecciones que lo hacen mortal.

Es una estupidez creer que, porque los chicos del vecino se han curado con cualquier yuyo, sin medicina ni médico, también otro curará así no más, purgándole y haciéndolo sudar.

Muchas veces la tarea del médico, en estos casos, se reduce a vigilar y nada más. Parece, a algunos, que roba la plata por su inactividad. Sin embargo, su misión es importantísima. Es la misma que la del centinela que impide que vuele el polvorín.

Dr. COLAPINTO.



EL TAMANUAR

Por RAFAEL FOLCH

Este animal es de la magnitud de un mastín y tiene cuatro pies de longitud (1.299), no incluso la cola, que tiene tres pies (0.975); su cuerpo es bajo con respecto a su longitud; la cabeza, delgadísima, prolongada y terminada en un largo hocico casi cilíndrico y por una boca sumamente diminuta; los pies delanteros están provistos de cuatro dedos, y los traseros de cinco; las orejas y los ojos son muy pequeños; la cola, poblada de larguísima pelos; el pelaje es de color castaño con una raya oblicua, negra y orillada de blanco en cada hombro; los pies de delante son blancuzcos, y los de detrás, negruzcos.

El tamanuar, cuando anda, se apoya en una gruesa callosidad, a la cual arri-

ma la mayor de las uñas, cuya callosidad sirve igualmente de punto de apoyo a dicha uña cuando el animal toma algún objeto. Esta actitud le obliga a colocar el pie de lado, lo cual hace su andar lento y poco gracioso. Como no sea por la noche, pásase muy poco, pues duerme durante todo el día en un espeso matarral, echado de lado, con la cabeza entre las piernas delanteras, aproximadas y cruzadas con las de atrás, y la cola extendida encima del cuerpo.

Como teme mucho la luz, si algún accidente le obliga a salir de su retiro durante el día, cuando camina tiene mucho cuidado de llevar la cola levantada encima del cuerpo, haciendo con su penacho una especie de quitasol que

sirve para hacerle sombra. Este animal tiene una vida solitaria y triste; siempre habita en sitios bajos y húmedos; a veces también penetra en los bosques en busca de alimentos; pero, a pesar de tener robustas uñas, no trepa nunca a los árboles. Su alimento principal consiste en hormigas y en termitas; pero come también otros insectos. Ya se sabe que los termitas son una especie de hormigas que se alojan en montones de tierra de forma conexa, de algunos pies de altura a veces, y con la altura proporcionada. Estas habitaciones están construidas con tanta solidez que a menudo es difícil abrir su cúspide con la azada. Cuando el tamanuar encuentra alguno, da vueltas en torno de él por dos o tres veces, examinándolo con toda minuciosidad; luego, cuando ha reconocido el punto débil del edificio, hace en él un agujerito con las fuertes uñas de sus dedos delanteros, aplica la punta del hocico en dicho agujero, y a veces la introduce más o menos en el mismo hasta que encuentra la rellena habitación de los termitas. Entonces saca y alarga la lengua, que es del diámetro de un caño de pluma de escribir y de 18 pulgadas de longitud, y untada toda ella con una saliva sumamente viscosa o glutinosa, y la pasea en todos sentidos, doblándola y arrollándola como una lombriz de tierra, y cuando queda enteramente cubierta de termitas pegados en el humor glutinoso, la saca y se zampa todos los insectos que ha tomado. Repite esta operación con mucha prontitud, hasta haber satisfecho el hambre. Lo mismo hace para comer hormigas, después de haber escarbado la tierra para abrir los hormigueros.

No obstante ser tan dormilón el tamanuar, es muy valiente y se defiende con ensañamiento cuando es atacado. Para ello se levanta sobre sus patas tra-

seras y trata de apoyar la espalda en alguna peña; cubre su cuerpo con la cola y abriga su débil hocico en el pecho. En esta posición presenta al enemigo las robustas uñas, con las cuales le hace profundas heridas. Cuando no le atacan no hay animal más sosegado y menos peligroso. Cuando se encuentra alguno, si no se le irrita, puede echarlo el cazador delante de sí y llevarlo de este modo adonde quiera. Apasionado desde joven, se acostumbra perfectamente a la esclavitud, come pan, carne, y hasta cierto punto se adhiere a su dueño; pero su tristeza habitual aumenta con la edad, y regularmente muere de tedio poco después de haber llegado a adulto. La hembra no produce más que un hijo, al cual profesa sumo cariño; nunca le abandona, y cuando sale de su retiro para ir a cazar termitas, siempre lo lleva a la espalda, y hasta con tan preciosa carga pasa los ríos a nado. Vive en América del Sur.

COMPANIA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los antiguos sistemas a leña, carbón o gas. La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELÉFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790 al 94 y 5760, Avenida.
C. T. 1254 y 1387, Central.



Las encías que sangran

Cuando sus encías se tornen esponjosas y sangren con facilidad, es un síntoma inconfundible de que la piorrea ha hecho presa de su dentadura.

Si usted permite avanzar tan molesta dolencia, pronto experimentará dolor en las encías y la masticación de los alimentos se hará difícil. La salud constitucional se debilita a causa de la negligencia para con dientes y encías.

Recurra sin pérdida de momento a su dentista y al Polvo Pyorrhocide, que no sólo es preventivo sino el colaborador más eficaz de los profesionales que combaten la piorrea.

POLVO PYORRHOCIDE
Contra dientes flojos y encías sangrantes.

De venta en las farmacias
Un tarrito dura varios meses

Envíe este cupón a Dept.^o Pyorrhocide, Rivadavia, 1244, y \$ 0.10 en estampillas para remitirle una muestra gratis.

(P. P.)

F. M. 2-2-26

Nombre

Calle.....

Ciudad

LA PASION DEL FOLLETIN

Por RAMIRO MERINO

Si yo hubiera sabido que "El vergel de la duquesa" era la novela favorita de mi amigo Enrique, me hubiera tentado la ropa antes de consentir que me la prestase; porque se habla mucho de lo que arriesga el que deja un libro prestado, y no se tiene una frase de consuelo para el suplicio que echa sobre sí la persona que lo recibe en préstamo.

Yo comencé la lectura de dicha novela, y se me atragantó desde el principio, porque empezaba con el párrafo que hace cincuenta años era de calibre reglamentario:

"Era una noche de diciembre de 1841. La nieve caía en violentos remolinos. Por las calles, desiertas, sólo algún que otro aterido transeúnte luchaba con el frío, en busca del refugio de su hogar. Un reloj dió las doce."

Como estoy ya muy escamado de las novelas que empiezan metiéndose en agua, me atasqué en los charcos de la segunda página, y dejé el libro sobre la mesa del despacho. Con ello experimenté un alivio, como si me hubiera refugiado en un portal.

No tardé muchos días en encontrarme a Enrique, quien me preguntó con avidez:

—¿Cómo va eso? ¿Ha llegado usted ya a la escena del bosque?

—Todavía, no. Estoy en los alrededores.

—Pues ya verá usted, ya verá usted. A mí me hizo llorar.

Quince días más tarde, estaba yo observando, con la ecuanimidad del que no va a comprarse nada, los precios de unas corbatas expuestas en el escaparate de una camisería céntrica, cuando sentí un golpecito en la espalda. Era mi amigo, que volvía a interrogarme:

—¿Se ha envenenado ya el duque?

—¿Qué duque?

—Hombre, el duque de Saint-Mandé, el de la novela, el marido de Atanasia.

—¡Ah!; pero ¿se envenena y todo?

—Claro que sí; pero no quiero quitarle a usted el gusto de la sorpresa.

¿Por dónde anda usted ahora?

—Estoy en un chaparrón tremendo de 1841.

—Eso es al principio.

—Es que me lo he leído tres veces y no me cansa.

—¿Como que es la novela padre!

Cuando llegué a casa, no tuve más remedio que echarme al colete veinte o treinta páginas, con esa desgana con que hace uno flexiones de gimnasia sueca respondiendo a los consejos de los que afirman que es muy sano. De ese modo quedé provisto de algunos episodios con que contestar a los interrogatorios de mi amigo: un rapto, un duelo, una ejecución de pena capital y un robo a mano armada.

No tardó en sobrevenir un nuevo encuentro con Enrique. Estaba yo formando "cola" a la puerta de un "cine" para sacar billetes, cuando mi citado amigo, que me llevaba siete u ocho puestos de ventaja, volvió la cabeza para preguntarme con su característica ansiedad:

—¿Ha caído ya Hortensia?

—No; pero caerá. Eso se ve venir.

Las personas que se hallaban entre Enrique y yo se volvieron a mirarme con envidia, pero retiraron pronto la vista. Sin duda, el somero examen de mi persona les hizo deducir que la tal Hortensia no debía de ser gran cosa.

Pero el disgusto gordo me lo propor-

cionó Enrique en un tranvía, un día que llevaba el "completo" echado. Desde el extremo opuesto al que yo estaba sentado, vi que mi amigo me mostraba dos billetes, para hacerme saber que le debía un favor más; y como es hombre que no siente el pudor de la conversación, sino que se complace en hacer partícipe a todo el mundo de sus anhelos e inquietudes, me gritó desde su lejano asiento:

—¿Ha llegado usted al divorcio?

—No, aun no; pero ya me doy cuenta de que ése va a ser el final.

—Así es, en efecto; pero con una sorpresa que usted no puede figurarse.

Los héroes de la fantasía I S E O

Allá en los últimos confines de Europa, en la verde Erin, vivía su vida monótona de princesa medioeval la hermosa Iseo, tan poética como hermosa y tan apasionada como poética. Eran aquellos los tiempos en que la leyenda mezclaba con la historia, en que las hazañas de los caballeros eclipsaban las glorias de las naciones, todavía en embrión, y en que lo sobrenatural intervenía diariamente en la marcha lógica y ordinaria de los acontecimientos. Eso no obstante, era lo corriente entonces, como ahora, que las princesas se casasen con los príncipes, y que las damas de sangre real se sentasen en los tronos junto a los reyes. Era, pues, natural, que el destino reservase a la poética Iseo un trono, y en efecto, un día llegó a la corte de Irlanda un caballero, el valeroso Tristán, sobrino del rey Mark de Cornualles, para pedir su mano en nombre de su tío.

No es necesario decir que la petición fué atendida, como de quien venía. Iseo partió de Irlanda, acompañada del caballero Tristán de Leonnois. Ni una ni otro contaban tal vez con que, durante la navegación, el amor había de hacer de las suyas. Tristán era noble, pero era sobre todo valiente y enamorado; Iseo era princesa, pero antes era mujer, es decir, era a la vez ternura, cariño, encanto, malicia, un ser vulnerable, kálcidoscópico, y sin embargo tan fiel a su amante como la flor al sol. Cuando Tristán e Iseo llegaron a la corte del rey Mark, se amaban. Después que Iseo fué la esposa del rey de Cornualles, siguieron amándose, con ese amor que arrastra, domina e inspira todas las existencias, desde las plantas y los irracionales hasta la humanidad y las civilizaciones, con el amor de las palomas, de los leones, de los héroes, de los príncipes y de los reyes, soberanos todos, al fin, de la creación o de la historia. Y los troveros de la Edad Media, apelaron a todo su ingenio y a toda su malicia para contar en sus trovas de qué modos la pasión de la heroína y el héroe supieron vendar los ojos a la vigilancia y a los celos.

Tristán era noble, sin embargo, y su lealtad le hizo huir de la corte

—Bueno, no me diga usted nada. Ya hablaremos.

—Usted creará que toda la culpa es de ella.

—Claro que sí.

—Pues es usted un infeliz, que no ve más allá de sus narices. El verdadero culpable es Edgardo. Fíjese usted bien en todos sus movimientos, sin perderlo de vista. Y, sobre todo, ya verá usted lo que es bueno cuando se fugue "su" esposa.

Una maliciosa sonrisa del cobrador y unas miradas simpatizantes de algunos viajeros me indicaron que las frases de mi amigo habían tenido una errónea interpretación, y buscando rápidamente, con afán de venganza, algún recuerdo del libro que me sirviera para devolver a Enrique la molestia que me había ocasionado, le dije en un tono que pretendía ser compasivo y confidencial:

—¡También usted pasaría un mal rato cuando ahorcaran a su padre!

Y acto continuo tiré de la correa del timbre, renegando de los libros prestados y dejando a mi amigo por heredero de las miradas lastimeras y las sonrisas apicaradas.

de su tío. Iseo lloró su partida. Desde aquel infante momento no hubo para ella consuelo, y sus lágrimas llegaron a ablandar el corazón del rey Mark, que comprendía, rey prudente, que nunca sería suyo el cariño de la infortunada princesa, ligada a él por razón de estado. De tarde en tarde, la triste Iseo oía hablar del hombre a quien amaba. Tristán estaba en la corte del rey Artús, y la fama lo proclamaba uno de los tres caballeros más valientes y obstinados, a quienes nadie podía vencer ni convencer, uno de los tres heraldos de la Bretaña, uno de los tres "compereers" de aquella famosa corte... Proclamábasele también como uno de los tres amantes más fieles, porque ni el tiempo, ni la distancia le hacían olvidar a su Isolda...

Un día, sin embargo, llegó la noticia de que Tristán, desesperado de ser dueño de la mujer a quien amaba, habíase casado con otra Iseo. De este modo, pretendía olvidar y recordar a la vez si ello es posible, al objeto de su amor.

Iseo, la princesa irlandesa, quiso ir por sí misma a ver si la fatal noticia era cierta. Tristán, por su parte, no pudiendo olvidarla, acababa de huir de la corte de Artús para ir en su busca. En el momento mismo en que aquellos dos seres, que el amor había hecho desgraciados, iban a reunirse de nuevo, Tristán fué asesinado. Iseo, inconsolable, murió sobre el cadáver del hombre que tanto amaba. Rey bueno y sensible, Mark de Cornualles hizo enterrar juntos a los dos amantes.

Los troveros de la Edad Media apelaron a las más tiernas frases y a las más delicadas imágenes para describir aquel caso singular de fidelidad amorosa...

Desde entonces, la historia de Iseo y la del hombre a quien amó ha sido contada muchas veces y de muchas maneras. De ella hablan antiguos romances, de ella se ocupan los libros de caballerías de la Tabla Redonda, y el genio musical de Wagner, el inimitable, hizo de ella el argumento de una de sus más hermosas óperas. Y así, de libro en libro, de escenario en escenario, la figura soñadora y apasionada de la princesa Iseo vaga por el mundo de la fantasía.

Un insecto barómetro

Fabre ha publicado interesantes estudios acerca del escarabajo pelotero, insecto simbólico entre los antiguos egipcios, extraordinariamente común entre nosotros y que venimos en los caminos, atarcado, haciendo rodar las bolitas de barro.

El mencionado naturalista, después de tres meses de paciente observación, pudo llegar a comprobar que el escarabajo pelotero es el insecto más sensible a las variaciones atmosféricas, por cuyo motivo, si fuese posible tenerlo en cautividad, vendría a constituir un precioso barómetro.

Cuando la lluvia se avecina, permanece inmóvil durante largas horas; siempre que, en especial al atardecer, se agita y vuela, es casi seguro que tendremos buen tiempo.

Se asegura que ese insecto percibe la proximidad de los terremotos y que, en tal caso, no hay modo de hacerlo salir de su madriguera. El viento lo pone nerviosísimo. Ofrece también la particularidad de ser el insecto que con más facilidad y con mayor duración cae en estado cataleptico al ser amenazado por algún serio peligro. No sólo permanece inerte y como muerto, sino que sus patas quedan por un buen rato completamente rígidas.

Cosmopolitismo inglés

En las islas británicas se imprimen, aparte de la infinidad de periódicos ingleses, cinco diarios en francés, cuatro en alemán, tres en armenio, dos en español, dos en italiano; dos en árabe, uno en turco, tres en lengua céltica y quince en hebreo.

Las publicaciones exclusivamente dedicadas al cultivo de los sports son 179, y de éstas, 22 se ocupan sólo de football y 21 de cricket.

Los druidas de la Gran Bretaña tienen 3 revistas; los jugadores de ajedrez, 2; los conchiologistas, 3; los ciegos, 2.

Astrólogos, profetas y adivinos, disponen de 10 diarios y revistas y los usureros de 1.

Los aficionados a los animales domésticos (perros, gatos, etc.) pueden enviar sus "confidencias" a 34 publicaciones, de las que una docena se ocupan, con exclusividad, de la raza canina.

Un diario ("Matrimonial Post") no publica en sus columnas más avisos que los matrimoniales.

Y para terminar. Se editan en Inglaterra 3 periódicos escritos por alienados. Dichas hojas se titulan: "Bajo la cúpula", "La luna nueva" y "El espejo de la Aurora".

Los pies y la inteligencia

Las españolas y las francesas suelen reírse de las inglesas y de las alemanas, a quienes acusan de tener los pies muy grandes. Los neoyorquinos han emprendido una campaña semejante contra las mujeres de Chicago; pero mientras que las alemanas y las inglesas han soportado las sátiras con resignación, las chicaguenses han devuelto la pelota.

—¿Que tenemos los pies grandes!— exclaman.—¿Pero qué prueba esto? Pues sencillamente que somos muy inteligentes. Sepan las neoyorquinas que el desarrollo de la inteligencia es proporcional a las dimensiones de los pies. Las mujeres de Nueva York, con sus pies menuditos, no son más que muñecas tricolores; las de Chicago, con nuestros buenos cimientos, gozamos de mejor equilibrio mental.



La pila bautismal de Cristo, convertida en planta eléctrica

La tiranía de los progresos e industria moderna, no respeta en estos tiempos de materialismo aplastante, ni el romanticismo de las leyendas ni el apacible perfume de las creencias. Y así, para los devotos lectores de La Biblia, es seguro que será un choque duro la noticia, de que hace pocas semanas se inauguró una gran planta eléctrica en el río Jordán, el río sagrado de los cristianos, con el fin de que con la fuerza hidráulica de dicha corriente, dar alumbrado y fuerza motriz a Jerusalén, Jaffa, Haiffa, Belen y Nazareth.

Y no sólo las aguas sagradas han tenido que soportar la ofensa de los modernos progresos, sino que la planta misma se encuentra ubicada a pocos pasos del *exacto sitio* donde el Salvador puso sus divinas plantas cuando fué bautizado por San Juan.

Aquí, a unos cuantos metros de distancia, pasa el agua bendita del río también bendito, por unas turbinas que siguen luego su camino para convertirse en poder y alumbrado; en luz y movimiento. A cinco metros escasos al oeste del segundo ojo del puente, que es el sitio marcado como el lugar de bautizo de Nuestro Señor, se ha establecido la poderosa central, que a no dudarlo, tiene que cambiar el aspecto físico y también moral, en muchas cosas, de esta inolvidable región de Palestina.

Este puente, forma parte de uno de los más antiguos caminos de Galilea. El camino se inicia serpenteante y estrecho en el mismo centro de la villa de Nazareth, lugar de nacimiento de Cristo; y fué hollado por millones de millones de pies humanos, antes de que el Redentor hiciera su aparición sobre la tierra.

Este es sin duda el camino que tomó y a que alude San Mateo cuando dice en el capítulo III, versículos 13, 14, 15 y 16:

"Entonces vino Jesús de Galilea, con Juan, quien lo bautizó en el Jordán. —Pero Juan se lamentó a El, diciendo: yo he debido ser bautizado por Ti.— Y Jesús le respondió diciéndole: sufrir es lo que debes hacer ahora, pues el sufrimiento es nuestro deber. Y entonces sufrió con El.—Y Jesús fué bautizado; y después de bautizado salió de la corriente de las aguas; y el Cielo parecía que se había abierto sobre El, y vió el Espíritu de Dios descendiendo como una llama y alumbrándolo."

Desde aquella época, millares de millares de peregrinos, van al río Jordán y se sumergen en sus aguas, en el mis-

mo sitio y de la misma manera en que debió hacerlo El Salvador.

Cuando los Cruzados llegaron a Tierra Santa, para rescatar los Santos Lugares de manos de los musulmanes, fué el río Jordán el elegido para refrigerio de sus espíritus, rebautizándose en sus aguas, y guardando su líquido en botellas para enviarla a sus hogares, donde era conservada como una reliquia preciosa que se administraba por gotas.

Como todo cristiano sabe, el Jordán juega importantísimo papel en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Fué el río que separó sus aguas para que los israelitas pudieran pasar, cuando iban mandados por Josué, y marchaban a la conquista de Cannan. Esta historia se encuentra de manera muy gráfica en el libro de José, capítulo III, versículos 14 a 17.

Mientras que ya han tenido lugar violentas discusiones, y en otros tiempos más de uno fué a la hoguera, por sus opiniones sobre el sitio exacto en que fué bautizado el Mesías, no hay duda de que en el segundo ojo del puente está el sitio donde el Redentor colocó sus divinas plantas en el momento del bautismo.

Este puente fué construido hace más de 3.000 años, por los judíos. Los romanos lo repararon y posteriormente los sarracenos. Los árabes lo llaman el puente de "Jier Mujamia". Arquitectos y arqueólogos han examinado muy detenidamente sus características, llegando a la conclusión de que fué construido por los judíos, cuando menos, 1.000 años antes del nacimiento de Cristo. Tiene cuarenta y dos pies de altura, con ojos de unos 30 pies. Está tan admirablemente construido, que actualmente lo cruzan, como si fuera tierra firme, pesados camiones repletos de carga.

Pero si milagros grandes se le atribuyen al Jordán en el pasado, mucho más grande va a ser el milagro que se cumplirá en nuestros días. Gracias a la instalación de la poderosa planta eléctrica y a sabios trabajos de ingeniería, todo el desierto de Palestina va a verse convertido en un jardín florido.

Las aguas del río sagrado, van a mover millares de ruedas de fábricas y centros industriales; darán luz a la región, potencia a los ferrocarriles y libertarán de la casi esclavitud en que

viven actualmente a los animales y muchos hombres de esas comarcas.

La irrigación en escala fantástica ha sido el primer punto estudiado. Las aguas vivificantes, no sólo correrán ya por su milenar cauce, sino que serán desparramadas a voluntad del hombre por cuanto sitio sea necesario. El suelo se convertirá en tan fértil como lo fué en los días del Paraíso y las aguas harán que se vuelvan a entonar en aquellos lugares el himno de alegría y bienestar que nos pinta el recuerdo del Edén.

El Jordán puede ser desarrollado vastamente sobre las tierras planas, debido a su peculiar y favorable descenso de una altura de varios millares de pies, entre el Mar de Galilea o Lago de Tiberio y el Mar Muerto. Gracias al económico método de represar las aguas del lago, se puede tener una abundante provisión de líquido durante la estación de sequía, cuando la lluvia se reduce a un mínimo rendimiento.

El Jordán tiene 140 millas de largo, a partir de su nacimiento en el Mar Muerto. En todas estas 140 millas desciende cerca de 6.000 pies. Los ingenieros han construido la primera planta, a 8 millas abajo del Lago de Tiberio, y han comenzado a dar agua por un canal, tomándola de este centro. Donde se ha instalado la gran planta eléctrica recién inaugurada, es decir, en casi el mismo sitio donde fué bautizado El Salvador, hay una caída de 135 pies. Cuando esté terminado todo el sistema, no se perderá ni una sola gota de agua, pues todo el líquido estará estrictamente bajo la mano del hombre, que lo convertirá en fuerza y luz gracias a las poderosas turbinas instaladas.

Se calcula que el Jordán podrá proporcionar una energía de 66.000 voltios transmitida por alambres de alta tensión. Esta energía podrá ser transformada y transmitida por líneas capaces de conducir 15.000 voltios a los distritos del país y 6.000 a las ciudades para ser distribuidos por alambres de baja tensión, como en nuestras casas modernas que tienen corriente de 110 y 220.

Las distancias a las cuales la fuerza motriz debe ser transmitida, no son ciertamente muy grandes; cuando más 50 millas. Y en estas condiciones no hay dificultad para la transmisión, ni gran peligro de pérdidas en el tránsito.

El Niágara transmite su fuerza a grandes distancias a pesar de no tener la gran caída del Jordán, calculada desde su nacimiento del Mar Muerto.

Los Santos Lugares fueron siempre contemplados como sitios muy atrasados mientras estuvieron bajo la dominación de los otomanos. Pero hoy, que Palestina se halla bajo el mandato de los ingleses, todo está cambiando como por un milagro.

Las casas de Palestina que desde hace muchos miles de años no se han visto alumbradas sino por lámparas de aceite o velas, hoy disfrutan de la comodidad de las bombas eléctricas. Calefacción y fuerza son ya también eléctricas, y en la estación invernal, arden modernas chimeneas, pues hay que recordar que en Palestina el carbón de piedra es muy barato. Ni a los campesinos gusta ya la leña.

Ya están tendiéndose las vías para tranvías eléctricos y están funcionando las líneas aéreas conductoras de corriente. Dentro de muy poco tiempo, Palestina será una región tan electrizada, como son hoy las de todas las naciones civilizadas de la tierra.

Hace un año, antes de que las aguas del río sagrado fueran aprovechadas, los ingleses comenzaron a producir electricidad con maquinarias a base de petróleo y carbón. Jaffa y Haiffa, fueron las primeras ciudades que gozaron de las ventajas de los inventos modernos.

Y mientras se producía electricidad a petróleo y se trabajaba para producirla a fuerza hidráulica, los hombres modernos, prácticos y positivistas, contemplaban el gran proyecto de irrigación en vasta escala. El proyecto es un hecho, y bien pronto tendremos a gran parte de Judea convertida en un nuevo Edén.

Jerusalén, la ciudad santa entre las santas, el centro de las miradas del cristianismo, bien pronto verá cesar el fatigoso andar de sus caminantes por las calles polvorientas, para contemplar a los cómodos y rápidos tranvías eléctricos modernos que se deslizan sobre brillantes rieles sujetos por las firmes tenazas de un pulido asfalto. La tradición en muchas cosas habrá muerto, quedará borrada; pero la vida será mejor y más soportable.

Y así, una vez más, a través de la leyenda, la historia y las creencias, el Jordán va a hacer un nuevo milagro: un milagro que dejará asombrado al mundo: va a revivirse el Edén.

Una de las mayores preocupaciones médicas de estos tiempos es la determinación de las calorías gastadas por el cuerpo en el curso de ciertas enfermedades.

El modo de medir estas calorías es interesante. Los sabios dedicados a las experiencias fisiológicas lo hacen muy sencillamente tratándose de un animal: colocan éste en un calorímetro de hielo y pesan la cantidad del mismo fundido en un tiempo determinado. Y como se sabe el número de calorías necesarias para fundir un kilo de hielo, se llega a establecer muy fácilmente el número de calorías gastadas por el animal.

Tratándose de un animal, puede pasarse el procedimiento; pero con el hombre no es cosa de exponerle a una pulmonía. Y así, se recurre a la medida de oxígeno quemado por el organismo. Conociendo la cantidad de calor humano gastada por un litro de oxígeno, es fácil calcular el número de calorías emitidas por el cuerpo, midiendo el oxígeno aspirado por un individuo.

No se trata en este caso de un mé-

Cómo se mide el calor del cuerpo

todo directo, como en el del hielo; pero no da por eso resultados menos exactos. Para realizar este procedimiento es preciso tener al sujeto en una cámara herméticamente cerrada, donde se le proporciona el oxígeno que le haga falta. Esto puede hacerse en un laboratorio de fisiología; pero no podría llevarse a cabo por los médicos en el cotidiano ejercicio de su profesión.

Para obviar esta dificultad se emplea un aparato especial muy sencillo, que tiene un espirómetro sujeto a la cara del individuo, cubierta de un antifaz. Un juego de válvulas permite al sujeto respirar libremente el aire atmosférico; el aire espirado es también medido, y considerando uno y otro se llega a conocer de una manera exacta la cantidad de oxígeno absorbido durante un tiempo determinado; una hora, por ejemplo.

Después de numerosas experiencias

se ha venido a establecer que un litro de oxígeno gasta 4.83 calorías. Para obtener la cantidad de calor gastado por la persona sometida al experimento, se multiplica el número de litros de oxígeno por 4.83.

Se sabe, además, que la cantidad de calor desarrollado por un cuerpo es función de su superficie. Luego para poder sacar de la experiencia un resultado que pueda servir de término de comparación, es preciso determinar la cantidad de calorías correspondientes a un metro cuadrado de la superficie del cuerpo.

Ahora bien; no es fácil conocer la superficie del cuerpo humano. Se han hecho cuidadosos y sabios trabajos para fijar en tallas estas superficies, según el peso y altura de los individuos. Con ellas a la vista, se conoce la cantidad de calorías por metros cuadrados, dividiendo el número de las desarrolladas en el individuo por el de

metros cuadrados indicado por la tabla.

Para evitar en la práctica, todas las causas de error, es decir, todas las fuentes de calor que podrían falsear los resultados es indispensable que el sujeto que se preste a la experiencia se halle en ayunas desde quince horas antes y no haya efectuado ningún trabajo muscular durante la hora que preceda a la experiencia.

Es necesario también que no sienta frío ni calor y que esté vestido en una habitación cuya temperatura sea de 16 grados.

Los médicos han calculado la cifra normal de este desgaste de calor, y según que la obtenida sea superior o inferior a la normal, hacen deducciones respecto al estado de salud del paciente.

Estos desgastes de calorías se hallan por encima de la cifra normal en todo estado febril, en el diabético y las enfermedades infecciosas. En el curso de la tuberculosis, las variaciones de esta cifra constituyen un índice precioso para saber la marcha de los enfermos.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

DE ROSAS EN ESPAÑA

El inteligente actor Enrique De Rosas, que partió hace un par de meses con rumbo a la península, viene obteniendo buenos éxitos en los escenarios de España.

El correo nos dice que después de actuar más de un mes en el teatro Goya, de Barcelona, donde, aparte de hacer conocer obras argentinas, estrenó "Un buen policía", de Santiago Rusiñol, y "La locura del deseo", de José María Sagarra, pasó a Palma de Mallorca y ha de presentarse en Valencia en esta semana.

Para que se vea el éxito obtenido por el prestigioso comediante argentino, transcribimos el juicio que mereció al escritor catalán Adolfo Marsillach, que en España es reconocido como un crítico exigente:

"Fleta ha sido causa de que no toda Barcelona se haya fijado en el actor argentino don Enrique De Rosas, que con merecido éxito actúa al frente de su compañía en el teatro Goya.

"A De Rosas le vimos hace dos años y nos gustó extraordinariamente. No sabemos decir si ha vuelto mejorado; creemos que sí, pues nos ha gustado más aún que la primera vez que le vimos. ¡Qué actor! Puede codersarse con los mejores de Europa, incluso con los italianos, que son los mejores. En todas partes donde vaya triunfará.

"Como Novelli, como los grandes primeros actores, no como esos que para triunfar necesitan de obras a medida y que "en lo suyo" están insuperables: lo mismo cautiva en el vodevil que en la comedia de costumbres, en el drama que en el "guignol". Inmenso le hemos visto en el vodevil "La amo a usted, y será mía", y no menos inmenso en el fuerte drama "Barranca abajo".

"Enrique De Rosas es un actor completo; es joven, maestro en caracterizarse los músculos de su cara; tiene flexibilidad, y sus ojos hablan. A veces dice más con la mirada que con los labios, y eso que con los labios dice muy bien.

"Tiene, además, sobre todas las cosas, simpatía. En este respecto es el adverso de un grande actor español, que sale a escena retando al público con gesto de matamoros o una mirada de desdén. De Rosas sale y cautiva. En un momento ha conquistado a los espectadores. Ya en adelante, el gran actor americano, trabajará adueñado del público.

"En Barcelona, De Rosas se ha hecho un cartel envidiable y merecido. La prensa ha tenido para él los mejores y más sinceros elogios. Estos no han sido, como muchos tributados a Fleta, de baja ley.

"Lo único censurable que hallamos en el señor De Rosas, y esto en su condición de director de compañía, es que en su extenso repertorio de obras argentinas, francesas e italianas, no haya ninguna del teatro castellano ni del teatro catalán.

"Eso no está bien; tanto más cuanto los teatros castellano y catalán poseen obras muy superiores a algunas de las que interpreta el ilustre actor americano.

"También nos parece mal que las compañías españolas no incorporen a su repertorio algunas obras de valía americana, que las hay.

"Con estas exclusiones no se va a la deseada fraternidad hispanoamericana."

PRIMICIA BENAVENTINA

La compañía del Mayo, que dirige el popular actor Julio Sanjuán, ha dado a conocer al público una de las más recientes producciones de Jacinto Benavente, titulada "Nadie sabe lo que quiere o El bailarín y el Trabajador".

Esta obra no era conocida en Buenos Aires, y constituye, por tanto, su estreno, una verdadera primicia. La pieza es de méritos positivos, aunque no constituye una de las más interesantes manifestaciones del ingenio del autor. Escrita con el talento y la habilidad que nunca alondnan al autor de "Los intereses creados", tiene momentos muy felices y escenas en las que campea, con su acostumbrado brillo, el donaire benaventino.

La compañía de Sanjuán hizo todo lo posible por sacar adelante sin tropiezos de interpretación al substancioso diálogo de la obra, pero si en algunos casos como en el de Sanjuán, y nada más, fue feliz el resultado, en los demás sólo puede alabarse la buena voluntad de los intérpretes.

TERMINÓ EL NACIONAL

Con la función del domingo, puso término a su temporada la compañía nacional de género chico que anualmente actúa en la sala de don Pascual Carrevallo.

El teatro nacional por horas es el género más popular y el que rinde, a autores y empresas, mayor provecho. Esta circunstancia podría ser motivo para de-

terminar cierto progreso, ya que parece lógico que los fáciles éxitos estimulen el optimismo de los que los obtienen y provoquen el deseo de superar la propia obra. Pero el teatro es el reino de la paradoja y de la sorpresa, y estamos viendo todos los días que el autor que acaba de conseguir un largo éxito de cartel sufre un fracaso inmediatamente después.

El Nacional es el teatro de un ramillete de autores que todos los años proveen el cartel. Son profesionales que conocen al público que los va a juzgar y a los intérpretes que darán vida a sus piezas. De ahí que, sin preocuparse mayormente de la finalidad artística que debe tener toda obra, las confeccionan con la mirada puesta en el público, antes que en otra parte. Y de ahí, también, los éxitos de cartel y los escasos éxitos de crítica. Hay, empero, honrosas excepciones, obras que son aplaudidas por los espectadores y por la crítica, a la vez.

Este año, por ejemplo, podemos consignar, entre ellas, a "El organito", de los hermanos Discépolo, interesante pieza que representa una palpación de arte y que se repitió muchas veces. Puede considerársela la mejor en su género de las estrenadas en 1925.

NUOVO TEATRO

En el mes de abril será inaugurado el teatro Solís, nueva sala de espectáculos, ubicada en la calle Bernardo de Irigoyen, 1441. Es un teatro edificando de acuerdo con la arquitectura moderna y las conveniencias del público. Una compañía lírica italiana ocupará el escenario para su inauguración y luego se formará un elenco nacional de sainetes, dramas y comedias que actuará de una manera estable.

El teatro Solís está ubicado en un barrio muy denso y es fácil que se incorpore a la lista de las salas de funcionamiento permanente.

EL MOVIMIENTO CONTINUO

No nos referimos a la conocida pieza de Discépolo, De Rosa y Folco, sino al movimiento que se advierte en el teatro Mai-pio, puesto que allí no se da tregua ni descansan a la compañía. La temporada de 1925 será empalmada con la de 1926, sin solución de continuidad. Este éxito sorprendente, a través de todas las temperaturas, es un caso que no se registraba frecuentemente.

Ocupan el cartel las revistas "Labios pintados" y "Abajo los hombres", que parecen recientemente estrenadas.

SIGUE EL BATACLANEO

Con elementos de figuración destacada y otros extraídos del más absoluto anonimato se ha constituido una nueva compañía espectacular que actúa, a precios estiva-les, en el teatro de la Comedia. Dos revistas, si no nuevas, renovadas, constituyen el programa de dicha sala: "Real envido" y "Radio Locura", que son un conjunto de cuadros de más o menos efecto que sus similares de otras revistas.

La presentación y los méritos del espectáculo están a la altura del precio de las localidades. Todo ello es barato y eminentemente veraniego, pero resulta aceptable en general, sobre todo por el lucimiento que alcanzan los números a cargo de figuras como Carmencita Lamas y Azucena Maizani, que tantas simpatías tienen entre el público.

Entre el elemento varonil, citaremos a Ramírez, Capitan y Calderilla, que contribuyen poderosamente a la impresión optimista que el público recibe.

No hay mucho que elogiar en cuanto a la elegancia y riqueza del decorado y vestuario, pero modestamente se ha salvado la situación, como las de esas chicas de clase humilde que con cuatro trapos baratos salen a la calle en condiciones de hacer perder a cualquiera el cachivache que tenemos sobre los hombros.

REAPARECIÓ PALMADA EN EL AVENIDA

Sin duda es el viejo actor José Palmada una de las figuras más populares y simpáticas de la escena española en nuestro ambiente. Sus largas y celebradas etapas en los teatros de la capital, le han granjeado una merecida popularidad, que se ha puesto de relieve en la noche de su reaparición. Palmada está actuando en el Avenida con una compañía bastante aceptable. Constituyen el programa piezas del repertorio español de zarzuela, en las que ha conquistado muchos aplausos el veterano actor. "La canción del olvido", "El indiano" y "La niña de los besos", elegidas para el debut de la compañía, merecieron una entusiasta acogida. Segura-

mente puede anticiparse que será un éxito esta temporada veraniega.

EL REALISMO DEL BUENOS AIRES

Del conjunto numeroso de piezas que está estrenando en su temporada veraniega la compañía realista del Buenos Aires, merecen destacarse algunas obras que, sin ofrecer el incentivo procaz de la pornografía, son graciosas demostraciones de ingenio pícaro que pueden aceptarse como expresiones artísticas. Merece citarse en este sentido "Un estornudo... dos... tres", de César Bonrel. Esta obra, por más que pertenezca al llamado teatro realista, está tomada más de la fantasía que de la realidad, y nos presenta un caso verosímil, pero, indudablemente, bastante extraño, por las circunstancias en que se desarrolla. Se trata de un marido enamorado que no puede lograr la consumación del pacto conyugal por causa de la enfermedad de la esposa, luchando en su espíritu el respeto y el deseo, hasta que triunfa el primero, mediante la muerte de la dama, pero desapareciendo en seguida al enterarse el cónyuge supérstite de que la juventud de la extinta fué muchos menos pura que su vida matrimonial. Alrededor de este asunto ha bordado Bonrel unas escenas muy ajenas, de diálogo travieso e intencionado que divirtieron mucho al público. Héroe de la jornada, el actor Zama, eficaz y ajustado.

LA PRÓXIMA TEMPORADA DEL SARMIENTO

A juzgar por la anticipación y el empeño con que se vienen realizando los trabajos preparatorios de la temporada próxima del teatro Sarmiento, ha de resultar interesante y de éxito.

La compañía que actuará bajo la dirección de Arturo Mario, tiene como elementos principales a las actrices Fanny Brenna, María Ester Ducke y Rosario Agueda, y a los actores Enrique Serrano, Alfredo Camiña, Alejandro Flores, Agustín Barrios, Ricardo Passano y Fiolán Varela, integrándola un grupo de elementos de figuración conocida en los escenarios locales, cuya hábil aplicación a las actividades interpretativas permitirá, sin duda, el equilibrio y la homogeneidad de las realizaciones escénicas.

Tiene ya en su poder la dirección un número de obras con las cuales considera dar a sus espectáculos un carácter de atrayente variedad.

David Peña ha confiado a esta compañía su teatralización de la elogiada novela del escritor uruguayo Carlos Royles "El embrujo de Sevilla".

La producción, que consta de tres cuadros, será puesta en escena con fidelidad de ambiente, habiendo ofrecido espontáneamente su concurso para colaborar en los ensayos y la tarea reconstructiva el poeta Francisco Villaspesa.

Además, se estrenarán en la temporada "La japonesita", de Julio F. Escobar y Enrique Lepma; "Primavera de otoño", de José Antonio Saldías, un poema que aún no tiene denominación, del que es autor el señor Francisco Villaspesa y cuya acción se desarrolla en Buenos Aires, en la época colonial, etc.

Como se ve, no faltarán obras para el éxito de la temporada.

CAVALLI, EN EL MARCONI

Continúa actuando con bastante fortuna en el teatro de Miguelito, la compañía de dramas y comedias que dirigen Piacentini y Franza, y de la que forma parte el veterano cómico don Cayetano Cavalli, quien participa en algunas funciones, reeditando los éxitos de otras veces. "Un milanés in mar", caballito de batalla del popular bufo, constituyó en su reprise un éxito de hilaridad. Pieza que Cavalli estrenó, según creemos, en Buenos Aires, hace no sabemos cuántos lustros, mantiene, a pesar del tiempo transcurrido, sus valores cómicos, que Cavalli hace resaltar con su labor personal.

Por su parte el conjunto obtiene aplausos en los dramas que pone en escena.

"EL TÍO PERFECTO"

Para la temporada que efectuará en el Buenos Aires el conjunto de Enrique Muñiz, han escrito una pochada con este título, los señores G. L. Fernández—el autor de "Margot"—y don Rafael M. Cabrera. Será una de los primeros estrenos de la "temporada".

DON PEPE PODESTA

El popular actor, que intentó una temporada veraniega en el Nuevo y tuvo que suspenderla, parece que la realizará en el Marconi, tan pronto sea desocupado ese

escenario por la compañía Piacentini-Franza, que actualmente trabaja en él.

De llevarse a cabo, huelga decir que los criollos que rodean a don Pepe representarían "La piedra de escándalo", "La chacra de don Lorenzo", "Juan Moreira", "Martín Fierro" y demás obras del viejo repertorio gaucho, que siempre tienen espectadores.

"LOS COCAINÓMANOS"

Esta pieza de Belascoain Sayós, se puso en escena en el Buenos Aires, en momentos de entrar en prensa esta edición, por cuyo motivo diferimos para el próximo número el comentario de costumbres, no sin adelantar que fué bien recibido por el público.

SE ESTRENÓ "CARNE DE VICIO", EN EL SMART

El teatro realista es cultivado este verano con un fervor digno de mejor empresa. Género harto difícil, parece estar al alcance de cualquiera que se disponga a mostrar uno de los tantos aspectos de la desnudez de las pasiones subalternas que ocultan los humanos. La cosa parece sencilla para quien se despoje de prejuicios y con arrostos valientes revela llagas y vicios. Empero, para hacer palpar arte en esos tópicos, hay que presentar los hechos con suma habilidad.

No creemos que lleguen a destacarse en el género los señores Ricardo Hicken, Ricardo Cappenberg y Claude Benjamín, a juzgar por "Carne de vicio", estrenada por el conjunto que actúa en el Smart. Tres cuadros lentamente desarrollados, para llegar al último, en que desecana toda la pieza, mezcla de guignol y realismo brutal.

En un ambiente repulsivo, un individuo se propone reanimar la muerta sensibilidad de una triste mujer de la peor especie. Y lo consigue con una fieción de muerte. Esa escena, de gran eficacia dramática, es la única de la pieza que podría muy bien haberse desenvuelto en un cuadro.

Por lo demás, "Carne de vicio" carece de diálogos de interés y los dos primeros cuadros podrían sintetizarse con ventaja para la pieza.

El público, ante la escena a que aludimos, respondió con su aplauso. Los actores actuaron en ella con corrección.

CASINO

Debutó con éxito Jack Kelly, artista que realiza interesantes ejercicios de látigo y lazo. Las hermanas Arias, La Rosine, los Del Fa-Giró, Los Browing's y demás números de variedades, resultan buenas atracciones para el público que siempre concurre en gran número a este teatro.

MOMO Y TALÍA

Hemos entrado en el mes de Momo. Un par de semanas más y el rey de la elegancia popular desalojará a Talía de todas las salas. Bien es verdad que su reinado es breve, que su carcajada tiene ya el sonido del pregón de los vendedores de diarios afónicos y que su majestad la Careta ya no intriga a nadie. Empero, la legión de ingenuos, que no faltan en el mundo, el ejército de optimistas que se engañan a sí mismos, tornará otra vez a irrumpir las plateas, constituyéndose en espectadores los mismos que antes fueron a ver espectáculos. Y los tangos, los shimmys, los fox trot, etc., resonarán en los teatros, en tanto la muchedumbre danzante, ebria de alegría, poblará el ambiente de risas y gorjeos femeninos.

En rigor, quizás el desalojo no sea más que aparente: Momo y Talía se saludan en secreto...

FLORIDA

La "boite" del pasaje Güemes, teatro el más femenino de Buenos Aires, prosigue desarrollando su temporada veraniega con discreta fortuna. Allí actúa una graciosa cancionista criolla, Ada Falcón, bien conocida por su labor en los escenarios nacionales, y ella, el parodista Apiani y los nuevos elementos incorporados al cartel, son bastante para atraer público a la "bombonera".

CAPITOL

Esta bonita sala realiza sus funciones con mucho público, que sale bien impresionado de las excelentes películas que ofrece la empresa, preocupada en mantener atrayente el cartel.

CORREO TEATRAL

Lombardi Raúl E.—No jorobe con la "Corporación Mitre", sainete grotesco que no interesa a nadie.



TANDIL Y SUS ALREDEDORES



Un aspecto de la plaza principal de Tandil.



El camino denominado "Manantial de los amores", al pie de las sierras.



Vista panorámica de las sierras de Tandil.



Otra fotografía de la región serrana.

Foto. R. Rogani.



Por Conveniencia Propia

debe usted usar en su toilette el exquisito y acreditado

POLVO **LEICHNER**
GRASEOSO

pues no sólo comunicará a su cutis suavidad, delicadeza y frescura, sino que obtendrá gratuitamente una espléndida joya, como las que reproduce el grabado, cada vez que encuentre uno de los cupones que contienen muchas cajas, válidos por alhajas de oro y brillantes.

Pruebe usted la exquisita

AGUA DE COLONIA MENDEL

y comprobará que es la más excelente y de mejor buen gusto que se fabrica dentro y fuera del país. Usándola, favorecerá usted la industria nacional, que se enorgullece de este producto.

PERFUMERÍA MENDEL

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Rosario, Santa Fe: calle Entre Ríos, 864